



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

La vida de los cuerpos

Jose Hoyos Bucheli

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2017

La vida de los cuerpos

Jose Hoyos Bucheli

Trabajo final presentado como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director:

Guido Tamayo

Línea de Investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia

2017

A Mariela, que todo lo pudo

*Para la otra vez que lo mate, le prometo ese
laberinto, que consta de una sola línea recta y que
es indivisible, incesante.*

*Borges
La muerte y la brújula*

Resumen

Tomás Valencia Guevara, un auxiliar de fiscal frío e insensible, encuentra que la tumba de su hermano Salvador ha sido profanada. Cansado de su trabajo, decide alejarse de la oficina e ir a las calles bogotanas para rastrear al responsable del crimen. En una trama detectivesca, Tomás revuelve su pasado reciente y reflexiona sobre la violencia de los sistemas judiciales. Y mientras avanza la investigación, también relee *La Teoría de Tarver*, una novela publicada por su hermano varios años atrás, intentando entender las razones detrás de su suicidio. *La vida de los cuerpos*, una novela corta, sigue el recorrido del detective entre cementerios, librerías de viejo, casas abandonadas y álbumes familiares, para al final del recorrido encontrarse consigo, un hombre sumergido en la imposibilidad de conciliar racionalidad y mundo, y con un criminal que es a la vez un sujeto concreto y una declaración de venganza incompleta.

Palabras claves: Novela negra, novela corta, detective, Bogotá, La teoría de Tarver.

Abstract

Tomas Valencia Guevara, a cold and insensitive fiscal assitant, finds out that his brother's grave has been desecrated. Tired of his job, he decides to get out of his office and hit the Bogotá streets to track the criminal down. Along a detective adventure, Tomas stirs his most recent past and reflects on the judicial system's violence. While the investigation goes on, he also reads *La teoría de Tarver*, a novel published by his brother several years ago, aiming to find out the reasons behind his suicide. *La vida de los cuerpos*, a short novel, follows this detective's path trough cementeries, old libraries, abandoned houses, and family albums, until he gets to the end to find no one but himself; a man submerged into the impossibility to conceal rationality and world, and confronted with a criminal who is, at the same time, a concrete subject but also a incomplete statement of vengeance.

Key words. Crime novel, short novel, detective, Bogotá, La teoría de Tarver

Contenido

Pág.

La vida de los cuerpos.....	1
Arte poética.....	88

¿Se siente culpable por la muerte de Salvador?

Tomás Valencia Guevara, frente al nicho vacío de su hermano, recordó la indiferencia con que Vásquez Mendoza le había formulado tan extraña pregunta. Había sido demasiado directa, incluso para un psicólogo mediocre de Riesgos Laborales. Culpa, se repitió varias veces mientras veía con indolencia la pared cubierta de placas, como si así pudiera entender mejor aquella palabra. Pero lo cierto era que ni siquiera se le había pasado por la cabeza durante las últimas tres semanas. La verdad, no, le había respondido al psicólogo, sentir cosas no se me da bien y a veces ni me doy cuenta de qué mierdas está pasando.

Y no estaba equivocado, porque seguía en algún lugar del Cementerio Central sin sentir escalofríos, miedo o falta de aire. Seguía parado, como una estatua, sin entender del todo que el cuerpo de su hermano había desaparecido.

Alguna especie de imbecilidad emocional, se dijo hasta convencerse. En medio de una noche que se tragaba las paredes, los mausoleos, la estatua dorada de Kopp, sintió el golpe de un frío seco en la nuca. No era momento para esas pendejadas de psicólogos. Dejó de lado la conversación e intentó enfocarse en la escena del crimen.

Cuando trató de acercarse a la pared de tumbas, tropezó con los restos de una placa recordatoria. Los iluminó con su celular y luego los organizó en el suelo. La inscripción todavía podía leerse:

Salvador Valencia Guevara
1989-2013

Miró alrededor. Nadie, solo unas voces a lo lejos interrumpían el silencio del cementerio. Atrás de él, un farol de luz amarilla parpadeaba de vez en cuando. ¿Para qué alguien se robaría un cadáver? ¿Satánicos, metaleros, ladrones de dientes de oro? Tomás no se atrevió a lanzar ninguna hipótesis y, en cambio, intentó concentrarse en las voces. Las había escuchado en noches anteriores pero, como en esas otras noches, no supo de dónde venían.

Inspeccionó los bordes del nicho. El olor metálico que salía de la tumba le dio náuseas y la boca le quedó sabiendo a bilis. Se tapó la nariz con la corbata y siguió examinando. Nada extraño, solo cemento picado residuo de la profanación. El ataúd seguía adentro, menos el extremo por

donde había sido retirado el cadáver. Alumbró el interior y encontró un objeto pequeño, deforme, grisáceo.

Examinar la tumba pudo haber significado la pérdida de evidencia, de alguna huella dactilar, un residuo de piel o de cabello. Pero sabía que ningún cuerpo de investigación llegaría a ese lugar. Si a la gente no le importan los vivos, mucho menos los muertos, pensó mientras introducía la mano en el nicho, y menos todavía los que están atiborrados entre capas de hormigón. Agarró el objeto y lo iluminó. Un cuerno pequeño envuelto en una hoja de periódico de El Espectador. No tenía olor ni marcas. Revisó el encabezado de la noticia: “Se expropia la hacienda Nápoles”. Fotografizó ambos objetos y los guardó en su bolsillo.

Caminó más allá del farol, esperando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Mientras atravesaba las sombras, imaginó la profanación, o mejor, creyó recordarla a través de ese método irregular que usaba para resolver los casos de su despacho. Imaginó primero los zapatos de cuero café de Salvador, los tobillos desnudos. Luego creyó escuchar el ruido de los aviones sobre la noche. ¿Lo habrían sacado de un solo jalón, uno fuerte, o mejor de varios, lentos, con cuidado? Depende de para qué necesitaran el cuerpo. Asumió que había sido más de uno. Si era para robar dientes o relojes, no importa que se doble el cadáver, reflexionó, pero si el propósito es robarle el cráneo o algo por estilo, la cosa cambia. El volumen de las voces aumentaba. Se estaba acercando.

Sintió unas delgadas gotas de lluvia en la cara. Cuando se acostumbró a la oscuridad, vio dos siluetas en el sector de las tumbas de césped. Caminó hacia ellas. Fiscalía, papeles, dijo cuando estuvo a pocos pasos y mostró su carné institucional. Con el dedo tapó la palabra “Asistente de” y dejó solo a la vista el título “Fiscal”.

Anodina, esa fue la primera palabra que le vino a la cabeza cuando vio a la mujer. Parecía una lápida: delgada, plana, toda de negro. Pelo negro, ojos negros. Ya lo sabía él: o satánico o ladrón o metalero, o todos a la vez. La otra silueta era la de un tipo con botas de obrero, pantalón camuflado, camisa desecha, chaqueta de jean, rapado, brazos llenos de tatuajes. Tenía un cigarrillo en la boca, la mitad de la cara paralizada y una botella de ron en la mano.

El hombre sirvió tres copas. Tomó una, le dio otra a Anodina y tiró el contenido de la tercera sobre una tumba. Salud, dijo arrastrando la ese. Tomás empezó: Yo sé que ustedes tienen algo que ver, cabrones, una metalera y un mutante en un puto cementerio a las diez de la noche. ¿Qué mierdas pueden estar haciendo? ¿Cogiendo?, ¿ritos satánicos? Mis pelotas. Seguro andan robando cuerpos, buscando relojes, aretes, cualquier maricada. Los presionó durante un rato, calmado, sin subir la voz. Parecían sorprendidos. Yo los he escuchado conversando estas noches, haciendo planes para abrir tumbas, ¿en cuánto venden los cráneos, ah?, ¿o les gusta tirarse a los cadáveres? Se acercó más hacia ellos y esperó a que respondieran. No, no. No es lo que parece, dijo Anodina

después de un rato, solo estamos acá por... Lo mató un borracho en un carro. Teníamos una apuesta, un pacto, continuó mientras señalaba una lápida con la mirada. Le temblaba la voz y la llovizna le había corrido el maquillaje. Llevamos una semana viniendo y todavía nos quedan un par de días más...

La escarbó con los ojos. Mutante miraba distraído hacia el pasto y sirvió de nuevo ron en las copas. No parecía importarles la lluvia que empezaba a caer. Les explicó que un cadáver había desaparecido. Cualquier cosa extraña, no sé, un tipo con una pala, con bolsas de basura, un vigilante sospechoso, generalmente los que trabajan en el lugar son los culpables, insistió, pero nada sabían.

Tendría que existir una oficina de información en algún lugar del cementerio. ¿No la han visto?, preguntó, pero no la habían visto. Les pidió la cédula a ambos y les sacó fotos. Guardó el número de la mujer y dejó a la pareja atrás. Esto tiene un nombre en el código penal, pensó mientras torcía una sonrisa: abuso de autoridad, uso indebido del poder, usurpación de funciones públicas. De uno a dos años de prisión, inhabilidad para ejercer función pública, y solo por hacer un par de preguntas que no eran propias de su cargo.

Caminó entre un laberinto de columbarios. Aunque desde la muerte de Salvador se había notado suspendido, medio vacío, como si aquella muerte no fuera asunto suyo, ahora empezaba a creer que la desaparición del cadáver lo estaba despertando, haciéndole sentar los pies en la tierra. No era como las aburridas investigaciones de su despacho. Bueno, no eran los casos lo único que le molestaba, sino todo el trabajo. Se pasaba el día encerrado en una oficina de mierda, esperando a que la vida comenzara, pero nunca comenzaba, y en vez seguían llegando folders llenos de pendejadas. Como si yo fuera una puta máquina de escribir, dijo mientras se perdía entre las tumbas. Concluyó que no había estado vacío desde la muerte de Salvador, sino desde que había entrado a la Fiscalía, o quizá desde antes, cuando entró a la universidad.

Estaba acostumbrado a la burocracia y ya sabía qué esperar de la oficina central. Pasó de largo el Mausoleo de los Sindicatos. Cada sección del cementerio le pareció un lugar distinto. Algunos pasillos se veían rosados; otros, ocre. Anduvo cerca de las paredes, tocando las láminas con los dedos, sintiendo los grabados. Errores ortográficos y escudos de equipos de fútbol más que todo.

El sonido hueco que producía la lluvia sobre los sepulcros llenó de ruido el cementerio. Luego de caminar por varios callejones decidió escampar bajo el techo de un columbario. De pronto habría sido mejor cremarlo, pensó al ver la diferencia de tamaño entre las placas de las urnas y la de los ataúdes. También se lo había preguntado Vásquez Mendoza al final de la primera sesión. No, a Salvador no le habría gustado. Digo, nunca me lo dijo, le había respondido Tomás al psicólogo cuando salió a flote el intento de suicido de Salvador, al menos no directamente, pero yo sé que a él

le hubiera gustado estar entero por unos días. Apoyó la espalda sobre la pared de placas y se sentó en el suelo.

Organizó sus ideas, buscando posibles culpables, pero tenía muy poco para trabajar. Por ahora, tendría que renunciar a la idea de los metaleros: sería demasiado estúpido robarse un cuerpo y volver al lugar de los hechos. Regresó a las imágenes de la profanación. Las piernas delgadas, la cintura estrecha, eso debió haber sido lo siguiente en salir del nicho. El pantalón negro de hilo, arrugado. ¿El olor? Metal. La muerte huele a metal. Debieron habérselo cargado en los hombros. ¿O lo habrán dejado caer?, ¿lo arrastrarían?, ¿pesaría más o menos que cuando estaba vivo? ¿Veintiún gramos menos? Tomás escuchó un ruido blanco que rebotó en las paredes del cementerio. Y las gafas redondas. No pudo recordar si habían enterrado a Salvador con las gafas puestas. El sonido, parecido a la estática de los televisores, aumentó y lo sacó de su cabeza. Se paró lentamente.

Ya terminó la hora de visitas, señor, le dijo un celador moreno de cara cansada, mirada ancha y ojos de camello. El ruido blanco fue reemplazado por voces en un intercomunicador. Tomás le preguntó sobre la oficina central y luego le informó de la desaparición del cadáver. ¿Una profanación? Si usted supiera lo que uno ve por acá, le respondió el vigilante con falsa sorpresa.

Ojos-de-camello le indicó el camino al centro de información y le advirtió que el parqueadero estaba por cerrar. La oficina no quedaba lejos. Tomás anduvo unos cuantos metros y encontró una construcción parecida a un mausoleo: arabescos góticos en el friso, sostenido por dos gruesas columnas, y fachada gris. La puerta estaba abierta. Una luz blanca de tubo titilaba en el techo. Era un cuarto angosto con varias sillas Rimax esparcidas al azar. En el fondo, un recibidor cerrado por una persiana de seguridad exhibía un letrero:

Noce atiende despues de las 8pm

Golpeó el hierro con el puño. No hubo respuesta.

Esperó a que escampara sentado en una Rimax. Esas sillas, se dijo, son una plaga. Había estado esperando en una durante largos ratos, viendo a través de la ventana del cuarto del hospital mientras acompañaba a Salvador. Bueno, el intento fallido fue hace veinte días, calculó, así que fueron diez días en coma. Luego, la muerte en serio. De ahí, dos en medicina legal, cuatro hasta el entierro y cuatro más dentro del nicho. Esas, sin duda, habían sido las tres semanas más largas de su vida.

Su hermano había muerto en medio de un grueso aguacero, justo como el que caía sobre el cementerio esa noche. Habían tenido que salir del cuarto para que los enfermeros llenaran los papeles del deceso. Mientras estaban parados en un pasillo del Hospital San Ignacio, rodeados por

el olor a específico de cromo, su mamá no había demorado en exigirle que se enterrara el cuerpo en un lugar santo. Y tiene que ser con cura, mijo, óigame bien, misa y velación, sobre todo con los problemas que tenía Salvador, no vaya a ser que..., lo sermoneó llorando, con las manos enloquecidas y el pelo corto crispado. Pero a Tomás no le sonaba la idea. Yo soy el que pago todo y yo veré qué hago, le había respondido. No hubo exequias, velación ni misa. Esa misma tarde, un miércoles común de un octubre nublado, luego de haberse dictado la hora de muerte, Tomás buscó tumbas desde su celular. Halló en esquelas, funerarias, avisos particulares. Terminó en Mercadolibre viendo algunos espacios en el Cementerio Central. Se trataba de un lote de nichos que había quedado libre luego de que algunos cadáveres fueran exhumados y enterrados en una fosa común por no pagar las cuotas de “arrendamiento”. Pulsó comprar. Es hora de que volvás a Popayán, mamá, y apenas esté enterrado, te vas a acompañar a mi papá, le había dicho mientras salían del hospital.

Les había gustado la idea de enterrar a Salvador en el cementerio donde yacían los poetas.

Cuando escampó, salió de la oficina central y pasó de nuevo por la tumba de su hermano. Recogió los restos de la placa en su blazer y notó que las voces sonaban más duro.

Un olor a yerba saturaba el aire. ¿Era un porro lo que estaba fumando ese vigilante de ojos indisciplinados? Dos metaleros, o lo que fueran, y un vigilante marihuanero, parados en frente de una tumba de césped bajo la lluvia, a pocos metros de un nicho profanado. Algo raro tienen entre manos, y avanzó hacia ellos.

Ojos-de-camello sostenía un porro entre los dedos. Los otros dos fumaban cigarrillos. ¿Sí? Así que también consumiendo, ¿no? Yo no tengo problemas en actuar de oficio. Le gusta venirse a trabar acá, eso veo, muy correcto haciendo su trabajo. Ojos-de-camello apagó rápidamente el porro, miró al suelo desconcertado y respondió gagueando que él no sabía nada, que la noche anterior había estado en el puesto del parqueadero. Cuando terminó de hablar se largó casi corriendo.

Desconcertado, frente a esa pareja que no se atrevía a verlo a los ojos, no supo qué hacer. ¿El denuncia, la policía? No, esa era la peor de las opciones. Si había solo dos investigadores del CTI por cada tres despachos, y cada despacho tenía al menos cien casos nuevos por mes, qué les importaría un cadáver desaparecido a las autoridades. Y fuera de eso le quedaban pocas alternativas.

Señor Fiscal, tal vez no sea raro, nosotros, eh, bueno, fumamos baretica acá, dijo Anodina mientras se frotaba los brazos. En fin, usted sabe, mucha gente viene a pedirnos. Una fumada y se van, casi todos son jóvenes, o bueno, no son viejos. Así como nosotros, como usted. La mujer se tomó un trago de ron y prendió otro cigarrillo. Pero bueno, ahora que lo dice sí me parece un poco extraño que... Las últimas noches ha venido tarde, como a esta hora, un señor de edad, un cucho

canoso, ancho, lento, bien callado. Viene arrastrando, no sé cómo se llame eso, una cortadora de pasto, de esas que tienen los jardineros.

Tomás se sintió cansado. El frío le subió por la espalda y le pesaron los restos de la placa. Le pidió un trago de ron a Mutante, que evitaba hablar. Lo tomó, se despidió de ellos, ya saben, muchachos, nos vemos mañana también, ¿no? Ni crean que voy a olvidarme de ustedes, y se marchó. Así que un jardinero, casi nada. Buscó el camino más rápido hacia su carro.

Pasó de largo el mausoleo de Galán y rodeó la tumba del Comandante Papito. Sus zapatos hacían eco en el cementerio vacío. Así le pareció todo, como un cementerio vacío, como un nicho vacío; un cuerpo sin órganos, solo piel, solo carne. Le ardieron los tobillos. Tengo que empezar a usar medias, dejar estos zapatos tan incómodos, abandonar el tabaco, hacer ejercicio, comer mejor, irme a la mierda, dejar de venir a los cementerios de noche. Recordó la primera visita a la tumba de Salvador. Fue el día siguiente del entierro. Volvería al día siguiente y al siguiente. Todas esas noches el cementerio había sido la misma estatua, solo que ahora tenía un miembro menos.

Cuando llegó al parqueadero, su camisa estaba empapada de lluvia y sudor. Intentó despegársela de la piel. Abrió la puerta del Volkswagen escarabajo modelo noventa y cuatro y dejó los restos de la placa en el asiento del copiloto. Luego prendió el motor. Esperó a que se calentara. El parqueadero estaba desierto. Sacó unos cigarrillos de la guantera, pero dudó al ver el letrero de “No fume”. Mientras prendía el cigarrillo, consultó el código penal en su celular.

Artículo 204. Irrespeto a Cadáveres. El que sustraiga el cadáver de una persona o sus restos o ejecute sobre ellos actos de irrespeto, incurrirá en multa.

Solo eso, una multa. ¿De qué podría servir el denuncia entonces? Volvió a preguntarse si debía dar noticia a la policía. Podría alguien violar un cadáver, disecarlo, volverlo a violar, ponerlo de arquero en un partido de fútbol, y el enfermo que se lo había llevado solo tendría que pagar una multa. Ahora, para Tomás Valencia Guevara era muy claro que el sistema judicial no se pondría en movimiento por el cadáver de su hermano. Ni porque él fuera fiscal, bueno, asistente, ni porque Salvador pudiera llegar a ser una especie de celebridad. Peor, serían solo chismes. Otra vez llegarían los artículos de esas revistuchas, comidilla de la farándula, como había pasado con el asunto del balazo.

Botó la colilla y buscó en la guantera el papel que le habían dado al ingresar. Era un pequeño ticket que contenía la placa, color, marca y hora de entrada del carro.

Un vigilante rubio de uniforme holgado y nariz inmensa atendía la caseta del parqueadero. Con él confirmó que Ojos-de-camello había estado de turno la noche anterior. Sí, señor Fiscal, dijo

el Rubio, él está acá lunes, martes y jueves, y yo el resto de días. Y de lo otro, pues, decía mientras se organizaba el blazer, pasa más de lo que cree. A veces son equivocaciones o a veces los tiran en fosas comunes por no pagar las cuotas. A veces es para robarles los zapatos.

Calle Veintiséis al oriente. Al fondo, la Virgen de la Guadalupe se veía borrosa. Monserrate era un círculo púrpura detrás de la Torre de Colpatria. El sonido del Volkswagen llenó las calles. Tomás avanzó lentamente hacia el sur por la Carrera Décima, mirando a los locos que se arrastraban en los andenes vacíos. Luego giró por la Avenida Diecinueve hasta la Carrera Quinta.

La Candelaria le pareció un cementerio. Llegó a la Calle Doce, la pequeña vía del Viejo Almacén, y paró frente a una puerta ancha de hierro. Los bombillos de los postes dibujaban extrañas sombras sobre el pavimento mojado. Pitó. Escuchó el movimiento del pasador y la puerta del parqueadero se abrió lentamente. Un hombre asomó la cara. La puta madre si no es igualito a Charles Mingus, le apuesto plata al que quiera, dijo mientras saludaba con la mano.

¿Qué pasa, chino?, le dijo Mingus, que llevaba una camiseta con el estampado de la cara de Andrés Caicedo. Apagó las luces del carro. Hijosdeputa, balbució cuando vio el estampado. Le había regalado la camiseta a Mingus luego de leer, dos semanas atrás, ciertas columnas de las ediciones especiales de Arcadia y El Malpensante. Ambas revistas habían comparado el intento de suicidio de Salvador con el del escritor caleño y habían sugerido que detrás existía una irregular campaña de publicidad. Todo bien, Mingus, todo bien, le respondió. Estacionó en el lugar de siempre y se bajó del carro, llevando consigo las partes de la placa recordatoria. Mingus, mínimo, ojos grises, delgado hasta la inexistencia, una cicatriz en el pómulo izquierdo, le esperaba en la puerta.

¿Hace cuánto no te quitás esa camisa? Está puerca y huele a loco, le dijo Tomás. ¿No ve que yo estoy loco, chinín?, le respondió Mingus mientras empujaba el portón del parqueadero, pero si no le gusta, le va tocar regalarme otra.

Tomás vivía en el edificio de al lado. Era un apartamento pequeño, tres ambientes y sin vista a la calle. Subió con cansancio las escaleras y abrió la puerta. Prendió la luz de la sala-comedor-cocina-estudio-cuarto de ropas, caminó hasta el cuarto de Salvador y dejó los restos de la placa sobre la cama. Puso el cuerno sobre la mesa del comedor. La hoja de periódico en la que estaba envuelto se había deshecho con la lluvia.

Se quitó la ropa mojada y la dejó en una esquina para que escurriera el agua. Se sentó desnudo y miró por la ventana del comedor. Prefería ver los Cerros que la calle. Luego, preparó un vaso de brandy con café y lo tomó lentamente. ¿Por ese pedazo de apartamento tenía que trabajar tanto? Una nevera vieja sin congelador y con olor a gas; la lavadora que hacía escándalo porque le faltaba una pata. Ese comedor, como la mayoría de los muebles, había sido recogido en alguna esquina del centro. No le molestaba tener muebles de segunda, ni electrodomésticos de otro siglo.

De alguna forma le gustaba, le hacía pensar que no era como el resto de funcionarios que trabajan para poderse pagar un celular nuevo. Lo hacía sentir, al menos, diferente. Se concentró en su tocadiscos. Cualquiera experto podría reconocer que era lo único de valor en aquel lugar. Eso y los vinilos de su hermano.

Fue a su cuarto y se metió entre las cobijas. La lluvia contra las canaletas de las viejas casas del centro hacía un sonido parecido al de las gotas sobre las sepulturas. Simulaban un tango. Se sentía cansado, débil, sucio. Quiso sentir rabia contra Vásquez Mendoza por las preguntas imbéciles que le había hecho. Quiso sentir algún tipo de preocupación o tristeza por la desaparición del cadáver de su hermano. Pero no pudo. La rabia no era lo suyo. Tampoco la tristeza, la soledad, la empatía. En cambio, se sintió orgulloso de que las emociones no fueran su especialidad. Siempre podía pensar en paz, analizar las circunstancias racionalmente.

Estiró su mano hasta la mesa de noche y tomó el libro que estaba encima. *La teoría de Tarver*. Editorial Alfaguara. Lo olió: todavía tenía el tufo a papel nuevo. Luego lo hojeó y se preguntó cuántas veces lo había leído ya. Lo abrió de nuevo y se quedó en la dedicatoria de la primera página:

Para mi hermano Tomás, que todo lo puede

El despertador sonó antes del amanecer. La novela de Salvador estaba sobre su pecho y todas las luces del apartamento prendidas. Se paró y caminó hasta el comedor con el libro en la mano. Ignoró el ruido de la alarma. Estiró los brazos luego de sentarse en el comedor. Las palomas zurraban en el alfeizar mientras Tomás miraba a través de la ventana, perdiéndose entre los Cerros.

¿Quería a su hermano?, le había preguntado Vásquez Mendoza en la segunda terapia. Tomás había evadido la pregunta, pero el psicólogo había insistido. Tuvo que mirarlo a los ojos y pensar. El tipo estaba por los cincuenta, pelo negro, crespo, con apenas unas canas. Usaba gafas cuadradas de lente grueso y tenía unos kilos de más. ¿Que si lo quería? Yo me lo traje a Bogotá, me amarré a este trabajo de mierda para pagarle la universidad, la comida, el arriendo, para que escribiera sus novelitas de detectives, para sacarlo de ese puto pueblo tan conservador y alejarlo de mis papás, le había respondido finalmente con voz tranquila. Ambos se habían quedado en silencio y el consultorio se había llenado del escándalo de las palomas que caminaban en el borde de la ventana. A veces, con la acumulación de traumas, el sentido de la vida se hace difuso, inalcanzable. Se forcluye el sujeto de la sociedad, le había respondido Vásquez Mendoza, el sujeto se siente como un extranjero en todo lugar y se deshace en sus rutinas. Se olvida de que existe. Es muy común cuando se trabaja con crímenes violentos. ¿De qué habla, doc? Si el sentido de la vida siempre ha sido difuso, quiso haberle respondido en ese momento, decirle que no hay sentido, que nada importa. Pero no pudo. En cambio le había dicho: Rara combinación de libros, doc. Tomás se había parado a ver la colección de Freud, Lacan y Jung que estaban en una biblioteca de madera barata. Entre los libros había encontrado la novela de Salvador. La sintió de nuevo en sus manos y regresó al comedor de su apartamento.

Empezó a hojear el primer capítulo.

La primera parte siempre le pareció muy extraña. Él no sabía mucho de literatura, pero podía distinguir entre un informe y una narración. Y, en efecto, la primera parte de la novela estaba más cerca de ser un informe. Se trataba sobre Tarver, un neurobiólogo que llevaba varios años viviendo en la costa pacífica colombiana durante la década de los cuarenta. Había propuesto una teoría sobre la muerte antes de que estallara la segunda guerra. El cuerpo como extensiones dendríticas del cerebro, releyó Tomás, que nunca había entendido del todo ese concepto. Pero la teoría, a grandes rasgos, sí lograba entenderla: cuando uno muere, o lo matan, lo que sea, el cerebro es el último órgano en dejar de funcionar y, por eso, la existencia se apaga de afuera hacia adentro. Cada vez que pasaba por esas páginas, tenía la misma sensación: la de un cuerpo apagándose. Piel dejando de sentir, músculos estropeándose, el flujo sanguíneo quieto, la vista exánime. Pasará lo mismo con

todos los órganos, con la masa gris. Pero al final quedará un poco de vida; tan poco que no se podrá captar con aparatos médicos. Y esa vida permitirá mantener en funcionamiento solo lo más básico del cuerpo durante un par de semanas.

La teoría de Tarver podía ser falsa para lo que él sabía. Se arrepintió de nunca haberle preguntado a Salvador de dónde había salido lo de que el cerebro seguía soñando durante dos semanas, reconstruyendo, reelaborando los días anteriores a la muerte, intentando hacer del deceso un evento casi deseable.

Sonó una segunda alarma y el ruido sacudió a Tomás. Se levantó de la silla, dejó el libro sobre el comedor y caminó hasta su cuarto para apagar los despertadores. Antes de llegar, vio los restos de la placa sobre la cama de su hermano.

La pistola seguía encima del escritorio de Salvador, junto al casquillo. Le pasó los dedos por encima sin tocarla. Tomás había convencido a los investigadores del CTI de que era su pistola de dotación, por lo que no había sido confiscada. Tengo que cambiarme de apartamento, dijo mientras miraba una mancha en la pared. Fue imposible quitarla del todo. Pasó a la biblioteca, que ocupaba gran parte del cuarto y sacó un vinilo de entre la colección de libros de Chandler, Nietzsche, Benjamín, Hammet y novelas negras latinoamericanas.

¿Creíste que todo es así de fácil?, dijo como si hubiera alguien más en el cuarto. Un tiro en la sien y ya está. ¿Qué estabas pensando? Yo sé que la vida es absurda. Así es el mundo: no se puede elegir nada, ni siquiera la muerte. De otra forma, no me habría tocado a mí hacerlo por vos. Pero no, en este mundo no hay libertad, te digo, no hay control. No se elige dónde se nace, qué trabajo te conseguís, a quién te tirás, quién te tira a vos. Nada. Se acercó a la pared donde estaba la mancha y miró de cerca el cambio de tono. Recordó los bulticos de sesos pegados en la pintura blanca y algo que siempre creyó un pedazo de cráneo; el colchón lleno de sangre, el cuerpo de Salvador tranquilo, como si durmiera, acostado de lado sobre la cama, a la espera a una ambulancia. Y siguió: Después de todo el tiempo, de todo lo que hice por vos, lo único que supiste hacer fue una puta dedicatoria en el librete ese tuyo. A mi hermano Tomás, que lo puede todo. Pura mierda, oíste, pura mierda.

La garganta le ardió. Salió del cuarto, arrastrando los pies, con el disco en la mano. Apagó las alarmas. Puso el vinilo en el tocadiscos y la trompeta de Davis llenó la sala. *Kind of Blues* era tan buen como siempre, así no estuviera Salvador. Luego entró al baño y abrió la ducha. Se miró en el espejo, esperando que, quizá, todo fuera un sueño. No lo era. Solo existía ese mundo en el que tenía que llamar a sus papás para decirles que el cuerpo había desaparecido. La sola idea le daba náuseas. Pensó en ellos, en las horas de catequesis que habían querido embutirle a ambos, las novenas rezadas con la familia en las navidades; las buenas costumbres católicas del nunca pasa nada. No los odiaba, solamente le gustaban más de lejos. Suficiente, se dijo. Decidió no contarles.

Siete trajes que parecían idénticos en su closet, cualquiera tan bueno como el siguiente. Se puso un par de medias y, en vez de los zapatos de cuero, prefirió los Reebok negros.

Salió del apartamento. En la mano llevaba una camisa de Salvador que tenía estampada la cara de Héctor Lavoe con el ojo morado. Bajó al parqueadero. Mingus no estaba. Atendía el dueño del garaje, un hombre que cubría su delgadez con ruana y bufanda. Tomás dejó la camisa en el asiento de atrás y encendió el carro. Fumó un cigarrillo mientras esperaba a que el motor calentara.

Condujo por la Carrera Décima. El asfalto aún estaba mojado y los Cerros comenzaban a llenarse de sol. Prendió la radio: basura periodística. Esperó. Nada. Sincronizó su celular al equipo de sonido y prefirió algún cobre, siempre un cobre. Prendió otro cigarrillo. Un largo fraseo de trombón lo confortó. Ah, dijo, *Mingus Ah Um*.

Estacionó en el parqueadero del Complejo Judicial de Paloquemao. Vio a algunos conocidos en la requisa matutina. No los saludó. Era un desfile de corbatas acartonadas, trajes baratos, caras extraviadas y soñolientas. Subió tres pisos por unas escaleras solitarias y llegó a la oficina. Tomás siempre era el primero en llegar.

Cerró la puerta con seguro para evitar que Vásquez Mendoza se colara en el despacho. Comenzó el trabajo de rutina. Durante la mañana, sustanciaba las acusaciones de la Fiscal López, hacía trabajo de más e, incluso, asistía a audiencias en reemplazo de ella. Era el asistente estrella del despacho. Nunca fallaba, no perdía un término y siempre tenía los papeles antes de tiempo. En las tardes, solía patinar en los juzgados: revisaba notificaciones, peleaba con los secretarios de los despachos, acudía a citas con los jueces.

Aunque se había encargado en su tiempo libre del velorio, del entierro, de convencer al enfermero con un par de billetes para que se le pasara la dosis de morfina que recibía Salvador y, además, trabajar como si nada, Tomás no sintió cansancio. Homicidio por piedad, de seis meses a tres años de cárcel, se decía todas las mañanas desde entonces mientras se sentaba y prendía el computador de su cubículo.

Revisó los cuatro folders que había dejado la tarde anterior en su despacho. Carpetas deshojadas, amarradas con pitas sucias; carátulas cubiertas de tachones, mal numeradas, llenas de humedad. Qué desastre, dijo sin expresión, como todas las carpetas en este puto despacho. La cuestión iba de un riquillo que había violado a un compañero de universidad. Diez de la noche, un apartamento en Rosales, cuatro amigos, cuatro botellas de ron, dos se van, dos se quedan. Uno inhala cocaína de más, la nariz maquillada. Se le pone tiesa, el pantalón le juega en contra. Uno está medio borracho, el otro duerme. Este le baja el bóxer, le ve las nalgas, “nada mal” debió pensar, y lo clava. El otro se da cuenta al día siguiente cuando se va a sentar. Los abogados defensores pedirían casa por cárcel. Fácil, ni por el putas la aceptaría: dos oficios al Juez de Control de

Garantías pidiendo una pena ejemplar. Además, solicitaría detención preventiva; eso era otro memorando. Probablemente sería negada la petición: ¿cómo justificar que ese niño era un peligro para la evolución del caso o para la sociedad? No importaba, todo había que solicitarlo. Después revisó los hechos, quitó errores de continuidad, borró redundancias, buscó jurisprudencia y redactó los testimonios. Pediría la pena máxima, como siempre; no era pertinente, pero qué importaba, los fiscales se hacen con cifras. Negaría todo arreglo, disminución punitiva y exculpante de responsabilidad. Finalmente, preparó la perorata en contra del clásico argumento del defensor: “Es que el acusado es apenas un niño, sin pasado judicial, y de buena familia, de valores católicos. ¿Cómo enviarlo a una cárcel si no es un criminal? Pero cuando salga, lo será, se lo aseguro, su señoría”. Nada, pues que se convierta en un criminal, porque la norma es para todos, y organizó los últimos detalles del caso.

Necesitaba un descanso. Y lo necesitaba ya. Adentro del despacho de la Fiscal López, Tomás imprimió una petición de vacaciones y la dejó encima del escritorio, sobre los otros papeles del día.

Salió de la oficina. Los otros asistentes estaban vagando por los pasillos, hablando de cualquier cosa, mirando descerebradamente sus celulares. Pero putos vagos de mierda, si yo estaba adentro, ¿por qué no golpearon? Cualquier cosa para no trabajar, ¿no? Les dijo y se abrió paso entre ellos. Cuando estaba por entrar al despacho del Fiscal Martínez, sintió una mano sobre el hombro. Ya es hora, le dijo Vásquez Mendoza.

La terapia comenzó con las preguntas de siempre: ¿Cigarrillos?, te mandan saludes; ¿Comida?, la suficiente; ¿Mujeres?, a dieta; ¿Ejercicio?, ¿manejar carro cuenta? Hablaron sobre las vacaciones que acababa pedir, de los discos de Leonard Cohen que estaban encima de la mesa de centro y del paro campesino que se venía encima. A Tomás le gustaba de Vásquez Mendoza que no apuraba los temas, bueno, hasta cierto punto. Al principio, conversaciones banales y luego las preguntas directas. Ambos sabían que él estaba ahí para hablar sobre Salvador, de las sospechas que existían acerca de la muerte asistida.

¿Se siente responsable de la muerte de Salvador? Le preguntó de nuevo al cabo de un rato. Vásquez Mendoza, Tomás lo entendió en ese momento, pretendía repetir la pregunta hasta que se quebrara, hasta que cediera, hasta empezara a hablar de todo. No le daría el gusto, sobre todo porque no tenía nada de qué hablar. Ignoró por completo la pregunta y prefirió contarle que no esperaría la respuesta de la Fiscal López, que quizá comenzara a buscar otro trabajo. Vásquez Mendoza estuvo de acuerdo: firmó una recomendación y le dijo que estaría llamándolo a saludar. Antes de salir, le entregó también una hoja escrita a mano.

De nuevo en los pasillos, buscó la oficina del Fiscal Martínez. Encontró al Flaco Benito sentado con la espalda torcida. Leía un expediente, y con un dedo en la sien y la otra mano

sosteniéndole el mentón, parecía un abogado de vieja cepa. Se creía el asunto de ser fiscal y eso siempre le había molestado a Tomás. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que se diera cuenta de su verdadera naturaleza, la de un mero oficinista, una carísima máquina de escribir? Todos se creen investigadores en este país, excepto los investigadores, les había dicho la última vez que estuvieron juntos los tres, tomando cerveza y tequila en Cuba Antigua, porque los verdaderos investigadores son los del CTI, pero ellos no se creen el cuento y no trabajan nunca, y por eso nunca tenemos análisis a tiempo, los casos se demoran años, y nunca pasa nada en las audiencias. Pero al Flaco Benito y a Salvador no les interesaban esos asuntos. A ellos, en realidad, les fascinaban los crímenes, su estética, la investigación. Le causó gracia la forma en que recordaba: pensaba en su hermano como si todavía estuviera vivo. El Flaco Benito irguió la espalda y mostró unos dientes desordenados cuando vio que Tomás se acercaba a su escritorio.

¿De dónde sacó la pistola? ¿Ni una nota dejó?, le preguntó a Tomás luego de darle un largo e incómodo abrazo. Se había dejado crecer la barba, que ahora era negra y espesa. Hablaba con leve acento costeño y sonreía torcidamente hacia la izquierda, entornando sus ojos diminutos, volviéndolos dos rayas horizontales. Tomás, en realidad, no sabía nada. Supuso que la había conseguido en el Bronx y también supuso que la nota de despedida era su novela. Lo analizaron entre los dos. No llegaron a ninguna conclusión. Hablaron de algunos procesos que tenían en marcha. Antes de irse, le contó sobre las vacaciones y prometió llamarlo después para unas cervezas.

Conocía los pasillos del Complejo Judicial como las manchas de sus trajes. Solo hacen falta las lápidas a cada lado, pensó mientras caminaba por los interminables corredores. Llegó al parqueadero. El vigilante separaba a dos perros que intentaban coger. Las nubes estaban a punto de ceder cuando se subió al Volkswagen. Prendió la radio y paseó entre las emisoras hasta que encontró una buena canción. *Everybody knows that the boat is leaking/ everybody knows that the captain lied/ everybody knows this broken feeling*. Cohen, al menos tiene buen gusto el viejo ese, se dijo y dio reversa.

Cuatro

El celador Rubio estaba de turno. Le entregó, luego de forcejear con el cuaderno de comprobantes, el tiquete de entrada del parqueadero. El vigilante había retirado mal papel, por lo que un trozo de la contraparte había quedado en manos de Tomás.

Estacionó. El carro hizo unos extraños sonidos metálicos luego de apagarse. Tomás supo que era tiempo de una revisión mecánica. Prendió un cigarrillo. El Cementerio Central le pareció extraño de día.

Primera parada: la tumba de césped. Estaban de pie, Anodina y Mutante, tomando con pitillos vino barato de caja. Vestían la misma ropa del día anterior y tenían los ojos apagados. La mujer exhibía unas ojeras abultadas, mezcla de la falta de sueño y probablemente de horas de llanto. El hombre, lacónico y callado, miraba la tumba ininterrumpidamente. Le dijeron de inmediato que habían visto al jardinero rondando unas horas antes.

Caminó sin dirección, buscando a aquel hombre. Anduvo durante una hora entre palomas, visitantes, grupos de turistas que hacían los recorridos de criptas famosas. No tuvo suerte. Preguntaba a quien se cruzara si había visto al hombre de la cortadora de pasto. Y, de hecho, la mayoría de gente lo había visto. Le dieron indicaciones distintas que lo llevaron a ningún lugar, y mientras andaba sobre el asfalto fracturado del cementerio decidió acercarse a la oficina central.

Cuando estuvo cerca, lo vio. Se dirigió rápidamente hacia él, analizándolo. Vestía una camisa gris de rayas rojas horizontales que terminaba dentro del pantalón. Tenía los ojos verdes, un poco amarillentos, y las cejas delgadas que fruncía con fuerza, como si la luz le molestara; unas entradas amplias, una frente extensa, pero la mitad de su cabeza estaba cubierta de largos y delgado pelos blancos que peinaba hacia atrás. Sus pasos cortos, desviados hacia adentro, le daban un aspecto cómico. Fiscalía, papeles, dijo Tomás y se acercó. Parecía un hombre común, excepto por el fuerte olor que expedía, similar al específico de cromo usado para desinfectar hospitales y morgues en Medicina Legal. Le hizo las preguntas rutinarias y luego le informó sobre el siniestro. El viejo se mostró tranquilo. Tomás le pidió una coartada para el lunes en la noche y la madrugada del martes. Este cementerio no tiene un solo jardinero, cada familia paga uno propio, así que no hay quien lleve registro, le dijo el hombre con una voz gruesa, ronca, pero sí trabaje ese día que usted dice, fiscal... ¿Valencia? Llegué a eso de las seis de la tarde, diga usted, hasta un poco más de las once. Trabajo de noche para que nadie me vea, no me gusta. Arreglé unas tumbas y un jardín de hortensias por el Mausoleo del Sindicato. El viejo paró un momento, se rascó su grueso antebrazo y desvió la mirada, como si estuviera intentando recordar algo. Y dijo: Por allá está lleno de cámaras, así que no debería ser un problema averiguar quién anda abriendo las tumbas.

Qué pedazo de imbécil, se dijo. El jardinero pareció oírlo e intentó una sonrisa. Luego, el sujeto le mostró su cédula: Jorge Barbosa, 61 años. Tomás le sacó una foto al documento, se lo devolvió y lo dejó ir. El jardinero, que desde atrás se veía como si fuera mucho más joven, caminó hasta el parqueadero con un paso más bien ágil. Tomás lo siguió disimuladamente hasta que lo vio subir la cortadora de pasto a un Trooper rojo.

No podía creer que se le había pasado el detalle de las cámaras. Dio una mirada larga, fijándose en los techos, y vio que el lugar estaba plagado de cámaras de seguridad. Apenas normal para la gente que apila cadáveres, cuida el mármol de las tumbas, pero que le vale mierda si un cuerpo desaparece, pensó mientras caminaba hasta el bloque de nichos donde Salvador había sido enterrado. Una cámara de seguridad le apuntaba desde un friso cercano y si funcionaba, de seguro había capturado el siniestro. Torció una sonrisa. Le pareció extraño usar esa palabra. Después de todo, no era un caso cualquiera de su despacho, no era un siniestro cualquiera.

Segunda parada: Oficina central. Cuando Tomás entró, cayeron las primeras gotas de lluvia. Nadie hacía fila en el recibidor. Lo atendía una señora cercana a los sesenta años, que vestía una camisa morada de manga larga y botones a punto de reventar. Veía las noticias del mediodía. Se acercó a ella y hablaron del clima, de fútbol, del paro campesino. Luego, le informó sobre la profanación y le preguntó si sabía de casos parecidos. La mujer no sabía nada, pero le prometió averiguar. A veces los sacan para las fosas comunes, pero siempre dan avisos, le dijo a Tomás, y acá no tengo registros de que se hayan hecho procedimientos parecidos por estos días.

Pasaron al tema de las grabaciones. En efecto, todas las cámaras del cementerio funcionaban. La mayoría de criminales son estúpidos, pensaba Tomás mientras escuchaba a la mujer hablar sobre los procedimientos de petición de registro. Primero tiene que llenar este formulario, esperar tres días hábiles para que le respondan, más dos días de reposición y luego, decía la mujer que hablaba rápida y chillonamente, esperar a que encuentren el segmento que solicita.

A Tomás le pareció absurdo, pero así era la burocracia. Hizo cuentas: solo hasta el jueves de la semana siguiente podría acceder a las grabaciones, y ya habían pasado siete días desde la muerte de Salvador. No tendría suficiente tiempo para encontrarlo. Se sintió estúpido por tener afán; después de todo, ya estaba muerto. No le importó. Optó por presionar a la mujer con una orden judicial, con una denuncia por obstrucción a la justicia, pero ella no cedió. Había estado demasiado tiempo en ese recibidor para sentirse intimidada. Tuvo que cambiar de estrategia. Le ofreció una suma razonable y le habló sobre lo vital que era seguir una pista fresca.

Antes de llenar las formas, escuchó un momento las noticias. El paro campesino iba a ser nacional. Empezó recalcando la prioridad del asunto. Le entregó los documentos a la mujer, salió, vio la lluvia caer y prendió un cigarrillo. Tal vez lo mejor fuera solicitar una orden judicial.

Su celular sonó. No tenía ganas de contestar. Podría ser su jefa, alegando que no era momento para unas vacaciones, porque, según ella, siempre había casos importantes que resolver en el despacho. Prefirió hacer cuentas de nuevo: la denuncia tomaría dos días, el reparto otros dos, la solicitud de investigación, uno. Y de ahí, ocho días para una orden judicial. Ridículo. Tenía que hacerlo él mismo si quería encontrar el cuerpo de Salvador a tiempo. Y para él, a tiempo significaba la teoría Tarver: quince días en los que podía acompañar, tal vez, a su hermano antes de que desapareciera por completo.

Caminó bajo la lluvia hasta el Volkswagen. Llegó empapado.

Mientras Rubio contaba el dinero de las vueltas, Tomás le preguntó sobre los jardineros del cementerio. Señor Fiscal, el pasto lo corta la gente de la Unidad de Servicios Públicos del Distrito cada mes y las flores las arreglan los visitantes, le respondió. La gente es muy tacaña para andar pagando jardineros y no es tan normal ver personas con máquinas adentro, ya sabe, por eso de los ladrones.

Tomás dudó un momento y pensó en varias posibilidades. Podría ser que el viejo aquel fuera un jardinero particular, de alguna familia rica. Recibió el dinero de la vuelta y miró fijamente al celador. El jardinero le había parecido un tipo normal, incluso amable. Pero la otra opción le parecía más sensata. ¿Por qué le había mentido? Si Rubio decía que no era normal, sería demasiada coincidencia que justo esos días estuviera trabajando un jardinero en el sector de los Sindicatos, cerca del nicho de Salvador. ¿Tendría algo que ver con los dos mocosos del pacto y el otro pendejo, el Ojos-de-camello? ¿Lo estarían jodiendo entre todos, haciéndose los imbéciles, mandándole de un lado para el otro?

Tomás recordó la contraparte. Eso sería suficiente. Presionó al vigilante para que le dejara ver el registro de los carros que se llevaba en el cuaderno de comprobantes. Rubio se negó. Tomás utilizó la misma estrategia: una suma razonable, pero el vigilante no quiso aceptarla, porque sabe, patrón, es muy poco lo que me ofrece, y acá encima mío hay una cámara y si me echan, ¿cómo consigo otro trabajo? Le preguntó por el conducto regular para solicitar los registros del parqueadero. Más burocracia.

Muchas pistas solían llevar a ningún lugar. Podría ser que el aparente jardinero no tuviera nada qué ver, que la información del carro lo llevara hacia un callejón sin salida. No tenía pruebas suficientes para saber si, entre los conocidos hasta ahora, estaba el profanador. Tal vez todos tenían que ver, de pronto ninguno. Quizá el cuerpo ya había sido desmembrado. Volvió al carro. En estos días ya nadie quiere plata, dijo y buscó en su celular el tipo penal para el soborno. Cohecho impropio. De cinco a diez años de prisión; seis a ocho años de inhabilidad para ejercer cargos públicos, y solo por ofrecer una suma razonable que nadie quería recibir.

Camino a casa supo que sería imposible encontrar el Trooper rojo en las callecitas del centro. Mucho menos a esa hora. Así el viejo le hubiera parecido decente, un tipo normal que no se metía con nadie, menos con cadáveres, ¿qué otra opción tenía? Estuvo alerta por si veía esa camioneta entre los miles de carros. La lluvia sobre el parabrisas, las luces de los postes encendidas en la tarde, la gente escondida bajo los paraguas, el centro de Bogotá. Llegó a su apartamento.

¿Qué pasa, chino?, le dijo Mingus mientras abría la pesada puerta de hierro. Tomás vio que el dueño del parqueadero estaba en una la minúscula oficina, en la esquina del lote. Estacionó donde siempre.

¿Se sentía culpable por la muerte de Salvador? Recordó la cara poco agraciada de Vásquez Mendoza, de cómo intentaba meterse en su cabeza. Quizá lo estaba logrando después de todo, porque había empezado a sentir que, de alguna forma, él sí era culpable de algo: de haberlo asesinado por piedad. No hubiera soportado ver a su hermano deshacerse en una cama de hospital, ni pensaba aguantarse las cuentas, las horas de visitas, los nuevos médicos haciendo las mismas viejas preguntas, las enfermeras que lo sabían todo, la muerte golpeando los corredores. No. Había sido piadoso porque esperaba que alguien hiciera lo mismo por él si se encontraba algún día en tal situación. No, en definitiva, no se sentía culpable del intento de suicidio. Los culpables de eso eran otros, y no uno solo, un sistema, un mercado absurdo, pendejos de mierda, que comenzaron con las críticas, lo de la promesa de la literatura colombiana, que nunca se había visto una novela tan grande de un escritor tan joven, hijosdeputa, y ¿cómo iba a poder escribir de nuevo Salvador con tanta presión? Tomás nunca pensó que el bloqueo en el que su hermano había caído durante los dos años posteriores a la publicación de *La Teoría de Tarver* pudiera llegar a tal desenlace. Para él, el bloqueo de escritor solo era un mito de snobs, de mequetrefes. El culpable no era solo ese sistema, ese mundillo literario, continuó para sí, esas tramas de editores y editoriales que buscan plata, farándula, como todo el mundo. No, también hay gente atrás de todo que no se responsabiliza de sus actos. Sí, y Tomás sentía que hallaba sentido en sus reflexiones, los fundadores, los editores de las revistas, los críticos. Sacó la camisa que tenía en el puesto de atrás y se la entregó a Mingus. Eso es lo que pasa, chino, pensó y le preguntó si se quería ganar unos pesos

¿Qué hay que hacer, chino?, le respondió Mingus, mirando furtivamente al dueño del garaje, que no sea nada malo, ¿oyó? No, Mingus, cómo se te ocurre. Es sencillo, ponete esta camisa. Subo a descansar y luego te cuento.

Encontró la nueva edición de *El Malpensante* puerta de su apartamento. Le había regalado la inscripción a Salvador hacía un par de años y ahora tendría que cancelarla. En las primeras páginas se anunciaba la ceremonia de los quince años de fundación. Se acostó en su cama mientras veía la lista de invitados. Revisó el código penal en su celular.

Artículo 111. Lesiones. El que cause a otro daño en el cuerpo o en la salud, incurrirá en las sanciones establecidas en los artículos siguientes (...)

Y después de todo, quiso darle a cada uno de los presentes en la ceremonia que se celebraría aquella noche un puñetazo en la cara, una patada en el culo, aun sin conocer a ninguna de esas personas. Quizá destruir todos los estantes de literatura colombiana, incendiar el lugar con todos adentro, así él no hubiera leído ninguno de esos libros.

Abrió una botella de vino. Soñó con fuego y páginas sueltas.

Cinco

¿Lo habría puesto encima de la máquina de cortar pasto? No. Primero lo envolvió en una bolsa negra de basura, imaginó Tomás, volviendo a la escena de la profanación. Si no, ¿de qué otra forma? Tal vez lo hizo pasar por pasto recién cortado. Lo llevó encima de la máquina. Aunque el parqueadero estaba muy lejos. ¿O tal vez no? Un ayudante, cualquiera entra al Cementerio Central. Putas, locos, metaleros, satánicos. ¿Y cargarlo en el parqueadero? No, el vigilante lo habría visto: ¿Quién cargaría pasto cortado a un carro? Las hipótesis parecían plausibles pero nada era seguro, excepto la pérdida del cadáver. Lo sacó, sí, por la puerta peatonal de la Calle Veintiséis. Dejó el cuerpo en la basura de la esquina. La calle, de madrugada, vacía. En el fondo los murales: El Beso, el Homenaje a la UP. Luego salió en el carro. Sí. Fácil. Recogió la bolsa de la calle. Pero ¿para qué volvería al cementerio? ¿Otro cuerpo?, ¿la puerta principal estaría abierta a esa hora, sin vigilancia?

La hipótesis de la profanación lo acompañó mientras atravesaba caminando el Parque Santander. Cruzó la Carrera Séptima, esquivando a los discapacitados, indígenas desplazadas con niños de brazos y limosneros que se repartían a lo largo de la iglesia de San Francisco. Dejó atrás el café San Moritz.

Era una tarde de esas que solo se encontraban en Bogotá: sereno a las dos, llovizna, nubes cargadas, sol y frío. Todo a la vez. Anduvo entre los estantes de libros piratas, sobre la Calle Catorce, ignorando el malestar que le había dejado el vino de la noche anterior. Prendió un cigarrillo. Había llovido en la madrugada y los charcos parecían tragarse las alcantarillas. Además del extraño clima, las tardes del centro se caracterizaban por la basura regada en los andenes, cagadas de loco en cada esquina, gente vendiendo chucherías, el escándalo de los carros viejos entre calles diminutas. Tomás llegó al bulevar de las librerías de segunda. Entró a la Latebra Nocturna.

Segunda planta. Había sido difícil subir las escaleras sin tumbar algún montoncito de libros dejados al azar en cada escalón. Era un piso amplio con anaqueles que llegaban hasta las cenefas. Escaleras móviles y butacas entorpecían el paso dentro de la librería. Tomás se sentó en el único sofá y esperó mirando a través del balcón que daba a los techos de las viejas casas de San Victorino. El olor a humedad, que no tenía una sola fuente, lo ahogaba. Epifanio salió de un cuarto escondido atrás de una montaña de libros. Pero qué milagro, hermanito, síguete, siéntate, dijo el viejo mientras caminaba hacia el sofá, hace tanto tiempo, oye, lamento lo de tu hermano, pero no te aflijas, así son los escritores, unos locos de mierda, digo, de miedo, y bueno, ya sabes, el bloqueo de escritor, siempre lo mismo, las revistas, las putas revistas, la promesa de la literatura colombiana, bah, esos hijosdeputa lo que quieren es vender, aquí en este país nadie sabe qué mierdas es la literatura. Menos las editoriales y las revistas esas. ¿Cómo se supone que un culicagado aguante tanta presión? Pero bueno, ya qué importa, ¿qué hay de cosas?, aquí tengo una copia de libro de Salvador, me hizo una dedicatoria y todo, de verdad qué buen

libro, ¿Qué ha pasado? ¿A qué debo el milagro? Tomás lo saludó con un abrazo y luego fumaron sentados. El pequeño sofá los obligaba a estar hombro contra hombro. Se había olvidado de lo agradable que era el viejo. De su olor permanente a loción de afeitar, los dedos gruesos y cortos, como si les faltara la última falange, las tirantas de otro tiempo sobre los hombros. La boina, excepcionalmente similar a la que Salvador se ponía de vez en cuando. Quizá había sido un regalo de su hermano. Nada, nada, le respondió Tomás, ando buscando un par de cositas. Y sobre todo un consejo.

Epifanio se paró con dificultad. Su panza tensaba con potencia la camisa café a cuadros. De un anaquel sacó dos vasos de cristal, una cafetera y una botella de brandy. Llenó los vasos hasta la mitad con café tibio y luego los envenenó con el trago. El viejo limpió sus gafas y alzó las cejas varias veces, como preparándose para escuchar una buena historia. Se sentó de nuevo. Bueno, primero estoy buscando este libro, dijo Tomás mirando a las bibliotecas, que no he visto hace rato. Ese de pasta dura, el que le gustaba a Salvador. Pues qué interesante, le respondió el viejo, justo me llegaron las nuevas ediciones. ¿Te gustaría de doscientas páginas o la edición de trescientas?

Tomás miró hacia el balcón. En la calle pasaba gente envuelta en cobijas, cubriendo semanas de suciedad; otros vendían tinto, pomadas para los hongos de los pies, libros robados. Luego miró a Epifanio y dudó. Sacó su celular y dijo: Dame un segundo. Agenda de contactos. Anodina. Marcó tres veces. No hubo respuesta. La verdad, ando con poco dinero ahora mismo, así que la edición de doscientos será suficiente, le respondió. Esta vez va por la casa, de todas formas, ya no tengo tantos clientes, le ofreció Epifanio mientras sorbía del vaso.

El viejo se paró de nuevo con dificultad y entró al cuarto escondido. Tomás escucho el ruido de libros al caer, el movimiento de platos y ollas. Estiró el brazo hasta la mesa de centro donde Epifanio había dejado su vaso y agarró un libro que el viejo había dejado abierto. Balas de Plata de Elmer Mendoza.

Una ocasión especial, ¿eh?, dijo Epifanio mientras atravesaba la librería. Cuando estuvo cerca del sofá, le alcanzó un libro de pasta dura y luego agarró su vaso, del que dio varios sorbos. Siempre para los momentos difíciles, hermanito, o también para los más más fáciles. Bueno, estoy en unas cortas vacaciones, Tomás bajó el brandy con café de un solo trago y se quedaron callados por un rato. Miró con detenimiento al viejo: ¿Podría confiar en él? O mejor, ¿debía confiar en él? No es que pensara que Epifanio tuviera algo que ver con la desaparición del cuerpo de Salvador. No. No quería, mejor, agrandar el asunto.

Tomás lo conocía hacía muchos años, casi desde la época en la que él había llegado a Bogotá a estudiar. Incluso se lo había presentado a Salvador. Trabaron amistad inmediatamente. A Tomás no le había molestado el hecho de que Salvador ayudara a Epifanio a vender marihuana. De hecho, él mismo les había recomendado que llevaran a los clientes hasta la librería para que Salvador no tuviera que

correr ningún peligro. Además, les había sugerido que vendieran las bolsas dentro de libros viejos; solo había que hacer huecos en medio de las hojas. Tomás había visto esa técnica en uno de sus casos y le había parecido brillante.

Epifanio miraba a través el balcón, distraído, callado. Tomás, para pasar el tiempo, revolvió los bolsillos de su pantalón y encontró dos papeles: una recomendación para unas vacaciones y una hoja con letra escrita a mano.

Alexitimia (*A*: Prefijo de negación/Ausencia; *Lexis*: Palabra; *Thymos*: Alma) Trastorno desadaptativo de la psique caracterizado por la incapacidad de identificar y describir verbalmente las emociones y sentimientos de sí mismo y/o de otros.

Síntomas: Limitación para experimentar fantasías o sueños o para pensar imaginativamente. Por el contrario, uso del pensamiento enfocado, racional, basado en hechos y detalles. Carencia de habilidades empáticas y tendencia a personalidades frías y distantes. Tratamiento: No comportarse como un imbécil con los demás y psicoterapia.

V.M.

El tipo sabía de lo que hablaba. Vásquez Mendoza, después de todo, lo comprendía un poco. Rompió los papeles y los botó en el cenicero. Tendría que confiar en el viejo, concluyó, es el mejor amigo de Salvador y también tiene cierto derecho a saber lo que está pasando. Hablando de eso, en cuanto al consejito, ¿me querés ayudar?, dijo finalmente Tomás, pero es un cuento largo. ¿Ves a alguien más acá? Así son todos los jueves por estos lados, hermanito. La gente prefiere andar borracha que andar leyendo, le respondió Epifanio, estúpidos que son... cuando uno puede hacer las dos cosas al tiempo.

Tomás le contó sobre la desaparición del cadáver, la gente que tenía un pacto con su amigo muerto, los videos, el vigilante marihuanero, el jardinero en el Trooper. Intentó recrear todos los detalles que pudo, de contárselos con calma en orden cronológico.

La lluvia golpeaba contra la baranda del balcón y salpicaba los libros más cercanos a las ventanas. El olor del piso de madera se mezclaba con la humedad. Varias colillas de cigarrillo reposaban en el cenicero. Epifanio fumaba un puro y miraba, distraído, hacia una de las bibliotecas. Se masajeara la barba con la mano y tomaba brandy cada tanto. Tomás jugueteó con su celular, esperando a que el viejo empezara a discurrir en el asunto. Se distrajo mirando noticias desde su celular. Imaginó un encabezado: “Mueren directivos de revistas culturales en incendio de causa desconocida”. Buscó la cara de Epifanio, ahora medio borracho y absorto. Tomás le había visto muchas veces esa cara. Significaba un cambio radical de personalidad y no precisamente por el alcohol. Generalmente, lo había visto hacer esas

muecas durante las discusiones que tenía con Salvador sobre la calidad de algunas novelas de detectives y películas *noir*.

Déjame te hago una pregunta, hermanito, ¿todavía andas en el Volkswagen?, dijo Epifanio, ¿por qué nunca te compraste otro carro, uno mejor, más nuevo, que no hiciera todo ese escándalo?

Tomás guardó el celular. Cogió el libro que le había dado el viejo con las dos manos. Pasta azul con líneas doradas en los bordes. El título era pequeño. No lo leyó. Le pareció una pregunta que pudo haberle hecho Vásquez Mendoza. ¿Por qué no conseguía otro carro?, la respuesta era la misma a la pregunta ¿Quería a su hermano, Tomás? Por lo tanto, la respuesta debía ser la misma: Porque no me pagan lo suficiente en la Fiscalía, y con todo lo de Salvador y como está la cosa, el arriendo, los servicios, la gasolina, la ropa, el nicho, la Universidad, el entierro. Además la comida, los parqueaderos, la cerveza, los cigarrillos. Todo eso cuesta, Epifanio.

Le habían empezado a molestar esas preguntas, como si indirectamente le quisieran hacer saber que no estaba sufriendo lo suficiente por todo el asunto; como si le obligaran a escarbar lo que tenía adentro, aunque nadie entendiera lo que le pasaba realmente: que nada tenía adentro, solo un espacio blanco, un ruido gris, una continuidad que andaba por inercia hacia ningún lugar.

¿Me has visto a mí en un carro? ¿Sabes si yo tengo una camioneta o algo así?, le contrapunteó el viejo. En realidad Tomás nunca lo había visto afuera de ese piso. No entiendo a qué quieres llegar. A ver, pendejito, ¿no que es Fiscal? Auxiliar de Fiscal, le corrigió Tomás. Lo que sea, auxiliar de pendejo, lo que sea, pero investigador en todo caso. El viejo se paró, irguió la espalda y con los ojos perdidos miró hacia los techos de las casas de San Victorino. Si un funcionario público anda en un Volkswagen hecho mierda y un editor pensionado vive en semejante pocilga, ¿por qué carajos un jardinero va andar en un Trooper?

Era cierto. Un prejuicio odioso, tibio, arribista, pero en todo caso cierto. Tomás había crecido en un barrio de clase media alta lleno de jardines. Los jardineros venían con nombres inusuales: Capote, Telésforo, Isidoro. Y venían desde algún lugar olvidado en bicicletas destruidas, en las que amarraban sus herramientas con cabuya. A estos personajes Tomás también los había visto en Bogotá. Entonces, ¿por qué un jardinero andaría en un Trooper? ¿Sería prestado, robado? En cualquier caso, demasiado inusual o al menos sospechoso.

Las pistas siempre llevaban a caminos variados, múltiples. Las sospechas eran solamente intuiciones exacerbadas. ¿Cómo saber qué perseguir? Epifanio calló y Tomás pensaba en el Trooper rojo, en todo lo que tendría que hacer para conseguir la placa, un nombre y después una dirección. Esto es la vida real, se dijo, aquí no es tan fácil andar buscando a un tipo entre diez millones de habitantes, aunque tenga una foto de su cédula. ¿Y cómo saber si era la cédula verdadera? Bogotá era un monstruo, uno de mil cabezas, con todas las identidades posibles, los nombres pensables. Justa para perderse como

en una casa de espejos. Podrían pasar los ocho días restantes siguiendo a alguien que pudiera no tener nada que ver con la profanación, pero ¿qué más podía hacer?; jugar con lo que tenía a mano, sí, es lo único que podía hacer. Confía en tu malicia indígena, que de donde vienes está lleno de indios, la broma racista del Flaco Benito cuando Tomás dudaba de alguna acusación en el despacho le atravesó la cabeza. Malicia indígena, eso era lo que necesitaba.

Caminó hasta el balcón y estiró los brazos hacia afuera. Hizo una cuenca con las manos y esperó a que se llenaran de agua. Se enjuagó la cara con la lluvia. Le supo a metal. No es para tanto, Tomás, hermanito, no te preocupes, las cosas van así, asá, y uno tiene que andar imperturbable entre tanta mierda. ¿Cómo te ibas a dar cuenta si tienes tanto trabajo, tantas obligaciones? No te preocupes, que ya vas a llegar al meollo del asunto. Mientras, te voy sirviendo otro cafecito envenenado.

Tomás no lo miró. Prendió un cigarrillo y sacó su celular. Agenda de teléfonos. Anodina. Se apagaba la tarde cuando hizo la cuarta llamada. ¿Aló? Sí, sí, con Tomás Valencia Guevara, el fiscal. Necesito un favor. No, nada difícil. Sí, tu amigo también puede ayudar. Necesito afuera a Ojos-de-camello de la caseta del parqueadero. Sí, los jueves tiene turno. Luego te explico. En media hora nos vemos en la entrada de la Calle Veintiséis. ¿Para ustedes? Bueno, nunca está de más que un fiscal les deba un favor. Les llevo algo además. Tomás miró de nuevo a Epifanio y colgó. Pensó en Mingus. Yo siempre dije que Salvador sacó a Ignacio Sanclemente de usted, Tomás. Ya ve como nunca me equivoco con esas cosas, sentenció Epifanio mientras le alcanzaba el vaso de café mezclado con brandy.

Seis

Artículo 376. Tráfico, fabricación o porte de estupefacientes. El que sin permiso de autoridad competente, transporte, lleve consigo, almacene, conserve, elabore, venda, ofrezca, adquiera, (...) incurrirá en prisión de seis a doce años y multa de...

Tomás guardó el celular. ¿Qué en este mundo no produce dependencia? Meditó Tomás y de la guantera sacó el libro de pasta dura. Leyó el título: 'La Urbanidad de Carreño'. Qué ganas de joder, Epifanio, viejo marxista, se dijo riendo y concluyó que si la norma se cumpliera, todo el mundo sería un criminal.

Se había estacionado sobre la Calle Veintiséis, al frente del Cementerio Central, y había dejado encendido el motor. Esperame un momento, Mingus, no me demoro. Si pasan los de Tránsito, me pitás tres veces, le dijo a su compañero, que estaba sentando en el puesto del copiloto, mirando por la ventana, como si intentara contar las gotas de lluvia sobre el vidrio. Mingus asintió sin quitar los ojos de la ventana.

Tomás percibió el olor dulzón que salía del libro. ¿Cuánto era la dosis mínima en Colombia?, ¿Veintiún gramos? Curioso, pensó, tan pesada como el alma. Adentro, en un hueco en medio de las páginas, había al menos cuatro veces esa cantidad. Protegió el libro de la lluvia, metiéndolo dentro de su camisa, y caminó hacia la puerta. Anodina y Mutante lo estaban esperando en la entrada peatonal del cementerio. Cruzaron saludos y Tomás los escrutó. Ella, ojos irritados, cara amarga, guayabo absoluto; él vestía la misma ropa de los días anteriores. Les entregó 'La Urbanidad de Carreño' y les dijo que la repartición era cosa de ellos. Pueden darle un porrito, la mitad, nada, lo que quieran, solo tienen que tenérmelo afuera de la caseta más de dos minutos. Explicó el resto del plan. Se separaron y Tomás volvió con Mingus. Se tuerce hasta el palo más duro, le gritó Mutante desde la entrada, arrastrando la ese y fingiendo una sonrisa. Era la primera vez que Tomás lo escuchaba decir más de dos palabras juntas. Si supieras, hijo, que en este mundo no hay un solo palo recto, pensó mientras entraba al carro.

Avanzaron lentamente en el Volkswagen y estacionaron de nuevo, esta vez unos metros más adelante del parqueadero. Tomás estornudó con fuerza. El parabrisas, empañado, lograba ocultarlos de las vistas, de las cámaras. Los Cerros se cubrían de una nube negra y la Torre de Colpatria apenas se encendía. Tres chiflidos cortos y agudos en medio del ruido del tráfico. La señal. Veinte lucas por cada libro, por dentro tienen unos recibos parecidos a estos, Mingus, ya sabes, le dijo Tomás mientras le mostraba un tiquete del parqueadero. Mingus abrió la puerta del carro y Tomás sintió el frío en los huesos.

Mingus, que vestía pantalón y tenis de Salvador, trotó rencamente hacia la caseta.

Tomás no aguantó el silencio, la espera. Desde el carro, aún con el motor prendido, vio que una sombrilla salía de la caseta y se internaba en el parqueadero del cementerio. Prendió la radio y miró de nuevo a la entrada peatonal. No tenía vigilancia, por lo que no sería difícil sacar un cuerpo en una bolsa de basura, haciéndolo pasar por pasto cortado. *Las tumbas* de Ismael Rivera salieron de los parlantes con un aire inclusive.

Deben estar parlotando, hasta un porro se habrán pegado los tres en el parqueadero, escondiéndose de las cámaras bajo el paraguas, pensó y se sorprendió de lo fácil que había resultado. Imaginó a Ojos-de-camello con el humo dulzón entre los labios y la mirada ancha, perdida. Luego imaginó una llamada, un despido. Dos meses apretados, buscando trabajo, los niños llorando, la mujer verraca. Pero tal vez no. No era culpa de él que un loco se metiera a la caseta a robar cuadernos. Vio que Mingus volvía con paso chueco cargando una bolsa de basura que parecía pesada. Se subió al carro y lanzó la bolsa al puesto de atrás. Nadie me vio, dijo, nadie, pero vamos, vamos, chino, que el pelado ese ya está volviendo.

Tomás aceleró por la Carrera Décima hacia el sur. Luego buscó el oriente por la Calle Veinticuatro y se estacionó en la bahía del Museo de Arte Moderno de Bogotá. La calle estaba desierta. Revisó la bolsa de basura. Mingus le había pasado un total de veinte libretas. Calculó: cuatrocientos mil pesos por cincuenta segundos. Se sintió robado y sacó una de ellas. Tenía más de cien contrapartidas.

Ahí te pago, Mingus, le dijo Tomás mientras señalaba con la mirada a los adolescentes prostitutas que se paraban afuera de la Terraza Pasteur. ¿O te gustan más los cuchos?, y Tomás dirigió ahora sus ojos a los viejos que salían del porno-teatro Pussycat. Torció una sonrisa y contó la plata. Qué cuadra más extraña, dijo antes de entregarle el pago a su compañero.

Sonó su celular. Anodina. ¿Sí? Sí, todo bien. ¿Y ustedes? Listo, cuando quieran. Claro que les debo. Un pase para salir de la cárcel, como en Metropolio ¿Sí? Me alegro. La vende un amigo. Luego se los presento. Colgó. Tomás encendió el carro, que carraspeó. Tomó la Carrera Quinta hacia el sur. Los asientos y tapetes escurrían agua. Puso música de nuevo: Charles Mingus, *Moanin'*. Los cobres inundaron el carro.

¿Quieres saber por qué te digo Mingus? Intentó calcular cuánto tiempo demoraría en revisar los cuadernos del parqueadero. Le tomaría aproximadamente hasta las cinco de la mañana si pensaba en un método efectivo. Yo sé quién es Mingus, chinín, le respondió, pero me gusta más Coltrane. ¿A sí?, Tomás, legítimamente sorprendido, conducía lentamente. Dijo: ¿Sketches of Spain o Blue Train?, ¿Qué pasa, chino? Spain es Davis, 1960, le respondió, mostrando un sonrisa gigante y desordenada. Quién viera a este loco. La lluvia arreció y el sonido de las trompetas se ocultó tras el ruido de las gotas sobre el capó. Tomás le subió el volumen a la música y Mingus siguió el ritmo

del contrabajo con los dedos. ¿Sabe? No siempre viví en la calle, chino, dijo su compañero antes de que llegaran al apartamento.

El dueño del parqueadero estaba esperándolos en la entrada. Era cambio de turno. Tomás lo ignoró y estacionó el carro en el lugar de siempre. Salió acompañado de Mingus, llevando la bolsa de basura en la mano. Se dieron la mano en la puerta del parqueadero y se separaron. Espero que encuentre el cuerpo de Salvador, dijo mientras cerraba la puerta. Cuando Tomás quiso responderle, su acompañante ya se había escondido tras esa cortina de hierro.

Tomás sonrió mientras subía rápidamente las escaleras. Pensó en Vásquez Mendoza y supuso que el “no ser un imbécil con los demás” incluía no subestimar a los locos de la calle. ¿Qué más se le había pasado? Mingus había deducido de qué se trataba todo en unas pocas horas. Tomás sabía que parte de su condición era no poder sentir, no poder hablar de sus emociones, pero nunca había pensado que no captar lo que sentían los otros podía ser importante. ¿Se le habría pasado algo con el Flaco Benito, con Epifanio?

Escuchó la música de campanas que producía la lluvia sobre las canaletas de hierro una vez estuvo en la sala de su apartamento. Dejó las libretas sobre el comedor, puso a hacer café y se cambió. Cómo le gustaban a Tomás esas viejas casonas de La Candelaria, llenas de música. Desde su apartamento alcanzaba a escuchar la sinfonía del rechinar de las puertas, el vidrio de las ventanas destemplándose, el crujir de la madera vieja. Estornudó de nuevo. Cerró la puerta del cuarto de Salvador. Raras son las tardes de Bogotá, pensó, pero las noches son más extrañas todavía. El ruido de los carros a lo lejos y las conversaciones mínimas le parecieron lo único real en ese momento; el resto le pareció una alucinación.

Celular. Agenda de contactos, Flaco Benito. ¿Qué hacés? Sí, sí, pero mañana. Donde siempre. Un poco apestado no más. Bueno. Un favor. En un rato te envío una matrícula de un Trooper rojo y unas cédulas. Solo tenés que buscarlo en la base de datos de la oficina. Cualquier cosa me sirve: multas, trasposos, nombres, direcciones, cualquier cosa. Gracias.

Buscó la botella de brandy que guardaba en la cocina y envenenó el café. Organizó las libretas sobre el comedor. Bastaría revisar solo las últimas semanas. Nada espera a que la vida se resuelva, se dijo, lúgubre por las reflexiones fatalistas en las que solía caer de noche, si se enferma alguien, si se muere alguien, nada importa, los recibos de la luz, del agua, todo sigue llegando. Y hay que pagarlos y ninguna de las casas deja nunca su canción, ni la gente de la calle se para a pensar que en esas viejas casas del centro están llenas de vacío. Tomás se imaginó que los Cerros, la mancha al otro lado de la ventana, era un océano nocturno, insuperable, que no se deshacía. Por un rato, se disiparon sus dudas. Prendió un cigarrillo y jugueteó con el humo y luego empezó a hojear los cuadernos de seguimiento del parqueadero.

Siete

¿Pero te volviste loco o qué mierdas te pasa?, el Flaco Benito tomó un trago de tequila y miró hacia la calle. Estaban en el balcón de Cuba Antigua y la noche empezaba a caer. No demora en aparecer la denuncia y te van a aumentar la madre, te digo, Tomás, la madre.

Tomás tenía dos sacos encima y una bufanda. El tequila lo hacía sentir mejor, le calentaba el cuerpo, le aliviaba la garganta. Miraban a la gente caminar sobre la Carrera Quinta, esa gente que buscaba noche, emborracharse de ella. Flaco, tranquilo, fueron solo unas libretas. Igual, ¿qué importa? Muchos crímenes se cometen todo el tiempo, y muchos por buenas razones, porque los culpables son otros, respondió Tomás, todos esos hijos de puta que le meten cosas a la gente en la cabeza. Miró a Salvador, no lo aguantó. Vos mismo leíste los artículos. Todo el asunto del premio de Cámara de Comercio de Medellín, del Heralde.

Se habían encontrado a las seis de la tarde. Antes, Tomás había dormido doce horas seguidas, se había levantado agripado, con los ojos rojos y la frente hirviendo. Se había dado una ducha fría, acompañada de varios acetaminofén y había esperado al Flaco Benito en el balcón, mirando Los Cerros oscurecidos por las nubes. Bueno, igual a mí no es al que van a echar, pero ¿qué tiene eso que ver con Salvador? ¿Qué es eso de la placa? ¿Estás extorsionando a alguien?, ¿persiguiendo al Halcón Maltés? El Flaco Benito se pasaba las manos por el pelo, por la cara huesuda, e intentaba abrir sus diminutos ojos. Fumaba desesperadamente, esquivaba la mirada de Tomás y golpeaba el piso de madera con sus zapatos. Alguien se robó el cuerpo de Salvador, le dijo Tomás después de una largo rato. El Flaco Benito dejó las contorsiones.

Sin darse cuenta, habían organizado una tercera silla en la mesa. La gente gritaba en la calle, los tangos mezclados con la salsa, el sereno sobre la piel. Y el piano de un bolero de Lavoe, que ahora sonaba en el altavoz del bar, inundó el balcón: *Habana/hermosa Habana/Aquí llegó tu canto.*

Te conseguí algo, de todas formas, me diste poco tiempo y el sistema no arroja siempre lo que existe. Eso sí te digo, Tomás, no quiero tener nada que ver con todo el asunto más allá de conseguirte unos datos, el Flaco Benito pidió otros dos tequilas con la mano. Apuró nerviosamente una cerveza e hizo una pausa, como si esperara a que Tomás le rogara que lo ayudara más allá de esas simples averiguaciones. El carro está en una bolsa de remate del Banco Popular junto a una casa grande y otras cosas menores. Está todo hipotecado desde el dosmilsiete, pero no aparecen los nombres de los antiguos dueños. ¿Por qué? Le preguntó Tomás mientras bajaba un acetaminofén con el tequila, ¿no salen siempre los traspasos y los nombres en las escrituras? Un mesero viejo y pesado caminó desde la barra con dos tragos de tequila que dejó encima de la mesa. Generalmente es así, dijo el Flaco Benito, pero esta mierda no tiene sentido. Sánchez, el del despacho de Cortés,

me dijo que a veces, cuando las casas son muy buenas o están en un sector que se está valorizando, bloquean la información para que la gente no haga torcidos con los anteriores dueños. Solo aparece que es del Banco Popular. ¿Y entonces? Lo que puedes hacer es ir hasta la oficina de Instrumentos Públicos, buscar los papeles físicos, el Certificado de Tradición y Libertad, y esperar que no haya simulaciones.

El Flaco Benito le alcanzó un papel a Tomás con los datos del carro y la dirección de la casa. En todo caso, nada se ha vendido. El carro debería estar en el garaje de la casa, y lo demás sellado, pero vaya uno a saber con esas cosas; a veces encuentran hasta desechables viviendo dentro de las casas abandonadas. ¿Y las cédulas? De eso, menos. La del tal Barbosa, bueno, extraño, lleva muerto dos años, fue juez penal del circuito de Bogotá, tal vez lo conociste, ¿un moreno, barrigón, con un lunar de carne en la mejilla? Lo recordaba bien. No era cercano suyo, pero había llevado algunos casos ante su despacho. No le pareció raro que el jardinero hubiera usado una cédula falsa. Se tomó otro tequila, intentando olvidar que, posiblemente, había tenido de frente al profanador y lo había dejado escapar. De los dos pendejos no hay nada. Un par de detenciones por porte de sustancias, terminó el Flaco Benito con un simulacro de suspiro.

Tomás intentó ubicar la casa en su mente cuando leyó la dirección. Teusaquillo, cerca de La Soledad, por el Parque del Brasil. Ambos prendieron cigarrillos y escucharon una canción de La Fania en los altavoces del bar. El Trooper rojo, meditó, tal vez debería ir en ese mismo momento, no perder más tiempo, pero cómo abandonar al Flaco Benito después del favor. Total, no habían tenido mucho tiempo para hablar luego del entierro y, bueno, ya se lo había dicho Vásquez Mendoza, no tenía que comportarse como un imbécil cada vez que podía. Tomás pensó en la teoría de Tarver e intentó recordar en qué parte del libro había quedado.

Después de las once de la noche, un tipo se paraba en la puerta del bar y solo dejaba entrar mujeres. A esas horas, el mejor lugar era el balcón. Desde ahí veían a la gente, abrazada, cantar los coros, bailar en la punta de los pies y emborracharse hasta la médula. El balcón-panóptico solía decir Salvador. Tomás incluso alcanzaba a ver la puerta de su edificio desde ahí. Tal vez no quisiera mudarse de apartamento todavía. Entre otras cosas, hablaron de los novios de Salvador, de cómo Tomás les había prohibido aparecerse en el entierro, porque sus papás estaban bien sin saber esas cosas. Y, en efecto, ningún amigo de Salvador había aparecido desde su muerte. Te ves demasiado tranquilo, le dijo el Flaco Benito mientras pedía una ronda más de cervezas con la mano, como si estuvieras a punto de hacer una gran cagada.

El anciano que había traído el tequila llevó las cervezas. El viejo había pasado por en medio de la gente, apretándose, empujándose para salir de la improvisada pista de baile. El hombre, sonriendo, dejó las botellas sobre la mesa y les preguntó qué había pasado con el tercero, el

mechudo que siempre viene con ustedes, que se sabe todas las canciones, que nunca falla una fecha ni el nombre de un trompetista. Los tres callaron y el viejo pareció entender que algo le había sucedido. Se marchó y, unos minutos después, mandó cuatro tragos de tequila con otro mesero “por la casa”.

¿Qué más da? Nada puedo hacer, dijo Tomás mientras le agradecía con un gesto al viejo dueño del bar. Acá viene todo el mundo a emborracharse y nadie está pensando en que se va a morir, o que su mamá se va a morir, o que su hermanito se va a meter un tiro. Uno cree que conoce a la gente, pero qué va, Tomás bajó un trago de tequila y prendió un cigarrillo, es porque somos carne. Nada más, no hay nada que conocer, nada que decir, la carne no siente, y botó el humo con fuerza, solo somos alucinaciones.

El Flaco Benito parecía saber lo que le esperaba: un sermón nihilista. Se acomodó en la silla, prendió un cigarrillo, miró a la calle e intentó ignorar a Tomás, pero no importaba, ya le había dado razones para hablar. Carne para los hospitales, para los colegios, para los cementerios. Carne para las cárceles. ¿No ves las noticias? Ya ni siquiera hay espacio para tanta carne. Y eso es porque lo único que es más sabroso que la carne es la plata, Tomás hablaba despacio, vocalizando con cuidado, como si estuviera siendo grabado, y uno anda por ahí creyendo que es gente, que tiene dignidad, que nada malo va a pasar. Pero no, ¿qué gano con preocuparme, con ponerme triste?, ¿qué mierdas gana un pedazo de carne con ponerse emocional? Ni mierda, Flaco, ni mierda. Así que no me vengas con eso de que te veo muy tranquilo. Todo cambia, toda pasa, nada existe, todo vale. No hay medida, no hay sentido, no sabemos nada, no tenemos nada.

Tomás creía, sin duda, en lo que decía. Siempre lo había hecho. Se peinó hacia atrás, se secó el sudor que le había empezado a resbalar por la frente y se tomó el otro tequila. Bueno, calma que yo tampoco tengo la culpa, le respondió el Flaco Benito luego de un rato, yo también quería a Salvador, así que nada de juicios. Nadie vive la vida que quiere, sino la que puede.

La fiebre desaparecía de la frente de Tomás. Los meseros apenas podían caminar entre las parejas. Sonó Eliades Ochoa, Ismael Mirada y otros tantos que no pudo reconocer sin la guía musical de Salvador. Le pareció escuchar la voz delgada de su hermano, que solía cantar afinadamente todas las canciones que salían de ese viejo equipo de sonido de acetatos. Miró alrededor. Escrutó las caras, sombras, ojos rebotados, risas estridentes, un poco de caos, de no saber nada, y le gustó. El Flaco Benito parecía conversar, pero él había dejado de escucharlo; se perdió en medio de la noche por unos largos minutos. En la mesa del fondo, dentro del bar, Tomás vio una sombra delgada entre las otras sombras del lugar. Le pareció extraño ver hacia adentro sin que el cuerpo de Salvador le estorbara.

De ella solo pudo ver una sonrisa amplia que se organizaba en medio de los movimientos furiosos de la pista. Era, quizá, más alta que él, y más oscura que todas las otras sombras del bar. Caminaba ágilmente entre el alboroto, revoloteaba por el lugar, aparecía y desaparecía con frecuencia. Se acercaba hacia el balcón, hacia ellos, pero nunca llegaba del todo. Quizá la había visto antes por ahí, pero no logró recordarla, ¿cómo recordar una sombra?, pensó, si apenas puedo recordar a la gente que mandé a la cárcel hace quince días. El pelo crespo, corto, en una especie de afro poco abultado, un poco rojizo, le generaba confusos recuerdos e imaginaciones. Las cejas delgadas, los pómulos amplios, los labios brillantes. Ojos grises por la luz de velas en botellas de vino.

La sombra rodeó el lugar, pasó por la barra y se tomó un tequila. Luego, caminó tangamente, como si supiera que estaba siendo observada, bajo un bolero que le marcaba el ritmo. Cuando estuvo cerca del balcón, Tomás vio que ella era pura noche. Una camisa corta y unos pantalones mochos, como si no existiera el frío para ese cuerpo. La primera palabra que le vino a la cabeza fue turgencia. ¿De dónde había venido esa palabra? Creyó que firmeza o dureza no podrían describir bien a esa mujer. Las caderas anchas, pero justas, las tetas pequeñas pero justas, los ojos brillando, el cuello delgado, largo. Turgencia. Ella se paró en el balcón, a su lado, encendió un cigarrillo y miró hacia los Cerros.

El Flaco vio con cierta incomodidad a la mujer. Apretó las cejas y le dio la cara a Tomás, que dijo: Yo no te estoy juzgando a vos, sino a todo a la existencia. Y es la existencia lo que no me gusta. Para vivir fuera de esta puta sociedad hay que ser un animal o un dios, decía Aristóteles, pero yo no soy ni lo uno ni lo otro. Falta el tercer caso.

Tomás recordaba algunas líneas que su hermano solía recitarle. Nietzsche, El..., dijo una voz lenta, ronca, que anuló todo el ruido alrededor. El Flaco Benito la miró con desdén. La interrumpió. No, mujer, eso es Roberto Roena, no el grupo Niche. Los tres callaron. Tomás torció una sonrisa y miró al suelo mientras la mujer se sentaba en la silla que había sido dispuesta inconscientemente para Salvador. Tomás alzó la cabeza y rió y dijo, no, hombre, no seas imbécil.

A Salvador siempre le había gustado darle la espalda a la pista de baile. Se sentaba, miraba al Cerro de la Virgen de la Guadalupe y se quedaba callado por un largo rato, mientras Tomás y el Flaco Benito discutían asuntos del trabajo. Luego, como si nunca hubiera callado, retomaba una conversación antigua. Tomás pensó en Salvador mientras veía ese puesto y, por un instante, no pudo ver a la mujer que ahí estaba sentada, apurando cigarrillos, mirándolo a la cara e ignorando al Flaco Benito. En vez, vio a su hermano recogiendo el pelo en una cola de caballo, las gafas de carey redondas, la barba insipiente, la sonrisa perdida, la voz como una trompeta, el movimiento de ceja que hacía cuando terminaba de hablar. Pero Salvador se difuminó en el sereno y Tomás solo

pudo pensar en lo que solía decir su mamá de los negros: primero, que no se puede saber cuántos años tienen sin mirarles la cédula y, segundo, negra ni la mula porque al anochecer se pierde. Se alegró por un momento de haberse llevado a Salvador de la casa de sus papás.

Se llamaba Marina y tenía los ojos verdes. Hablaba con acento que parecía música. Dijo que venía del Chocó y preguntó que si nada podía saber sobre Nietzsche porque era negra. Pidió tres tequilas con la mano. Se tomó el suyo de un solo trago y dijo: Esto me lo deben por racistas, pendejos.

Tomás vio al Flaco Benito. Estaba incómodo, sorprendido, quizá avergonzado. Prendió un cigarrillo y se miró las manos largas y delgadas. El Flaco jugó con su corbata, se sacudió el blazer Armani y le quitó las arrugas a la solapa. Luego sacó su celular.

¿Qué decías de la existencia, querido?, Marina prendió otro cigarrillo. Tomás admiró la argolla en el septum de su nariz ancha y el tatuaje en el brazo derecho. Un árbol y un cuervo. Se le habían pasado muchas cosas en esos últimos días, reflexionó Tomás, pero esta no se me va a ir. Su conversación tenía la claridad turbia de un vaso de brandy. Marina, en cambio, seguía siendo solo oscuridad.

Hablaron del tatuaje, de los bares de salsa del centro, del frío. No se anda del toda sola y tampoco acompañada por completo en esta vida, le había respondido Marina, ofendida, cuando Tomás le preguntó si se la pasaba sola sentándose en mesas con desconocidos. Luego entendió que había sugerido una profesión y, en ese momento, recordó la máxima que debía estar aplicando por esos días: no seas un imbécil con los demás, se repitió como si fuera el mismo Vásquez Mendoza el que estuviera diciéndoselo dentro de su cabeza

Marina lo miraba a los ojos y Tomás se sentía intimidado. Los tres fumaron. Tomás se presentó. ¿Dónde lo he escuchado antes? ¿Valencia Guevara, dices?, dijo ella mientras jugaba a pasar el cigarrillo entre el humo, como si estuviera escribiendo en el aire. Valencia Guevara. Valencia Guevara. Ya sé. Bueno, no sé, leí hace poco este libro, bueno, muy bueno, de un tal Valencia Guevara... ¿Algo tendrá que ver contigo? No, hay demasiada gente en este mundo para que puedan estar relacionados, sentenció.

El Flaco Benito intentó sonreír, pero en cambio una mueca apareció en su cara. Miró un momento a Tomás y no pudo esconder más su incomodidad. Negra ni la mula, porque el anochecer se pierde, se dijo Tomás de nuevo y supuso que el Flaco Benito debía estar pensando en alguna máxima parecida, peores que la inquisición, putos racistas de mierda, y lo comparó con su mamá mientras le respondía con una risa sincera. Uno primero quiere a los amigos y después los conoce. El Flaco Benito le estiró la mano a Tomás y dijo al aire: Permiso. Se perdió entre las parejas,

caminando rápidamente. Salió del bar y ambos lo vieron desde el balcón caminar por la Carrera Quinta hacia la Avenida Jiménez.

La última persona que lo había intimidado había sido un juez. Terminaron hablando de las cosas aburridas de siempre: ella había estudiado literatura, estaba cerca de los treinta, había sido mesera en muchos lugares, había llegado a Bogotá cuando tenía quince. Sabía que no llegaría a ningún lugar con esas introducciones, pero no se le había ocurrido nada más. Por primera vez en mucho tiempo sintió que no era el imbécil de siempre, el tipo distante e insensible, sino otro tipo de imbécil: un mequetrefe que tartamudeaba al hablar.

Tomás dio una calada al cigarrillo, botó el humo, bajó un tequila y se acercó lentamente hacia la cara de Marina. Ahora o nunca. Si ella se había quedado en la mesa escuchando esa sarta de pendejadas de terapia ocupacional, si se había reído con esa forma amplia de reírse, no había nada que perder. Ella tomó un trago de tequila y lo mantuvo en la boca. Tenía hoyos en las mejillas, poco maquillaje, la cara delgada, el mentón delicado. Ella lo imitó y se acercó lentamente. Cuando estuvieron a pocos centímetros, ¿Tu casa o la mía?, preguntó Tomás con una voz que no le pareció suya. Ella le escupió el tequila en la cara en medio de una carcajada. A Tomás le ardieron los ojos, pero pudo mantener una sonrisa pendeja. La risa se escurrió por el balcón; una carcajada que le pareció negra como ella misma. La vio pararse, con la mano tapándose la boca y acercándose a él con todo el cuerpo. Cuando estuvo a su lado, se levantó un poco la camisa y le limpió el tequila de la cara. Su abdomen quedó a la vista; el ombligo, a la altura de la nariz de Tomás. Y creyó que sus pantalones no aguantarían la presión.

Marina terminó de limpiarlo, se agachó y se acercó al oído de Tomás, ¿Cuántos años tienes?, ¿quince?, le dijo, y Tomás creyó escuchar a la argolla del septum tocar una canción de campanas, pues a la tuya, por supuesto, espérame quince minutos abajo, me voy despedir de mis amigos.

Tomás intentó ocultar su erección mientras caminaba por la pista de baile. No hubo otro pensamiento en su mente que el de una noche inmensa que se lo tragaba. Pagó en la barra, pasó al tipo de la puerta y llegó al pasillo. Basura en el suelo, la pintura de las paredes se caía con las vibraciones de la música. Las escaleras, de madera, crujían como si fueran a ceder. Había visto mucha gente borracha resbalar por ellas y golpearse en el coxis durante esos ocho años de visitas alcohólicas.

Cuando estuvo en la calle prendió un cigarrillo. Se había olvidado del frío, de la inminente gripa, del Trooper rojo, de los zapatos de cuero café, del jardinero y de la casa en Teusaquillo. Pensó en cascadas, en grifos abiertos, en la lluvia cayendo sobre charcos y logró que sus riñones exigieran una evacuación. Disminuyó la tensión en sus pantalones, bajó su acero perenne, y no pudo recordar cuando había sido la última vez que había cogido. Dio un par de monedas a los locos que

caminaban la noche y le dieron ganas de hablar con Vásquez Mendoza: “¿Mujeres?”, no te imaginas lo que me pasó..., le habría dicho. Vio que Marina se acercaba. Llevaba unos Converse rojos y se contorneaba con cada paso, o le pareció a Tomás, mejor, que reptaba. ¿Estamos lejos? No, ya estamos ahí, pero pasemos primero por una botella de brandy.

Ocho

Sentada en el comedor, Marina le contó que trabajaba para una editorial cualquiera como correctora de estilo. Ganaba poco, menos para vivir bien en Bogotá. Sus padres tenían once hijos más y ella no importaba mucho. Vivía en el barrio Egipto y mientras hablaban, se tomaron la mitad de la botella. Tomás puso algo de música. Pensó en Mingus. *Blue Train* de Coltrane le pareció justo. Luego fue al baño, en medio de la oscuridad, guiado por la luz de luna que entraba por la ventana. Orinó escandalosamente, con la puerta cerrada, y se echó agua en la cara.

De vuelta, pasó frente el cuarto de Salvador y encontró que la puerta estaba abierta. Le pareció extraño. Luego de mirar por un momento las deformidades que estaban encima de la cama de su hermano, entró. Los restos de la placa pintaban unas sombras extrañas. La pistola seguía sobre el escritorio. Tomás pasó de largo hacia la biblioteca, sacó varios acetatos y los llevó consigo al comedor. Marina, en medio de la oscuridad, miraba por la ventana hacia los Cerros, fumaba y servía una copita de brandy tras otra. Ni siquiera lleva bolso, pensó Tomás, pero ¿para qué necesitaría bolso una mujer así?

Se sintió ebrio. La cabeza ligera, la garganta caliente, el pecho agitado, las manos inquietas. Tuvo una mala idea: Héctor Lavoe. Le gustaba especialmente *Déjà vu*. Salvador solía ponerlo en el tocadiscos todas las mañanas mientras se bañaba. Tomás organizó la aguja sobre la superficie del vinilo y dejó que rodara el ruido blanco por un rato hasta que se convirtió en un piano. Marina dejó el cigarrillo en el cenicero y se paró. Lo abrazó por detrás. Tomás la sintió apretándose contra él y volvió el acero perenne.

Bailaron suavemente, en silencio, como se bailan los boleros. Siento lo de tu hermano, le dijo ella al oído luego de varias canciones. Su boca olía a menta con tequila y limón pasado por varias cajetillas de cigarrillos, claro que sé quién era, *La teoría de Tarver* es una de las únicas novelitas de detectives de calidad que se han escrito en este puerco país. Tomás calló y siguió el paso. Prendió un cigarrillo y fumó sobre el hombro de Marina. El humo se confundía con su pelo crespo.

Pararon para tomar más brandy. Las canciones siguieron y Tomás cambió el lado del acetato. El sonido de una trompeta lo estremeció. *Ha terminado otro capítulo en mi vida*, salió del equipo de sonido en la voz ronca del sonero. Marina se paseaba por el apartamento, buscando el baño. Anduvo como una sombra, dejando detrás ese olor que Tomás no podía reconocer. Todo el lugar olía a ella.

Fue hasta su cuarto, se sentó al borde de la cama y vio los Cerros ennegrecidos, cubiertos de noche, esperando a que ella volviera. *Esperando noche y día/y no se decide a volver*. El pecho se le agitó, escuchó el agua caer en el lavamanos. Las manos le temblaban, le dolió la parte de atrás de la

cabeza. Un fardo le oprimió la espalda y sintió algodón en la garganta. El abdomen, tenso, los ojos largos, estirados. Pensó escuchar la voz delgada de su hermano y supo que en realidad no iba a volver, que no se aparecería nunca más por esa puerta diciéndole que lo llevara a este lado o a tal otro, o anunciándole que el Flaco Benito estaba por llegar y que pensaban embriagarse hasta la madrugada. Se agarró la cabeza. *Pero yo sé que volverá/Y si no de penas moriré/que yo he hecho, qué te hizo partir.*

Marina entró al cuarto. Se quedó parada bajo el umbral y carraspeó. Tomás la miró con los ojos nublados. Sintió rabia por esa extraña habilidad que tenía de no sentir lo que debía sentir en momentos específicos de la vida. Callaron. Las viejas casas de la Candelaria comenzaron con su sinfonía de viejas latas y maderas muertas. Marina se perdía en la oscuridad, entre los sonidos vacíos del centro. La vio desnuda y tranquila. Tomás había acertado: la cadera amplia pero justa, los pechos pequeños pero justos. Las piernas fuertes, las nalgas paradas. El paso firme, como si volviera de una guerra, como si hubiera ganado muchas, y turgencia era la palabra que no podía sacarse de la cabeza. Se sentó junto a él. Canela, hierba buena, menta, agrio y dulce. Tomás le tomó las manos e intentó probarlas. Eran largas, finas, como de pianista. *No sé si con el tiempo/esta herida sanará,* se escuchaba en la sala.

Ella se acercó, le dio un beso en la boca y le dijo con una sonrisa por cuerpo: *¿Por qué no lloras después de coger como hacen todos los varones?/No se asombren si ven a un hombre llorar.*

Nueve

¿Qué más tenía en el celular? Tomás intentaba recordar mientras cambiaba la emisora. Basura periodística, música de quinta, locutores descerebrados, lo de siempre. Tenía los números de algunos policías, agentes de la SIJIN, del GAULA. Contactos de gente que le debía favores. Nada que no pudiera conseguir de nuevo. Había perdido, sin duda, el contacto de los dos vagos del cementerio. No le importó: ellos no estaban más en la libreta que ahora Tomás usaba de recordatorio. Además, había perdido las fotos de las cédulas, del cuerno y del papel periódico.

Solo hasta ese momento, buscando una canción decente en la radio del carro a un costado del parque del Brasil, recordó el cuerno. Es decir, lo había encontrado dentro del nicho, pero ¿habría sido un error?, ¿lo habría dejado el mismo sujeto que robó el cuerpo o habría sido un bromista aficionado a dejar restos animales envueltos en periódico en las tumbas vacías? ¿Y el periódico? No pudo recordar la noticia. Bueno, quizá solo fuera una noticia más, una sin sentido, reflexionó y apuntó en su libreta: seis días restantes. Pensó de nuevo en la teoría de Tarver.

Esa hijadeputa, dijo y resumió el resto de cosas que habían desaparecido del apartamento. El portátil, el computador de su hermano, el teléfono inalámbrico, una Tablet dañada y, lo que más le molestaba, algunos de los libros de la biblioteca de Salvador. Al menos en eso no le había mentido Marina: le gustaba la literatura, aunque ahora dudara de que en realidad ese fuera su nombre.

¿De qué se trata la novela de Salvador, chinín? Mingus, que se movía impaciente en el asiento del copiloto, le lanzaba cada tanto una pregunta para pasar el rato. Tomás encontró una buena canción: *There is a house in New Orleans/They call it the rising sun*. Prendió un cigarrillo y bajó la visera para protegerse del sol de la mañana, que lo había golpeado ya por un par de horas. Se acomodó en el asiento. Le dolía la espalda de los dos días que habían pasado en ese costado del Parque del Brasil, vigilando el Trooper rojo. Sintió que se le retorcían las tripas con el humo. Bueno, a grandes rasgos, se trata de un periodista que en los años cuarenta se va para Timbiquí, ¿sí sabés? Un pueblito entre el Chocó y el Cauca. Digo, él no sabe que va para allá, pero allá termina, le respondió a Mingus, que miraba por la ventana hacia la casa que el Flaco Benito le había indicado a Tomás, porque anda buscando a un científico loco o algo así, un tipo que está intentando probar una teoría extraña que tiene. Y a este periodista lo mandan para que lo encuentre, le haga unas entrevistas y una nota sobre la ciencia en Colombia y que por qué eligió el país y ese tipo de pendejadas que hacen los periodistas. ¿Y el periodista se llama Tomás?, preguntó Mingus, aún distraído, con una sonrisa desorganizada y el pulgar contra los dientes.

Ambos vieron que el parque se iba llenando lentamente de perros, fumadores, niños en los columpios y parejas bajo las arcadas del paseo lateral. Era un parque pequeño que tenía el perímetro

de una manzana. No había pasado nada extraño durante esos dos días, o al menos nada que ninguno hubiera notado. El Trooper rojo seguía ahí, al frente de una casona vieja que parecía estar a punto de caerse. Nadie se había acercado a él. Habían permanecido esos días a punta de charlas mínimas, insignificantes, tratando de no discutir los avances del caso, porque, digámoslo con claridad, Tomás no estaba interesado en ayuda intelectual sino física.

No, no. Ignacio, se llamaba Ignacio Sanclemente, un periodista novato, no más allá de los treinta años. En todo caso, se enteró por chismes de pueblo que el científico este ha pasado por esos lados, que es un tipo altísimo, de ojos azules que asustan, con una maleta gigante en la espalda y que apenas habla español. Claramente llama mucho la atención en todos los caseríos, las veredas, los pueblos. Ignacio le sigue la pista durante varios meses hasta que lo encuentra allá en Timbiquí. Mínimo dirige un puteadero, ¿no?, le interrumpió Mingus, que no aguantaba el bochorno que se encerraba en el carro.

Así era Bogotá: siete días de lluvia inclemente, casi apocalíptica, y luego, de la nada, dos días de sol absoluto, de un sol que picaba en la piel, evaporaba el agua lentamente e imponía una sensación húmeda en el aire. Mingus se bajó del Volkswagen, estiró las piernas y volteó a mirar a Tomás. Mingus llevaba una camisa de Salvador con el estampado de la cara de Don Ramón. Pues sí y no, porque por allá anda, eso le dicen, pero no lo encuentra al principio. Ignacio ha estudiado la teoría del tipo, la teoría de Tarver se llama, y aunque le parece descabellada, se ha empezado a interesar en serio, así que no para de buscarlo. Y pues bueno, ahí va la cosa, pero no te cuento el final porque te daña la historia. Chino: ¿tengo pinta de que me voy a leer el libro? Ni siquiera voy a tener plata para comprarlo. Porque los cincuenta mil que me va a pagar por día de acompañante no me los voy a gastar en eso. Cuéntemela toda de una vez y no sea tacaño.

De hecho, a Tomás siempre le había parecido el final lo mejor de la novela, y cuando estuvo a punto de seguir, ambos vieron un taxi estacionarse detrás del Trooper rojo. Tomás prendió el Volkswagen, esperando que no fuera demasiado tarde. Del taxi se bajó un hombre delgado, camisa blanca inmensa, de las que suelen usar los raperos, y poco pelo bajo una gorra ancha. El hombre se acercó a la puerta del conductor. Metió su mano en el bolsillo y sacó unas llaves. Escucharon la ignición y lo vieron andar lentamente hacia el oriente, por la Calle Treintaysiete. Tomás hundió el acelerador varias veces, pero el motor del carro rugió metálicamente. Lo va a ahogar si le sigue dando, chino. ¿Voy corriendo y lo atajo?, le dijo Mingus, que seguía de pie al lado del carro. No, no, corrí hasta la esquina y miré hacia donde agarra, ya te alcanzo, vos mejor te quedas viendo si pasa algo en la casa, le respondió mientras esperaba, sudando, a que el carro estuviera listo.

Cuando pasó al lado de Mingus, le dijo que el Trooper había tomado la Diecinueve hacia el sur. Tomás pensó en la posible ruta. Seguramente buscaría la Caracas. Dejó atrás a su compañero,

que sonreía con fuerza, y aceleró. El Volkswagen llenó de escándalo las callecitas tranquilas de Teusaquillo y se sumergió en la Avenida Caracas. Vio, a unos cinco carros de distancia, que el Trooper rojo avanzaba sin afán.

Durante el trayecto, intentó ubicar en su memoria al hombre que manejaba aquella camioneta, pero no lograba encontrarle lugar. No se le había parecido a Mutante, ni al vigilante Ojos-de-camello o al celador Rubio de ropa holgada. Y, sin lugar a dudas, tampoco era el jardinero.

Siguieron la Avenida Caracas hasta la Calle Veintiséis y cruzaron hacia la derecha. Parecía dirigirse al Cementerio Central. ¿Volvería por otro cuerpo, en serio?, ¿cuántos habría sacado ya sin que nadie se diera cuenta? Tomás recordó su hipótesis de profanación, pero esta vez con el conductor de la camioneta como responsable. Lo imaginó arrastrando la bolsa de basura hasta el andén. El Trooper estacionado en la esquina del cementerio, la puerta trasera abierta de par en par, las once de la noche y ese hombre delgado subiendo, con esfuerzo, el cuerpo de Salvador al platón de la camioneta. Veinte minutos de camino hasta el Parque del Brasil y después lo más fácil: entrar el carro al parqueadero, sacar el cadáver y después, ¿después qué? El Trooper pasó de largo el Cementerio Central. Cruzó por la Carrera Diecisiete, la calle en la que grababan las placas recordatorias, y se dirigió hacia el sur.

Llegaron al Samper Mendoza, un barrio venido a menos, como la mayoría del sector. Ahora estaba lleno de talleres mecánicos y pescaderías. El muro sur del Cementerio Central se alzaba a la izquierda del Volkswagen. El Trooper rojo entró a una callecita que lindaba con el barrio Santafé y redujo la velocidad. Tomás parqueó al ver que había parado. Vio de lejos al hombre bajarse del carro y caminar tranquilamente hacia una casa de fachada sucia y sin pintar.

Se bajó del Volkswagen y caminó una cuadra entre las putas del Santafé, pensando que no había hora del día en que esos andenes no parecieran un bulevar de carne. El chiffon barato, las faldas corticas, las panzas estiradas, las estrías, los ojos recogidos, el pelo bien planchado. El perfume barato, pachulí solía decir su mamá, el cansancio acumulado en la piel. Se confundió entre las putas que le ofrecían sus servicios en garajes parecidos a baños públicos. Caminó despacio, alejándose de todos los ‘venga, mi amor’ y los ‘le hago una rebajita’ hasta que tuvo mejor visión del conductor de la camioneta. El tipo intentaba abrir un garaje.

Tomás caminó despacio, intentando no hacer ruido, hasta que estuvo detrás de él. En efecto, tenía una espalda delgada, el cuello angosto y expedía un olor fuerte a marihuana. Se agachó y tomó al tipo de las canillas, una con cada mano, y antes de que este pudiera voltearse, lo tumbó de un jalón. La cara del desconocido chocó contra el pavimento caliente y una queja sorda inundó la calle. Tomás, cogiéndolo de un hombro, lo volteó rápidamente y le puso una de sus rodillas sobre el pecho. Le vio sangrar la nariz. No tenía más de veinte años. Intentó buscarlo en su memoria, pero

falló de nuevo. Era delgado, imberbe, orejón y el color rucio de su piel se volvía blanco cuando le recargaba su peso sobre el pecho. Quieto, hermanito, Fiscalía, le dijo y le mostró su carné. El hombre se retorció en el suelo y dejaba escapar unas tímidas quejas.

Tomás miró alrededor. Movimiento de cortinas en las ventanas de las casas y de los negocios de la cuadra, pero nadie se acercaba; solo sombras, que se escondían en esos cuartuchos, ya acostumbradas a ese tipo de eventos. De algún lugar gritaron: “Cerdo de mierda, a joder a su madre, puerco hijo de...” y otras puteadas similares.

Quieto, pelado, que no le va a pasar nada, repitió al ver que no paraba de contorsionarse. Muy varoncito o qué, balbuceó el hombre que tenía, mejor, una voz infantil, me agarra por la espalda, mariconsito, a traición, pero si me lo encuentro otra vez en la calle, ya va a ver, a más de uno me he llevado y miedo no tengo de cargarme a otro, pedazo de... Tomás aplicó más fuerza sobre el pecho del hombre y le metió un jab en el tabique. Los nudillos le quedaron rojos, llenos de mocos. Las quejas y puteadas del hombre no pararon. Luego le asestó un derechazo en la quijada y escuchó un leve crujir. El hombre se calmó, cerró los ojos y distendió el cuerpo. Pararon los manotazos.

Tomás lo arrastró hasta el carro. Los zapatos del hombre zigzagueaban sobre el asfalto fracturado. Las primeras gotas de lluvia asentaron el polvo y se levantó el olor del pavimento mojado. El olor a su ciudad natal, pensó mientras llevaba al conductor hasta el Trooper, aunque él sabía bien que ese era un olor universal. Se llama petricor, le había dicho Salvador alguna vez, es el olor del agua sobre la calle caliente. Disminuyó el bochorno.

Bueno, pero ¿por qué tanto escándalo, niño? Si yo solo quiero hacerte unas pregunticas, le dijo mientras lo ponía violentamente sobre el capó del Trooper. Los pies le quedaron volando sobre el parachoques. Licencia y papeles de propiedad. No tengo. Conque esas, ¿no?, ¿robado? Ya vamos a ver.

Tomás le esculcó los bolsillos. La lluvia arreció. Las putas se escondieron debajo de los umbrales y parqueaderos, desde donde alcanzaban a ver la escena. Una billetera, diez mil pesos, una cédula y basura. Guardó el documento en su bolsillo y buscó las llaves del carro. Tomás lo jaló del cuello y le hizo abrir la puerta del conductor. Lo obligó a que le mostrara parte por parte el interior del carro. Revisó la guantera, abrió las viseras, buscó debajo de los asientos. Nada. Abrió la puerta trasera. Sobre la cajuela, en medio de dos sillas delgadas, había una máquina de cortar pasto. A su lado, unos guantes y unas tijeras grandes.

Así que jardinero, ¿no? No, respondió. Ambos se bajaron del carro. Mirá, pedazo de hijueputica, no estoy jugando, Tomás se le acercó y le metió un upper en las costillas, o me respondes aquí mismo qué mierdas está pasando o te llevo a la URI. Allá tengo un par de amigos que le gustan los mariquitas raperos como vos, y seguro quieren que les quede debiendo un favor.

Te dejan regio en veinte minutos, así que, ¿qué va a ser? El tipo calló. Miraba al suelo. Respiraba con dificultad. Tomás entró de nuevo al carro y desde adentro dijo: Te doy dos minutos, no te vas a ir que tengo tus papeles y ya sé dónde vivís, y te judicializo por todo, pedazo de mierda. Diez años por robarse un carro, agredir a un funcionario público y profanar un cadáver. Pero, pero..., Dos minutos te dije, pensalo bien.

Se sintió acalorado; tenía la camisa pegada al pecho por el sudor. Pasó a la bodega y revisó la máquina sin tocarla. A lo mejor tendría que recurrir a la dactiloscopia esta vez. Nada le pareció extraño. Cuando puso su mano en el espaldar para salir por la puerta del copiloto, sintió un objeto rectangular en el bolsillo trasero del asiento. Era un ejemplar de *La Teoría de Tarver*. La agarró, se bajó del carro con violencia y la lluvia mojó la portada del libro. ¿Me vas a explicar qué mierdas es esto?, se le acercó al hombre y le puso el libro en la cara. No sé qué es..., respondió él, que tenía los ojos irritados, como si estuviera a punto de llorar. El sonido de las gotas sobre las láminas del carro llenó la calle. Yo no sé nada de cadáveres, ¿tengo cara de enfermo? Facho de mierda, eso es lo que son todos ustedes, puercos. La cortadora de pasto es de mi papá y se la había alquilado al viejo ese, el de la casa de Teusaquillo. Vas a tener que decirme la verdad o te muelo a pata aquí mismo, le dijo Tomás antes de que el rapero lo llevara hasta el garaje que había intentado abrir un rato atrás. De allí salió un viejo en camisa esqueleto al que le faltaban varios dientes. Tenía la mirada perdida, poco pelo y bigote espeso. Era una versión anciana del rapero al que Tomás empujaba por la espalda.

Supo entonces que un tipo le había alquilado la cortadora de césped. Les había ofrecido como pago el Trooper. No se lo hubiera recibido si hubiera sabido que estaba metido en cuentos, dijo el señor, que no parecía más que un tipo en los peores años de su vida. Solo nos dijo que estaba hipotecado, o yo no sé cómo le dicen los abogados a eso, y que necesitaba salir de él, y cómo no le voy a recibir la camioneta si por la deshuasada no más le saco tres millones... Tomás inspeccionó el garaje: herramientas sucias y gastadas. Ambos parecían decir la verdad. Les preguntó cómo era el tipo que les había alquilado la cortadora de pasto y tuvo la misma descripción del jardinero del Cementerio Central. Les había dado una copia de las llaves, una dirección y la fecha en la que podían pasar por el carro.

Le devolvió los documentos y las llaves al rapero. Luego les explicó que estaba persiguiendo otro delito y no el hurto calificado de carros. Dejó a los dos hombres en el garaje y volvió hacia el Volkswagen, en medio de la lluvia, con la copia del libro de Salvador en la mano. Antes de subirse al carro escuchó otro ‘puerco de mierda, vaya a buscar matones que acá somos gente honesta’. Le dio ignición. Tuvo que esperar un rato. Estaba empapado. Las putas lo miraban desde lejos. Algunas lo insultaban, le mostraban el dedo. Una le mostró las tetas. Tomás respiró e intentó relajar

los hombros. Prendió la radio. *It's a new dawn/ it's a new day/ it's a new life for me/and I'm feeling good*. Le pegó un golpe al volante, haciendo sonar el pito sin querer.

Había dejado el libro entre sus piernas. Mientras esperaba a que el motor calentara, lo hojeó rápidamente, esperando que algún documento cayera. Nada, solo un extraño olor se desprendía de él. Un hedor fuerte, azulado, parecido al específico de cromo que había olido en el hospital unas semanas atrás, el mismo olor que expedía el jardinero aquel día en el cementerio. Miró la primera página. Estaba marcado con una caligrafía fina en tinta negra. Era un nombre escueto, sin fecha:

Anatoly Movskin

Diez

Lúzcate, mijo, le había dicho la Fiscal López después de pedirle que la reemplazara en una audiencia de lectura de cargos. Tomás, recién posesionado, hizo cuentas: solo tres días hasta su primer encuentro real con el sistema. Se había quedado viéndola sin saber qué responder. Había escrutado esa nariz torcida, aguileña, el pelo corto y teñido de castaño claro, los párpados caídos, y había buscado en esas facciones algo que le diera a entender que era un mal chiste. Pero no lo era. No llevaba siquiera seis meses fuera de la Universidad y ahí estaría, entrando a un juzgado que casi no había visto en su vida, a un proceso dentro de un recién instaurado Sistema Oral Acusatorio. Eso lo había tranquilizado. Todos los abogados eran igual de neófitos cuando la ley cambiaba; entre colegas solían decir que se derogaba el conocimiento. Algunos payasos, supo después Tomás, habían tomado clases de dramatización, incluso habían llegado al método Stanivlavsky, porque antes del Sistema Oral todo se hacía por medio de papeles, de escritos, de memorandos. Nadie se veía con nadie, no había contienda ni grandes discursos, nada que ver con la basura hollywoodense. Tres días antes de la fecha de la audiencia, Tomás se había constipado.

Cuando llegó al juzgado y pasó la baranda que separaba a los actores de los espectadores, Tomás se sentó, cagado del susto, como se lo contaría a Salvador siete años atrás, en el lado equivocado. No tardó en darse cuenta y, como si nadie lo hubiera notado, se cambió de puesto. Poco sabía que, dentro de los nuevos procesos, todo quedaba grabado y tal como habían quedado inmortalizados los pendejos que se paraban y manoteaban, él había sido capturado en un video que circuló por poco tiempo en su despacho. Como era regular, la audiencia se pospuso y Tomás corrió al baño a vaciar sus intestinos inmediatamente después de que el juez se levantara. Nunca se había sentido tan tranquilo como se sintió después liberar esos tres días de estreñimiento. Y ahora, Tomás intentaba recordar esa sensación dentro del Volkswagen, que seguía estacionado en el mismo costado del Parque del Brasil, porque eran tres días exactamente lo que llevaba con ese dolor de estómago.

Las películas gringas le pusieron estética a todo el asunto, solía explicarle a Salvador. Los jurados, receptivos o prejuiciosos, el público expectante, lleno de periodistas; el juez, grandioso, justo. El fiscal, malo o bueno, dependiendo del ángulo; el abogado, terco, vicioso e inteligente. Y los alegatos de cierre, ni se diga, brillantes. Pero los juicios nunca han sido así y no lo serán nunca, y menos en este país de mierda, le explicaba ahora a Míngus, que estaba sentando en el asiento de acompañante. Ambos veían hacia la casa, que ahora parecía diferente sin el Trooper en el andén, y hablaban en voz baja. La verdad es que cuando yo entré, continuó Tomás a Míngus, el juzgado era un cuartico estrecho, con mesas de triplex; el juez, gordo, perezoso y tubos de luces que titilaban. En el público, una víctima sacándose los mocos. Y acá no hay jurados, el juez lo decide todo, no

hay esas votaciones, le explicó mientras intentaba recordar cuál había sido el delito de ese caso, ¿acceso carnal violento a menor de catorce años, homicidio con agravante de sevicia? No importaba ya, porque desde entonces habían pasado quizá diez mil audiencias. Tal vez más.

Caía una pequeña lluvia sobre el parabrisas. El ejemplar de *La Teoría de Tarver*, marcado con ese extraño nombre eslavo, estaba sobre la consola del carro, donde Tomás lo había dejado después de la persecución.

Salieron del carro a estirar las piernas y Tomás fumó un cigarrillo. Sintió que su estómago estaba punto de desfondar, pero la ansiedad no lo permitía. Apagó el cigarrillo y botó la colilla al suelo.

La casa seguía igual. Las luces no se prendían, nadie parecía andar por sus pasillos. Ambos caminaron bajo las pérgolas del parque mientras las hojas de los nogales recogían la humedad de la lluvia. Mingus se adelantó, dejando a Tomás rezagado. Tenía las manos agarradas a la altura de las nalgas, como caminan los profesores, y miraba la casa, como si supiera algún secreto de ella. Se pararon en la acera contraria, a ver el techo destruido de la casona.

Pero esta no es así, dijo de repente Mingus, no es como las otras casas, tiene algo distinto. ¿Si ve las otras, las de los lados?, esas construcciones son de arquitectura inglesa y casi todas las hicieron cuando nació este barrio por allá en los treinta. Pero esta no es así, a Tomás le parecía que junto a él ya no estaba el mismo hombre diminuto que cuidaba parqueaderos. Primero está el muro que cerca la casa. Esos arabescos que tiene en los bordes, ¿si los ve? Esos, chino, no tienen nada de inglés. Eso está tallado en piedra blanca. Luego están esas ventanas del primer piso, que seguro dan a la sala, así, grandes, amplias, que dan buena luz y descanso. Y para entrar a la casa toca pasar la huella del parqueadero. Las otras casas, Mingus se tomaba la quijada con una mano y descansaba la otra sobre la cintura, tienen la puerta principal en todo el medio, pero en esta está escondida, al fondo, justo al lado del parqueadero. No tiene esos relieves cuadrangulares en la fachada, ¿si ve? Las otras tienen fachadas de ladrillo pulido, dos pisos, vértices en cremallera y un altillo. Las tejas están a la vista, las ventanas son angostas, rectangulares y tienen esa chimeneíta que sale de frontón. Pero esta... Un solo bloque de dos plantas, nada de altillo, la fachada resanada, color crema, cenefas por fuera, ni aviso de las tejas, una chimenea delgadita, simetría en la composición. ¿Ves la diferencia, chinín? Esto parece, más bien, una villa francesa. Su voz era pausada, tranquila, como si estuviera en medio de una conferencia. A ver, pará, Mingus, ¿de dónde sacás todo eso? Digo, lo veo, ¿pero qué? Y ¿de cuándo acá sos ingeniero vos?

No sea animal, chino, arquitecto, le respondió Mingus sin cambiar el gesto.

Tomás lo miró y pensó en las posibles vidas que pudo haber andado Mingus para terminar de vigilante en un parqueadero de La Candelaria. Aunque la descripción era cierta, no pudo encontrar

en ella algo que pudiera servirle de algo. La calle, la fiesta, el bazuco, el alcohol, El Cartucho. Esa fue la ruta de vida que eligió Tomás para su acompañante mientras caminaban de vuelta al carro. La lluvia creció sobre el Volkswagen.

Bueno, pero ¿cómo termina la novela de Salvador?, le preguntó Mingus mientras miraba el libro que estaba sobre la consola. Tomás calló un rato y prendió la radio. El asunto es que conoce a un tipo en Timbiquí, un anciano, de esos juglares que cantan, y es ciego. En el pueblo nadie le da razón del tipo este, del gringo, como si estuvieran asustados, pero este anciano se para todos los días en una casucha desecha a tocar guitarra y a cantar y de alguna forma sabe que él está ahí y que está buscándolo. Así que un día llama a Ignacio y le cuenta que él sabe dónde está el “gringo ese”, pero que no le pudo decir a nadie que fue él, el viejo cantor, quien lo ayudó. Entonces le da unas direcciones extrañas en el monte e Ignacio va el día siguiente, bien en la mañana. Cuando llega al lugar que le dijo el anciano, se encuentra unas cabañas casi abandonadas, que solo se llenan del ruido de selva y del océano pacífico. Pero se queda un rato ahí, tomando fotos desde lejos, por varios días incluso, hasta que escucha unos tambores, que parecen que están detrás de él pero vienen de todos lados y de las casas empiezan a salir negros por montones, pero están como raros, con los ojos blancos, y caminan despacio y empiezan a hacer una fogata, y justo en ese momento, sale un hombre de altura exagerada, flaco, con la barba larga y los ojos amarillos y empieza a dirigir el asunto, entonces... Tomás escuchó un leve golpe que venía del asiento de Mingus. Quitó por un segundo la mirada de la casa y vio que su compañero se había quedado dormido sobre el vidrio de la ventana. La lluvia empañaba el exterior. Entendió que esa noche tendría que cubrir el primer turno de vigilancia.

Once

Unodostres. Aló, quisiera reportar una emergencia. Sí, Teusaquillo, Parque del Brasil. Una mujer gritando dentro de una casa abandonada. No, escuché gritos y cosas quebrándose. No, no parecía una pelea de pareja. No, no parecía una pelea familiar. No, no era un perro. No, no era una nevera vieja. Señora, ¿atiende emergencias usted? Un momento. Un tipo la está arrastrando del pelo por la sala. Ahí está de nuevo. ¿Alcanza a oír los gritos? Por favor, envíe una patrulla lo más rápido posible. La dirección es...

Tomás colgó el teléfono público. Se sentó en una banca, bajo el nogal más grueso del parque e intentó acordarse del artículo del Código de Procedimiento Penal para el curso de los allanamientos. Sin el celular solo pudo recordar que, pasara lo que pasara, necesitaba orden de fiscal o juez, a menos que hubiera indicios de que un crimen se estuviera cometiendo en la propiedad. Flagrancia. Vio el busto de Da Silva Paranhos que se alzaba en la parte oriental del parque y esperó a que apareciera una patrulla.

¿Por qué hoy, chinín? Le preguntó Mingus cuando Tomás le contó que había llamado a la policía. Tomás lo había dejado vigilando la casa toda la mañana, en vista de que su compañero había dormido la noche anterior plácidamente sobre la ventana del Volkswagen. Había vuelto a su apartamento y luego de una ducha caliente, un desayuno grande y una corta siesta, había pasado por el cuarto de Salvador. Los restos de la lápida y el cuerno seguían encima de la cama, y la pistola sobre el escritorio. Ese tipo de soledad le había comenzado a dar gastritis y quedarse quieto le hacía pensar en su estómago. Antes de salir del apartamento, vio de nuevo el libro que había encontrado en el Trooper, que ahora llevaba consigo a todas partes, y anotó en su libreta ese extraño nombre. Anatoly Movskin, rezó como un mantra, creyendo que, por medio de la repetición, el nombre le daría una pista. Antes de ir al parqueadero, había ido a un café internet, un cuarto pequeño en cualquier callecita del centro, lleno de sillas Rimax y computadores viejos, y había buscado el nombre en Google. No podía dejar ningún cabo suelto. Tenía que exprimir cualquier intuición, olvidarse de los métodos deductivos que aplicaba en el despacho y, una vez más, recurrir a la mal llamada malicia indígena. Y mal llamada, se había dicho cuando los primeros resultados de la búsqueda arrojaron algo que no estaba esperando.

Mingus, ¿te acordás del libro que encontré en el Trooper rojo?, le respondió Tomás mientras esperaba sentado en el parque. Pues busqué el nombre. El tal Movskin resultó ser un lingüista ruso muy famoso en los años sesenta. Era una autoridad en cementerios eslavos. Todo historiador, sociólogo, cualquiera que estuviera haciendo alguna investigación en el asunto, acudía a él. ¿Te podés imaginar lo que viene? Se comenzaron a desaparecer los cuerpos, le respondió su compañero, mirándolo asombrado. Exacto, Mingus, pero no cualquier cuerpo: solo los de niñas menores de

doce años. En resumidas cuentas, la policía no encontró a otro sospechoso así que fueron a la casa del tal Movskin y hallaron siete cuerpos de niñas medio disecadas y vestidas de muñecas. Por eso llamé a la policía: este jardinero seguro es un sicópata inspirado en ese tipo, un *copycat* dicen los gringos. Si no, ¿por qué tendría un libro marcado con ese nombre? Ahora, vos esperame sentado en el carro mientras yo arreglo.

Anocheció. Llegó una moto con dos patrulleros. Los policías revisaron el perímetro y, después de bajarse, caminaron por la huella del parqueadero hasta la puerta principal. Tomás se acercó lentamente. La entrada estaba oscura. Ahora o nunca, se dijo y sacó su carné de la Fiscalía. ¿Qué pasa, muchachos? Buenas noches, Fiscalía. Ambos se quitaron los cascos y uno de ellos inspeccionó el carné. Las chaquetas de los agentes brillaban en medio del zaguán. Tomás les explicó que había estado vigilando la casa desde hacía varios días, porque existían sospechas de ser una baluarte de prostitución infantil. Sin embargo, todavía no he podido acceder a una orden de cateo para allanar el lugar. Cuando vi que se acercaban a la casa, pensé que podrían darme una mano para entrar a dar una miradita, les dijo después de que uno de ellos revisara sus papeles con una linterna.

Irregular, muy irregular, respondió el policía de la linterna. ¿No habrá sido usted el que llamó? Tomás simuló no entender la pregunta. Pudo verlos bajo la luz de la linterna pero nada había de particular en ellos. No los conocía. Eran dos policías estándar: morenos, rapados, casi uno ochenta de estatura con las botas de dotación, afeitados, serios. Se miraron entre ellos. Nosotros vamos a entrar, señor Asistente de Fiscal, pero no le podemos permitir la entrada a usted. Imagínese que adentro se esté cometiendo un delito y usted esté presente, podrían decir los flagrantes que entramos ilegalmente al domicilio, a menos que...

A Tomás le gustó cómo sonaba ese “a menos que”. De hecho, siempre le había gustado de los policías que nunca terminaban sus oraciones. ¿A menos que qué, señor agente? Le respondió con una voz suave. A menos que usted nos dé a cada uno, no sé, unas cien mil razones para que lo dejemos entrar. Lo de la investigación no nos convence, dijo el otro policía, y además usted tiene un buen puesto, le pagan bien y si le importa tanto su caso, pues... Ahí estaba la espera nuevamente. Tomás sacó su billetera y les entregó la suma tácita, que le pareció, después de todo, razonable. Increíble, se dijo, después de tres intentos estos son los únicos. Les pidió la linterna y encabezó el allanamiento.

La puerta de la casa estaba ajustada pero abierta. Qué imbécil soy, se dijo y pensó por qué no se le había ocurrido acercarse a revisar las cerraduras. Al interior, la oscuridad que se pegaba a las paredes, al piso, se disipaba con la luz de la linterna. Míngus tenía razón: las dos ventanas amplias que se veían desde afuera daban hacia la sala, dejando entrar un poco de luz de los postes del

parque. Buscó un interruptor en la oscuridad. El bombillo funcionó. Vio en la sala unos sofás enteros, gigantes, cubiertos de polvo y pedazos de pintura caída. Del techo se estiraba una araña de cristal que no funcionaba del todo bien. En las esquinas había nocheros destartados, sin patas, sin cajones. Entre los sofás, una mesa de centro bajita, llena de revistas cubiertas por capas de suciedad. El piso de madera, que estaba percutido, crujía con cada paso. Revisó las paredes y en ellas vio marcas de cuadros que ya no estaban. Los policías entraron cuando Tomás había acabado de revisar la sala.

Dio un vistazo rápido a la cocina. No lucía en mejores condiciones. Fue hasta el patio trasero. Caminó entre el pasto alto, desbordado. Las enredaderas, descontroladas, se habían comido la pared y parte del segundo piso. Pasó al lavadero. Cucarachas trepando por lozas sueltas. El baño de visitas estaba destruido y sin lavamanos. De camino al parqueadero, revisó la puerta principal. La cerradura funcionaba bien. Puta, se dijo, ¿desde cuándo habría estado abierta esa puerta? Quizá nunca había sido cerrada en esos años de hipoteca.

En el piso del garaje había manchas de aceite. Le pareció reconocer un olor a sal mojada y buscó un interruptor en las paredes. No había bombillo. Luego de caminar tanteando la pared, percibió un fuerte olor a específico de cromo, como el que expedía la copia de *La Teoría de Tarver*. No pudo encontrar la fuente. En cambio, herramientas regadas, un burro de carpintería lleno de clavos oxidados y la forma del Trooper marcada en el piso. Nada más. Tuvo que haber pasado, se dijo, un buen tiempo para que quedara la forma del carro en el suelo. ¿Y la cerradura de esta puerta? Se preguntó mientras caminaba hacia el extremo del parqueadero. También estaba abierta. La recontraputamadre, dijo esta vez.

Dio una mirada larga. La luz de la linterna cubrió casi todo el lugar. En el suelo había unas rayas gruesas, profundas, como si una pica hubiera sido arrastrada. Cerca de esas rayas, contra la pared, había una caja de seguridad abierta. Se acercó. Intentaron robarla, dedujo. La arrastraron, pero ha de pesar una tonelada; así, vacía, podría costar al menos un millón de pesos. La intentaron mover pero se rindieron casi de inmediato, esa le pareció la hipótesis más plausible. Inspeccionó el interior de la caja fuerte. Nada. Detrás de ella, un pendón del calendario Bristol del año dosmilochó que tapaba gran parte de la pared. Una montaña de palos, pedazos viejos de metal y cajas de cartón cubría el afiche hasta la mitad.

Las escaleras al segundo piso parecían estar a punto de ceder. Mingus tuvo razón de nuevo: no había altillo. Solo dos pisos. En el segundo, tres cuartos con los camastros destruidos y sin colchones. Los nocheros tumbados, las tablas de las camas regadas al azar, los closets con ganchos que no soportaban más que su propio peso. Una vez recorrió toda la casa, su estómago se revolvió. No supo si se debió a que no había tenido que enfrentarse con aquel hombre, que ahora le parecía

una abominación, o porque no había hallado el cuerpo de Salvador en una condición insospechada, pero sintió que esos tres días de constipación se acababan. Justo como le había pasado luego de su primera audiencia aplazada, cuando tuvo que correr por los pasillos del Complejo Judicial de Paloquemao para liberar sus tripas, Tomás buscó el baño del segundo piso. Ahora o nunca, se dijo cuando lo encontró. Para su sorpresa, tenía inodoro. Aunque si no lo hubiera tenido, no habría sido un problema. Se sentó y su estómago tronó. Se le vaciaron los intestinos en un solo segundo.

Durante ese segundo vio que la luz de los postes del parque, que entraba por una ventanita, golpeaba contra el enchape de la ducha. Alumbró el resto del baño con la linterna y no vio nada del otro mundo. Cuando estuvo a punto de terminar, notó una pequeña capa de agua sobre el piso de la ducha. Como un charco por alguna fuga, pensó. Se quitó un Reebok, se quitó una media y con ella se limpió. Luego la botó al inodoro. Se puso el tenis de nuevo y se acercó a la ducha. No estaba goteando. Tampoco lo hacía el pomo. Por qué habría de estar...Fiscal, un grito le llegó desde el primer piso, ¿encontró algo?

Tomás se paró con prisa. Soltó el inodoro. El agua corrió. Caminó hasta el cuarto que daba a la calle y miró hacia el parque. Se alcanzaba a ver el Volkswagen desde ahí. Bajó a la primera planta y se encontró con los policías. ¿Algo?, le preguntó uno de ellos. Vacío, ¿por qué los llamaron a ustedes? Gritos, violencia. De pronto fantasmas, el otro policía rió. Las carcajadas rebotaron. El eco pareció asustarle. Esta casa está abandonada, ¿por qué el agua corre y la luz sigue funcionando? Bueno, a veces, cuando están hipotecadas, los bancos siguen pagando hasta que las venden, le respondió uno de ellos.

Salieron. Los dos policías ajustaron bien la puerta principal y se despidieron. La moto desapareció por una calle del barrio. Tomás caminó hasta el Volkswagen. No se había sentido tan tranquilo en varios días. Míngus lo estaba esperando sentado en el asiento del conductor. Bueno, ¿por qué tenías que llamar a la policía?, le preguntó, yo hubiera podido meterme por algún lugar, eso estaba fácil. ¿Sabés, Míngus, viste alguna película de terror? Cuando alguien entra solo a una casa abandonada siempre termina muerto, le respondió Tomás mientras torcía una sonrisa. Además, imagínate que hubiera alguien adentro. Podría, de hecho, matarnos por estar irrumpiendo ilegalmente en su vivienda; ex culpante de responsabilidad por legítima defensa se llama eso.

Doce

Tomás se sintió ridículo pero necesitaba pensar, y lo hacía mejor en voz alta. Solo me faltaba esto: hablarle a una puta placa y a un pedazo de cuerno encima de una cama. Sonó el teléfono. Salió del cuarto de Salvador y contestó. ¿Ha pasado algo? Está bien. Cada tres horas, ¿oíste? Mingus, que había pasado la noche en el Parque del Brasil luego del allanamiento, resultó ser más puntual de lo que parecía. Llamaba a tiempo y daba un resumen corto y poco emocionante de lo que sucedía en la casa. Habían acordado que usaría el teléfono público del parque mientras Tomás descansaba y buscaba pistas en otros lugares.

Salió del apartamento.

Entró al mismo café internet de la vez pasada. Un trabajador taciturno lo reconoció y lo saludó fríamente. La bandeja de entrada estaba llena de mensajes de su jefa y del Flaco Benito. No quiso leerlos de inmediato. Le mandó un correo a Vásquez Mendoza con la información que había encontrado sobre Anatoly Movksin con la esperanza de que el viejo pudiera ayudarlo con un perfil criminal. Los psicólogos forenses de la Fiscalía le habrían cobrado por el favor. Le llamó la atención un mensaje resaltado como ‘importante’ en medio del resto de la basura de la oficina. Había sido enviado el sábado y mostraba un archivo adjunto. El asunto decía: Léeme, detective Croce.

Querido Antígona:

Noté algunas fotos en tu celular que, tal vez, pudieras necesitar para encontrar a tu hermano. Te las adjunto.

Ya vendí los computadores. Hasta estudiar en este país deja deudas. En el de Salvador había un borrador de novela. Tal vez te la envíe algún día. Gracias por el Brandy y todo lo demás.

Amor,
Marina

Tomás abrió el adjunto. Una foto del cuerno y otra de la noticia de El Espectador. Eso era, se dijo, ‘Expropiación la Hacienda Nápoles’. Tomó nota en su libreta, torció una sonrisa y sintió que el café internet olía a canela. Tuvo un amago de erección y concluyó, una vez más, que había valido la pena perder sus cosas. Volvió a la bandeja de entrada. Revisó un correo del Flaco Benito, fechado del día domingo, que tenía como asunto: Oficina de Instrumentos Públicos.

Para el ‘detective’ Tomás.

La casa está registrada en la oficina de la Veintiséis con Trece.

En el despacho andan preguntando por ti. Tu jefa te quiere partir la cara.

O te apareces ya o mejor no vuelvas.

Anotó de nuevo en la libreta y salió del café. Fue por el Volkswagen y condujo por la Carrera Décima hacia el norte. La llovizna caía sobre los árboles del Parque de la Independencia mientras Tomás cambiaba las estaciones de radio. Prendió un cigarrillo.

Así que siete cuerpos, se dijo mientras miraba a la gente caminar por los andenes entre mierda de loco y vendedores de minutos a celular. El ruso había profanado siete tumbas y las había convertido en muñecas de tamaño real. ¿Las habría realmente disecado o solo las pasaría por formol? ¿Las vistió y les puso máscaras? Imaginó el cuerpo de Salvador con una falda roja, colores crema en las mejillas, una peluca dorada y los labios llenos de labial rojo. Fue un pensamiento oscuro del que supo reírse con una mueca de resignación.

La Oficina de Instrumentos Públicos estaba en medio del Centro Internacional. Edificios grises rodeaban a Tomás. Gente en corbata, afanados; mujeres entaconadas, forradas en vestidos de oficina, inundaban los andenes. Entró. Había una fila de al menos veinte personas.

Se distrajo con los cuadros de Santander pintados al óleo, los retratos de Bolívar y los derechos y deberes del ciudadano enmarcados en vitrinas grandes sobre las paredes. No había sillas. Siempre le había parecido graciosa esa raya al principio de la fila que decía ‘no pasar de esta línea’. Típico, pensó, la gente acá está loca. ¿Hacia cuánto de esa vez que un tipo se había aparecido en su despacho, buscando al hijodeputa que había mandado a su sobrino a la cárcel? El hombre había revuelto papeles, tumbado computadores y había quebrado uno de los vidrios esmerilados de la oficina de la Fiscal López. Tomás tuvo que romperle la cara de un puño y llamar a la seguridad del Complejo Judicial para que lo sacaran arrastrado. ¿De qué había servido la señal de ‘solo personal autorizado’?

En el fondo de la fila se oyeron los ‘por eso es que estamos como estamos’. A Tomás no le importó. Sabía que quejarse contra la burocracia solo significaba un papel inútil en una caja de sugerencias y, luego, más retraso. Al menos, eso era lo que él hacía cuando se sentía presionado en su despacho. ¿Quién podría hacer algo al respecto? Recordó las cifras del año pasado de su oficina: había hecho más de tresmilquinientas acusaciones. Pensó en los jueces: cada año les aumentaban el umbral de casos por resolver. Una locura. Tenían que fallar más de dos mil casos al año. Y soportar cambios de sistema. Lo que la gente no sospechaba era que había casos con más de diez acetos; cincuenta carpetas, hojas perdidas, testimonios inválidos, audiencias aplazadas.

Llegó su turno. El procedimiento era inoficioso. Le entregaron cuatro documentos en los que aparecían los movimientos comerciales del inmueble. El Certificado de Tradición y Libertad solo arrojaba dos nombres.

De vuelta a su casa, manejando lentamente, leyó los papeles. Misael Avreu e Isaac Avreu. Padre e hijo, sin dudas, por el apellido tan inusual, quizá de ascendencia francesa. Tomó nota en su libreta y regresó al apartamento.

En general, los documentos no le decían mucho más. Se sentó en el comedor y los revisó con lentitud. Tenían tres anotaciones. La primera: la construcción de la casa tenía fecha por Curaduría Urbana de milnovecientosveintiocho. Mingus había tenido razón, era una excepción a la arquitectura de la época inglesa de los treinta. La segunda anotación daba cuenta del traspaso de Misael Avreu a Isaac Avreu en milnovecientosetenta. Seguramente, el viejo había muerto y le había heredado la casa a su hijo. Y, finalmente, la hipoteca que había aparecido en el dosmilcuatro. Se había ejecutado la casa junto al carro en el dosmilsiete, luego del abandono de los acuerdo de pago.

Los papeles no le decían mucho. Prendió un cigarrillo, miró a los Cerros y luego volvió a los documentos. ¿Qué relación podrían tener esos movimientos con unas putas disecciones? Siete muñecas, siete cuerpos, siete profanaciones. ¿Cómo nadie se había dado cuenta de la desaparición del cadáver? Digo: esas profanaciones se habían hecho a cadáveres que llevaban bastante tiempo enterrados. Hay muchos difuntos en el cementerio sin familia, o con familias que nunca los visita, porque, pues sí, ya están muertos. Solo eran para el mundo una placa con un nombre y una fecha, justo como la que estaba encima de la cama de Salvador, tomando su puesto en la existencia. Mucho menos alguien se daría cuenta, y esto Tomás lo había considerado ya, si el cuerpo era robado días después del entierro. Solo él, y nada más por la teoría que su hermano había propuesto en la novela, fue al nicho los días posteriores. Porque ¿quién quisiera, luego de tener que hacer todos los procesos de Medicina Legal, de los hospitales, de las registradurías y funerarias, estar al lado de un monumento sin vida? Y no le encontró sentido a su búsqueda. Por supuesto, un sentido racional. Pensó en Marina, luego en Antígona, Salvador se lo había explicado, como le había explicado tantas cosas de ese mundo que no conocía.

Sí, de ese mundo que no era el suyo. En ese justo momento, mientras bajaba las escaleras del edificio, supo de dónde venían esas palabras que había estado usando. Palabras como ‘anodina’, ‘turgencia’, ‘petricor’, no eran palabras suyas, palabras de un funcionario judicial que habla de ‘flagrancias’, ‘siniestros’ y ‘tradición y libertad’, sino palabras que su hermano le había heredado en conversaciones mínimas y que ahora usaba como si fueran suyas. Sí, de ese mundo que no era el suyo, se dijo y pensó en Antígona de nuevo: no necesitaba razón para encontrar el cuerpo, tan solo quería hacerlo en contra de toda voluntad humana. Ni él ni Salvador creían en los dioses, pero, y

esto le pareció a Tomás siniestro, creyó entender por un instante a esas mujeres que se pasaban la vida buscando los cuerpos de sus hijos, de sus familiares muertos y desaparecidos en una guerra que no parecía terminar. ¿Cómo dejar el cuerpo, lo único que existió, lo poco que queda de alguien, a la intemperie? ¿Dejarlo a las ratas, a los buitres? ¿Mejor volverlos muñecas? Siete cadáveres, siete muñecas, así que tiene que ser serial, concluyó mientras salía del edificio. La lluvia lo despertó y caminó de nuevo hasta al café internet.

Leyó periódicos sensacionalistas y anduvo varias horas entre crónicas rojas, amarillistas, baratas. También buscó en la prensa grande, la nacional, esperando cualquier golpe de suerte, pero no obtuvo demasiado. Solo le llamaron la atención dos encabezados.

Profanan cuerpo en el Cementerio Sur.
Bogotá, Octubre. 2015. Redacción El Espacio

En los días anteriores, se halló profanada la tumba del señor (...) Con ocasión del siniestro, la policía reportó estar tras la pista del criminal luego de que la familia interpusiera la debida denuncia. No se encontraron huellas dactilares ni otras pruebas en la escena del crimen (...)

La otra columna era similar, aunque esta vez se hablaba del Cementerio del Norte. Intentó ampliar la información. Sería imposible, entre tanta basura, entre tanto crimen, que un periódico le prestara atención a una serie de profanaciones, sobre todo si estas ocurrían a menudo y sin conexión alguna. No haría falta buscar más. ¿Cuántas profanaciones por dientes de oro, pulseras, ropa, zapatos, ritos, venta de cráneos podrían llevarlo a lugares inusitados?

Volvió al apartamento y esperó la llamada de Mingus.

Nada había sucedido, le contó su compañero. No supo qué hacer. Se quedó sentando, mirando al teléfono, esperando quizá que alguna llamada lo sacara de su entumecimiento, que fuera como alguna de esas novelas de policías que le gustaban a su hermano en las que, de la nada, llegaba una pista que permitía adelantar el caso. Por supuesto, sabía que no iba a suceder. Si una llamada podía ayudarlo, tendría que hacerla él. Revisó de nuevo su libreta y verificó. Solo quedaban tres días por delante para que Salvador lo abandonara del todo. Maldita teoría de Tarver, se dijo y buscó el directorio. Empezó a telefonar a cada cementerio de la ciudad. Comenzó por el Central. Escuchó la voz chillona de la mujer gorda del recibidor. Averiguó sobre las grabaciones. Aún no se había cumplido el término. ¿Ha habido profanaciones en los últimos meses?, dijo Tomás. Tranquila, yo la espero todo lo que usted quiera.

Trece

¿Mingus?, ¿pasó algo? Silencio al otro extremo. El ruido de libros al caer llenó el auricular del teléfono. Ayuda, Tomás, dijo una voz tenue y ronca al otro lado. Mingus, ¿qué pasa? Ya voy para allá. Tomás estuvo a punto de colgar, pero dudó un segundo. No, no, ayuda, ayuda. De nuevo, un rumor delgado, débil. Le pareció oír ollas, platos rotos. Ya voy para allá.

Llegó a la Latebra Nocturna empapado de sudor. Aún no era mediodía. La puerta estaba abierta. Los libros, en las escaleras, intactos. En el segundo piso había una espesa capa de humo que lo hizo toser. Grandes huecos se habían instalado en las estanterías, reemplazando las colecciones de libros. Hojas sueltas en el piso, botellas de brandy regadas al azar, cigarrillos aún encendidos sobre el cenicero. El teléfono, descolgado, todavía tenía tono. Tomás pasó por encima de todo y abrió las ventanas y la puerta del balcón. Pudo respirar.

Un robo o una fiesta, y si hubiera sido una fiesta, Epifanio lo habría invitado, pensó mientras recorría la segunda planta. Caminó hasta el cuarto, que ya no estaba oculto detrás de una pila de libros. Nadie. Una cama destendida, ollas regadas en un fregadero diminuto, platos rotos en el suelo. Salió del cuarto y revisó debajo de un montón de hojas regadas en la mitad de la biblioteca. Encontró libros quemados, arrancados. Ni una fiesta ni un robo: Era, mejor, una fogata.

Tomás escuchó un gemido. Contuvo la respiración por unos segundos. El pito de los buses, la gente gritando en las calles, los vendedores ambulantes y, de nuevo, el gemido: Tomás, Tomás.

Volvió al cuarto. Abrió la puerta del baño y encontró a Epifanio, sin pantalones, abrazando el inodoro. Vómito, bilis, quizá sangre, se mezclaba en el agua azulada de la cisterna. Tenía la mirada perdida, la comisura de los labios reseca, la barba sucia. La lengua, morada, colgaba de su boca. Tomás le pasó los brazos por debajo de los hombros y acomodó a Epifanio contra la pared. Luego le arregló la boina y las gafas. Los muslos fofos se acomodaron en el enchape del suelo y Tomás le tocó la frente, el pecho, las manos. Estaba frío. Tensión baja, deshidratación, quizá gastritis. Diagnóstico: resaca del fin del mundo.

Inspeccionó el sanitario. Poca sangre. Probablemente una úlcera, nada demasiado grave. Intentó soltar el agua, pero no corrió. Intento abrió la ducha y el lavamanos, buscando un poco de agua para aplicarle al viejo en la nuca. La cortaron... hace unos días, el agua, hermanito, es que, dijo Epifanio tumbado con palabras fofas como su cuerpo, es que con qué plata voy a... a, a pagar si ya nadie compra libros. Te voy a llamar una ambulancia, vos quedate tranquilo, ¿bueno? No, no, Tomás. Déjame, déjame me muero acá, hermanito. La marihuana se vendía mejor, pero... pero, Salvador era el que me traía los..., Epifanio paró de hablar e intentó tragar saliva. Estaba reseco, como si le pasara algodón por la garganta. Dejó la pendejada, viejo marica, si estás borracho hasta la madre, no te vas a morir.

Tomás salió de la librería. Buscó una farmacia y compró cuatro botellas de suero. Cuando regresó al baño, encontró a Epifanio metido en la ducha, desmayado. Lo alzó de un brazo y lo llevó arrastrando hasta el sofá. Qué raro, pensó cuando lo recostó en el mueble, no tiene mojada la espalda. Revisó nuevamente la camisa del viejo. Lo obligó a tomar lentamente uno de los sueros para que su garganta no se estropeará. Cuando el viejo pareció recuperar el calor, Tomás descolgó el teléfono e hizo un par de llamadas. Pero si no tengo nada, nada de plata, Tomás, nada, le dijo desde el sofá, intentando abrir los ojos. Luego de colgar, le respondió: Esta vez va por la casa, viejo. ¿Cómo vas tener plata si te la gastás toda en brandy?

Entró de nuevo al baño y miró el enchape de la ducha. No había un solo charco en el piso. ¿Cuándo te cortaron el agua?, le preguntó a Epifanio una vez volvió al sofá. No sé, hermanito, unos cuatro o cinco días, no...no estoy seguro, luego de que te fuiste la última vez, creo.

Lo obligó a tomarse una botella más de suero. Epifanio empezó a temblar. Se levantó el frío de la tarde y una brisa entró por la ventana. La lluvia no demoraría en caer. Tomás cargó de nuevo al viejo hasta el cuarto. Lo acostó en la cama y lo cobijó. Buscó en toda la librería más botellas de brandy pero no encontró una gota de licor. Sobre un nochero había varios Manuales de Carreño. Tomás abrió uno y sacó un poco de marihuana. Desarmó uno de sus cigarrillos y preparó un porro. Lo prendió y se lo puso a Epifanio en la boca. Hora de dormir, viejo, le dijo mientras le daba más suero. Epifanio dio un par de caladas, tuvo unos espasmos cortos, violentos, y luego pareció tranquilizarse.

Tomás entró de nuevo al baño. Frente a la ducha: ¿por qué carajos había entonces un charco? ¿Estaría mala la tubería, el desagüe? No, se respondió, imposible, ese baño no olía mal.

Hermanito, lo siento, perdón por haberte hecho venir... Yo sé que estás ocupado con lo del cuerpo de tu hermano. Epifanio tuvo que hacer una pausa para vomitar un poco más. Su camisa quedó manchada de bilis. Continuó: Pero para cuando lo encuentres ya va estar muerto de todas formas. No pienses que es culpa tuya. No, hermanito, no. Tal vez nunca conociste demasiado bien a Salvador. No, al menos no como yo. Tomás salió del baño y se sentó junto al catre. Miró a Epifanio, que hablaba con los ojos cerrados, y calló. El mundo es una mentira. Salvador lo sabía, pero tenía otros problemas. Tal vez, hermanito, no sé, nunca podremos saber que tenía en la cabeza, esa cabeza demasiado grande para un cuerpo tan pequeño. Tomás prendió un cigarrillo y le dio más suero al viejo. Yo sé, también fue víctima de esta dictadura de las letras, como yo, que no me lo perdono. ¿Sabes, hermanito, cuando yo trabajaba en el mundo editorial...? Cuando se lo conté a Salvador, creo, tuvo una revelación, o algo parecido...Oveja Negra, sí, cuando se adhirió a Six Barral, ese fue mi último trabajo. Salvador, cuando apenas nos conocimos, había leído Faulkner en esas ediciones. Ya sabes, Absalón, Luz de Agosto, el Ruido y la...Buscaba unas mejores ediciones,

¿sabes, hermanito? Esas traducciones eran pésimas, las de Oveja Negra, las que él había leído. Y me dijo: Viejito, al menos los libros en castellano están bien. Cuando uno no tiene dinero y quiere leer, nada importa. Y yo se lo dije. Le dije cómo, por razones editoriales, comerciales, yo qué sé, hermanito, hijos de puta que éramos, nosotros cortábamos las obras en español para que salieran menos páginas. Y él lo supo: La literatura está muerta. Tomás, él lo supo poco a poco, mientras escribía, mientras recibía los premios, las críticas, las tocadas de pelotas, las lamidas de suela. Salvador lo sabía, y no pudo, hermanito. La vida es el cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada. Él lo sabía.

Tomás escuchó el crujir de las escaleras. Recibió a dos paramédicos que se llevaron a Epifanio en una camilla. Bajó con ellos y le pagó veinte mil pesos a uno de ellos para que, cuando el viejo se despertara, lo llamara para recogerlo. Se despidieron.

Luego de recoger algunos libros, botar hojas sueltas y barrer cenizas de portadas, Tomás miró el naranja de los techos de San Victorino desde el balcón. Dejó que el aire se llevara todo el humo, el olor a fogata. Antes de irse, cerró la Latebra Nocturna con seguro y recordó el sueño que había tenido unos días antes. Fuego y libros.

Catorce

¿Cigarrillos?, te mandan saludes; ¿Comida?, Sobrevivo; ¿Ejercicio?, manejo el Volkswagen al menos cuatro veces a la semana; ¿Mujeres?, Dejame te cuento lo que me pasó. Vásquez Mendoza lo había llamado al apartamento luego de que Tomás volviera de la Latebra Nocturna. Se encontraron unas horas después. Caminaron por El Chorro de Quevedo, entraron al Gato Gris, ambos en silencio, y subieron varias escaleras. Desde la terraza se veía todo el centro de Bogotá. Lánguida, sucia, desordenada. Maravillosa.

En todo caso, no soy psicólogo forense. Poco te puedo ayudar con el perfil criminal, dijo el psicólogo apenas se sentaron. Pidieron una botella de vino y tomaron en silencio. Tomás miraba a los Cerros. Verdes, limpios, ordenados. De todas formas, tengo que hacerte seguimiento; así funcionan las terapias. Asegurarme de que la entidad te está prestando toda la ayuda posible. Aunque sí te puedo decir, Tomás, que solo psicóticos guardan los cuerpos. Por eso los enterramos, a los cuerpos, no para recordarlos, sino para tenerlos lejos. *Memento mori*, el recuerdo de la muerte. ¿Has pensado cómo sería la vida si tuviéramos el recuerdo de nuestra muerte, de la inexorable muerte, todo el tiempo frente a nosotros? La vida sería como una sombra.

Como una sombra. Esta ciudad es una sola contradicción, dijo Tomás y prendió un cigarrillo, esta vida es una sola contradicción. Él tenía el recuerdo de la muerte pegado a los ojos. Yo soy esa sombra, que se estira, que desaparece. Que se moja con estos aguaceros de octubre, eso, una sombra bajo la lluvia y nada más. Tomó vino y prendió otro cigarrillo. Doc, para muchos la muerte nunca ha estado más cerca. No lo digo por Salvador, yo trabajo con muertos, hablo con ellos todo el tiempo, les pregunto qué les hicieron, cómo se los llevaron. No me hacen pensar en que me voy a morir, sino en que ya no estoy vivo. Que ya nadie está vivo. Racionalizaciones, Tomás, solo racionalizaciones. Ese tipo de cosas no tiene sentido pensarlas. No hay forma de unir esos pensamientos con ciertas emociones. Si sintieras que ya no estás vivo, es porque estás enterrado... El psicólogo pareció arrepentirse de su elección de palabras. Las palomas caminaron sobre el techo de vidrio de la terraza. Revolvieron basura en los tejados con sus alas. Tomás miró el humo que salía del cigarrillo. ¿O uno podría ser solo humo? Como una bolsa de basura en el viento. Torció una sonrisa cuando reconoció el lugar común. De pronto ya estoy enterrado, doc, quizá desde hace varios años. No siento que esté tan vivo. Excepto por estos últimos, el resto de mis días solo he sido tiempo muerto.

Se miraron. Vásquez Mendoza parecía cansado, sin ganas de convencer a nadie de nada. A Tomás no solo le pareció un psicólogo, digámoslo, brutal y directo en comparación a otros que había conocido. Desde el principio lo había notado, aunque también lo había confundido con un

tipo mediocre. Lo miró directamente a los ojos. Llevaba un gabán negro que ocultaba casi todo su cuerpo. Luego, lo vio cruzar las piernas, tomarse la barbilla con la mano derecha y suspirar.

El lugar estaba vacío. A lo lejos, algunos pitos. El occidente de la ciudad se ampliaba a la izquierda de Tomás con sus formas grises. Las nubes no esperaron. Tienes que dejar este trabajo, Tomás, te está acabando la vida. No te digo que dejes de buscar a tu hermano, o lo que quede de él. Esa pulsión no desaparece a través de la lógica, solo ocurre. Las tumbas son una forma de humanizarnos, de respetar la existencia, no la de los muertos, la nuestra. Ellos ya no están. Y se los comen los gusanos, vuelven a la tierra. El ciclo. Nosotros tenemos que seguir yendo a trabajar, al mercado, al odontólogo, ¿Cómo no despreciarnos cuando sabemos qué va a pasar con esto que se supone que somos? ¿Que en realidad no trascendemos? Hacemos rituales, nos volvemos símbolos. Y este viaje tuyo es un símbolo, es tu duelo. Solo que no lo sabes, porque las emociones no se saben. Se sienten, lo interrumpió Tomás.

Solo que no lo sé, meditó en esas palabras por un rato, y se paró de la mesa. Caminó hasta la cornisa y miró en dirección del Cementerio Central. No estaba muy lejos de la vieja casona de Teusaquillo. No puede estar muy lejos, se dijo y sintió la mirada de Vásquez Mendoza en su espalda. La tarde empezaba a desaparecer.

Tenemos que seguir yendo al trabajo, dijo Tomás, aunque yo ya no tenga trabajo. Gracias por la charla, doc, pero tengo que encontrar a mi hermano.

Quince

Segundo allanamiento.

Estuvieron acostados dentro del carro hasta poco antes del amanecer. Mientras esperaban, le contó a Mingus que en cementerios de las afueras de Bogotá se habían extraviado cadáveres. Es una práctica común, dijo, un cráneo puede venderse en doscientos mil pesos, y bueno, los zapatos y los anillos y esas cosas, pero, y esto le había causado cierto nerviosismo estoico a Tomás, una especie de voluptuosidad racional que lo motivaba, en algunos de ellos se han encontrado periódicos, claro, no suficientes como para hacer el caso de un profanador serial, porque son apenas unas pistas tangenciales, inconexas, pero suficientes para pensar que algo extraño está sucediendo.

Esta forma de hablarle a Mingus se había vuelto común en las largas esperas: una especie de monólogos en los cuales su compañero solo era un comodín, una presencia que asistía a sus racionalizaciones. Y a Mingus, que ahora se encargaba de buscar música en la radio, no parecía importarle. Aunque esto no me lo vas a creer, le dijo antes de que llegara la hora prevista, averigüé en el Cementerio Central: en la tumba del juez Barbosa, cincuentaynueve años en ese momento, sí había recortes, aunque no cuernos o algo por el estilo. Algo me pareció demasiado extraño, como que me hacía falta un detalle y entonces lo recordé. Le escribí a Benito para que me enviara la cédula que el jardinero me había mostrado. Y ahí estaba. Barbosa, que tendría 61 años para el día de hoy, estaba ahí, en la cédula del jardinero. No hay duda, fue ese mismo tipo el que sacó al menos los dos cuerpos.

Pasaron el muro de piedra blanca y caminaron por la huella de la entrada. Tomás empujó la puerta del parqueadero. Seguía abierta. Encendieron las linternas. La luz penetró el cuarto y reveló polvo en el aire. El lugar seguía igual. Tomás iluminó el pendón del almanaque Bristol, año dosmilochó. Pasó a la sala. Las capas de polvo seguían encima de los muebles, las revistas en el mismo lugar. Esta vez notó que una de las la marca en las paredes de la sala, esas que suelen dejar los cuadros después de estar colgados mucho tiempo, no correspondía a un rectángulo.

La cocina estaba destruida. A diferencia del primer allanamiento, notó que en las gavetas quedaban algunos platos sucios, juegos de cubiertos incompletos y electrodomésticos inservibles. Probó la corriente eléctrica. Aún funcionaba. Pasó al patio trasero y caminó por el pasto. Buscó debajo de las piedras, arrancó alguna maleza. Nada. Buscó detrás de las enredaderas pero solo halló paredes húmedas. Los traperos sucios y alguna ropa olvidada no le dijeron mucho.

A Tomás le pareció que los cuartos del segundo piso seguían en idéntico desorden. Revisó debajo de los camastros, abrió todos los closet y sintió alergia. Estornudó varias veces y los ojos se le irritaron. Estuvo un rato parado en el cuarto principal, viendo la luz mañanera colarse por las ventanas sucias. Buscó en los techos del pasillo, de las habitaciones, esperando encontrar una puerta

secreta, una cuerda que descendiera y diera lugar a una escalera. Finalmente, entró al baño. Se miró en el espejo fracturado e intentó pensar en la última vez que había hablado con sus papás. No importaba ya. Se sentó en el inodoro y escondió la cabeza entre las manos. Vio, estático, el piso de la ducha. El charco de agua seguía ahí.

El sol golpeó la ventana del baño y le dio de lleno al charco. Tomás se paró y abrió la ducha. El agua corría normalmente por el sifón. Alguien había usado ese baño recientemente, concluyó, pero eso no significaba que el supuesto sujeto había dormido en la casa, que estuviera todavía en ella. El que había usado ese baño no era necesariamente el individuo al que él perseguía. Podría haber sido un pordiosero que sabía que las puertas estaban abiertas o quizá alguien que, como él, había tenido una urgencia.

Chino, escuchó Tomás. El grito se repitió. Bajó corriendo por las escaleras, dejando una estela de crujidos detrás. Ubicó el llamado de su compañero en el garaje. Cuando llegó hasta Mingus, vio que tenía un libro en las manos. ¿De dónde mierdas sacaste eso? Estaba dentro de la caja fuerte, chinín, yo estaba revisándola, quien sabe uno vaya a tener suerte y... Tomás abrió los ojos exageradamente, pero si yo ya la había revisado, digo, el día que vine, estoy seguro de que, paró. ¿Podía estar seguro de algo luego de haber andado en tanta oscuridad?, ¿después de que se le habían pasado tantas cosas? Calló un momento y recapituló. No solo acerca del caso se le habían pasado pistas, momentos, sino también en otras situaciones, de esas que no entendía, como la soledad y la tristeza de Epifanio por la muerte de Salvador. O, y ahora le parecía tan cierto como que era un imbécil, la molestia del Flaco Benito por no haberlo invitado a la investigación; por no haberle contado sobre la desaparición del cadáver antes, por haber cambiado su compañía esa noche por la de Marina. Todo a la mierda, se dijo, ahora tengo algo y el resto de cosas que esperen. Le arrebató el libro de las manos a Mingus y lo abrió. Recortes de periódicos viejos y fotos antiguas.

Pasó hojas sin detenerse. Calculó: Podrían ser más de doscientas noticias, fotos familiares, recortes de columnas. La mayoría, pegadas con cinta y a punto de caerse, estaban ilegibles por la humedad. Las imágenes, en algunos casos, borrosas y con hongos en las esquinas. Se sentó y quiso empezar por la primera página, pero dudó: ¿En serio se le había pasado esa mierda? Yo vi que estaba vacío, podría jurarlo, se dijo, pero cómo saberlo ya. Y si no estaba, entonces quién... pero, ¿dónde?

Se sintió observado. Luego, ridículo. No pudo concentrarse en el libro y decidió que debía salir. Antes de abrir la puerta del garaje, se aseguró de que nadie lo viera desde afuera. Personas haciendo ejercicio, trotando bajo las arcadas, sacando a los perros a cagar. Nadie les prestaba atención. Dejó salir primero a Mingus. Tomás ajustó la puerta detrás de él. Caminaron, simularon

conversar a través del parque hasta el Volkswagen. Le pidió que siguiera con las llamadas, aunque ahora cada dos horas.

Tomás agarró de la silla trasera un juego de ropa de Salvador. Unos pantalones casi nuevos, medias, una camisa con la cara de Joey Ramone y una chaqueta de cuero. Una boina y unas gafas de sol. Todo para a Mingus. Un paso cada vez más cerca de ser mi hermano, pensó mientras torcía una sonrisa. Encendió el carro. Antes de irse, abrió la guantera y encontró la segunda copia de *la Teoría de Tarver*, aquella marcada con el nombre eslavo. Se la alcanzó a Mingus y dijo: Después de todo te va a tocar leer a vos el final.

El arca de los Avreu

Por: Redacción El Tiempo. 26 de marzo de 1991

Hace once años que Rocinante, un caballo de paso fino, vive en la sala de la casa Avreu. A su lado, Marlo, el cuerpo de un labrador, parece mirar a los visitantes de aquel museo. Pero no mira con los ojos brillantes de los vivos, sino con la luz apagada del vidrio.

Padre e hijo se ganan la vida de una forma curiosa. La familia Avreu, ahora funcionarios públicos, son las manos autorizadas para disecar los cuerpos de animales, prontos a exhibir en los Museos de Historia Natural a lo largo del territorio nacional. La taxidermia es el oficio de darle vida a lo muerto y esta familia se ha especializado en...

El problema con las regularidades: nunca podían ser objetivas. No eran deducciones, ni siquiera razonamientos y por eso Tomás sabía que no podía esperar exactitud. El resultado dependía siempre del sujeto. La primera vez que lo vi, pensó mientras hojeaba por sexta vez ese extraño álbum familiar, tuve ideas distintas. Por ejemplo, las noticias del principio vienen de milnovecientosveinticinco. Muy viejas. Ya estaban desgastadas las fotos, y ¿de qué podría servir una imagen de hace casi cien años? O podría comenzar esta vez por el final, por la última imagen. Un álbum familiar no era solo imágenes cronológicas con un sentido propio, sino una compleja matriz de conexiones absurdas, sutiles, infinitas. Y todo, ahora claro, en torno a los antiguos dueños de esa casa: los Avreu.

Estaba sentado en el comedor y miraba, de vez en cuando, a los Cerros, como si en ellos estuvieran las pistas que buscaba en los recortes. Releía aquel artículo. El Arca de los Avreu, decía una y otra vez y sintió que en esas palabras estaba escondido el secreto que intentaba develar.

Mingus lo había llamado a informarle que todo seguía igual en el parque. Tomás miró su libreta de notas, que ahora estaba casi llena de tachones e ideas sueltas, y entró en una especie de pánico sosegado, de desesperación controlada, al recordar que solo quedaban dos días para encontrar a Salvador. No podía hacer otra cosa que pasear de nuevo por esas páginas ajenas, posiblemente inútiles, esperando a que alguna foto le revelara algo nuevo.

Si decidía ver relaciones familiares, encontraba a una familia de dos generaciones de taxidermistas. En tanto fechas, el abuelo nació en año par, el hijo también. En cuanto a muertes, la del abuelo, Misael, en el sesentaycinco, de un ataque al corazón —según informaba una noticia en la

sección de esquelas de un diario olvidado— y la de una mujer llamada María Angélica en un accidente de tránsito en la vía a Guatavita durante los años sesenta. Y Guatavita solo era mencionado una vez más en otra nota histórica sobre la llegada de un médico francés a ese pueblo a finales del milochocientos.

Tomás no sabía si podría hacer parte de un mismo ítem, pero también había una nota de la muerte del Rinoceronte Vera, un espécimen blanco que vivía en la Hacienda Nápoles—y esta era una nota también del diario El Espectador—. Hacienda Nápoles, recordó Tomás y pensó en el recorte que había encontrado en el nicho. En efecto, esa era la noticia más nueva del álbum familiar.

Si buscaba elementos repetidos en las fotos, tenía la casa, las disecciones junto a los taxidermistas, los instrumentales quirúrgicos nuevos, recién salidos de cajas y fotografiados en diciembre al lado de un frondoso árbol de navidad. También se repetían las personas: los dos hombres, la mujer, que aparecía poco, porque, se podía deducir, era ella quien tomaba las fotos personales, y un niño pequeño. La mujer, sin duda María Angélica, aparecía con ellos solo en las imágenes de notas sociales de prensa. ¿Cómo hallar una pista en cien años de recortes periodísticos? Se preguntaba Tomás mientras sorbía su taza de café con brandy.

La sensación de soledad lo llevó al cuarto de Salvador. Se sentó en el escritorio. No se atrevió a mover la pistola. Miró por la ventana y se encontró con un cielo gris, unas montañas que parecían venirle encima y casonas que sonaban a siglos, justo como ese álbum. Y de tanto en tanto, cuando se sentía más perdido, regresaba su vista a los restos de la lápida, al cuerno. ¿Y qué mierdas tiene que ver el cuerno? Pensó, la noticia, al menos, tiene un lugar en el álbum.

Tomás, durante ese día, no salió de la casa. Tomaba también brandy para mantener el calor y comía galletas de vez en cuando, evitando gastar mucho tiempo. Tal vez es una empresa imposible, absurda, pensaba cada vez que acababa de dar una hojeada a todo el libro, tal vez nada de esto tenga sentido; que aquello que perseguía, fuera lo que fuese, no era más que un fantasma. Se le acababa el día sin resultados.

Miércoles a la madrugada. Cantaban los copetones en la ventana, las palomas zurraban en el alfeizar.

Un nuevo criterio a tempranas horas del día: los museos. Las notas más largas se referían a los museos. El abuelo, Misael Avreu, había realizado las primeras taxidermias del Museo de Arte Natural de Popayán y de Bogotá, ambos en el veintiocho. El viejo tendría unos cuarenta años por ese entonces. Luego, el hijo, Isaac Avreu, había dirigido las primeras disecciones del Museo Natural de Tunja y de Cali. Eso en el setentayseis y setentanyocho respectivamente. El hombre corría por los cuarenta años también. ¿Seguiría vivo el viejo Isaac? Para ese día, tendría al menos unos ochenta años. Y luego, la Hacienda Nápoles. ¿Qué tenía que ver? No era un museo, era un lugar

como Guatavita, pero claramente no un museo. Entre nota y nota se exhibían fotos de la casa. El sector había cambiado mucho. La casas de los lados no tenían rejas de seguridad, el asfalto era distinto, los andenes más bajos, el parque sin sus arcadas ni pérgolas, los nogales bajitos, el busto de Da Silva Paranhos no existía.

María Angélica y el niño. Tomás revisó luego de los sesenta y se preguntó por qué no aparecía más el niño. Así que murieron ambos en el accidente, dedujo, por la edad, seguro era la esposa de Isaac y ese era su hijo. Aunque las fotos familiares no pararon después de esa muerte.

Tomó algunas notas y salió del apartamento para comprar cigarrillos. Pasó de nuevo por el café internet y se concentró en aquello que menos sentido tenía dentro del álbum.

Cierto: cuando expropiaron la Hacienda Nápoles encontraron una cantidad inmensa de rinocerontes, pensó sentando en una Rimax, rodeado de ancianos que veían fotos de adolescentes en las redes sociales. Investigó un poco más y salió del café internet. Incluso, a ese rinoceronte blanco. No era un museo, claro, se dijo Tomás mientras pedía dos cajas de cigarrillos en la tienda de la esquina, pero también se hicieron disecciones. Recordó que, en varias ocasiones, antes de que el estado expropiara la hacienda, varios animales se habían escapado causando pánico en las poblaciones cercanas.

Le dolía la espalda de estar sentado. Estiró las piernas y subió de nuevo al apartamento. ¿Estaría perdiendo su tiempo? Esa era la pregunta que más lo acosaba, sobre todo porque tiempo era lo que menos tenía. La mañana se deshizo en la ventana y el sol de mediodía golpeó la mesa del comedor. No se sentía cansado, no podía dormir, pero pasar una y otra vez por esas páginas no lo reconfortaba.

Mientras buscaba una trompeta entre sus discos, se preguntó de nuevo por qué necesitaba encontrar a Salvador antes de esos quince días. Una pulsión, le había dicho Vásquez Mendoza. Eso no significaba que tenía un término, como si fuera una investigación de su oficina que necesitara pronta resolución para figurar en las estadísticas. Sin embargo, tenía que ser lo más pronto posible. ¿Todo por una teoría que su hermano había inventado? No lo sabía. En vez de preocuparse por lo que sabía, sentía —esa palabreja que le había inoculado el psicólogo— cierta obligación, cierto pesar, porque tal vez estar con él mientras desaparecía era una forma de resarcir el daño. Pero ¿cuál daño? El de la culpa por no haberse dado cuenta de que algo le pasaba a Salvador. Si había fallado al ver que el viejo Epifanio estaba a punto de desmoronarse, ¿qué tanto habría dejado pasar de su hermano? Tomás no resistía la idea de que Salvador le hubiera mostrado de muchas formas que estaba punto de darse un tiro en la sien.

Los días anteriores al intento de suicidio, ya casi un mes atrás, su hermano había hecho lo mismo de siempre. Se levantaba temprano, preparaba del desayuno, cantaba, leía y luego miraba un

rato largo la pantalla del computador, como si este le quisiera hablar. Después, una mancha de sangre en la pared. Él no le había dicho que se fueran de vacaciones, que se sentía solo o que no tenía ganas de nada en la vida. El mismo de siempre: salía con Benito y tomaban, hablaban de películas, de libros, se hacía sus pesos con Epifanio, andaba con sus novios. Sin embargo, Tomás sabía que algo le debía a su hermano, que algo no había notado. Quizá esa era la razón, quizá encontrar el cuerpo en esos quince días de la teoría de Tarver le daría tranquilidad, le calmaría esa culpa metafísica que lo ahogaba, que desprendía el ruido gris que tenía en el estómago. O quizá fuera una razón más egoísta, pensó mientras se sentaba de nuevo en el escritorio de Salvador, de pronto solo quería ver si, luego de esos quince días, algo realmente cambiaba en el cuerpo; si es que en realidad se puede ver cuando ya no queda nada. Y esto era lo que más le llamaba la atención. Si era cierta la teoría de Tarver, quizá no fuera tan malo haber vivido en esa forma que vivió. No se arrepentiría de haber estudiado esa carrera de mierda, de haber estado tanto tiempo cumpliendo las obligaciones de cuidar a su hermano menor, de ser el hijo ideal, el trabajador estrella, de no haber hecho nada con su vida, porque, al final, en los últimos quince días, el cerebro lo iba a reconstruir, a elaborar de la forma más plena, más deseada.

Antes de que sonara el timbre, Tomás había definido un último criterio: las disecciones. ¿Sí? Ya te abro, dijo por el citófono. Bajó las escaleras. Benito estaba sentado en los escalones del edificio, fumando un cigarrillo. No se movió cuando Tomás se sentó a su lado. Callaron por un rato, mirando las primeras gotas de lluvia del día. El Flaco Benito llevaba un traje negro, bien planchado y una cara extrañamente larga.

No sabes lo que pasó, hombre, le dijo una vez que los dos estuvieron sentados en el comedor. Hoy tu jefa me pregunta que dónde está Tomás, que hace rato no viene, y le cuento lo de tus vacaciones y me dice que ella nunca firmó nada, que ni siquiera vio el documento. Así que, ¿cuáles vacaciones? Y entonces no le respondes el celular, ni el fijo ni los correos. Vine a decirte que, según ella, si no vas hoy mismo a contarle qué mierdas es lo que te pasa y a volver a las citas con Vásquez Mendoza, entonces que mejor no vuelvas. Por cierto, me encontré con ese psicólogo hoy en la mañana y te mandó esto. El Flaco Benito le entregó una carta doblada por la mitad a Tomás. Así que... ¿vamos? Preguntó finalmente. No. No puedo ir hoy. Tal vez mañana. Estoy tras, ya sabes, y creo que tengo algo bueno. Tomás fue al cuarto de Salvador y volvió con el álbum familiar. No hay que comportarse como un imbécil, se dijo a forma de mantra, intentando adivinar qué le había mandado escrito Vásquez Mendoza en el papel. Le explicó a Benito lo que había sucedido en los últimos días.

Ambos fumaron. Tomás puso un disco en el equipo de sonido. *Kind of Blues*, de Davis, llenó nuevamente de cobres el apartamento. El teléfono sonó. ¿Mingus? No. Está bien, ya salgo para allá.

Tomás se paró, se dio una ducha y estuvo listo en poco tiempo. A Epifanio lo habían llevado a una clínica cerca y ya era momento de pagar la cuenta. Antes de volver al comedor, leyó la nota:

Este trabajo ya no te hace bien.

Quizá, lo mejor es que busques otra cosa. El mundo es muy grande para quedarse toda la vida en una oficina.

No hace falta decir mañana y mañana y mañana.

V.M.

Guardar cuerpos muertos. Las disecciones, se dijo Tomás recordando lo que le había dicho Vásquez Mendoza, y volvió al criterio. Empezó con las fotos de la casa, ignorando por un momento al Flaco Benito. En casi todas había algún cuerpo animal atrás. Algunos exóticos: tigres, flamencos, osos. Todos fuera de la casa de Teusaquillo, a punto de ser enviados a los museos. Otros, muchos más comunes, venados, cabras, vacas, se podían ver como adornos en los cuartos, en la sala. ¿Dónde había quedado todo eso? Intentó rehacer en su cabeza las visitas a la casa, pero no recordó ningún animal disecado. Solo podía recordar esa mancha extraña que había quedado en una pared de la sala, como si fuera la de un cuadro. Como la de un cuadro...como la base de una cabeza disecada. Buscó más imágenes de la sala, en la que todos los muebles decrépitos que había visto estaban en su mejor forma. Luego de varias fotografías, encontró que en ese lugar solía haber una cabeza de res disecada. Tomás la miró por varios segundos mientras el Flaco Benito fumaba en la ventana.

¿Pero me puedes hacer un favor antes, Flaco?, dijo sin quitar los ojos del álbum. ¿Vos conoces a Epifanio, no? Está en la clínica ahora, en la San Ignacio. ¿Podés ir a recogerlo y pagar la cuenta? Luego te devuelvo. Mientras, organizo un poco el cuarto de Salvador y boto los restos de las lápidas y esas cosas. Ya tengo que salir de esta mierda. Y lo traes acá para que esté más tranquilo.

El Flaco Benito estuvo de acuerdo. Antes de salir, Tomás le dio las llaves de Salvador para que no tuviera que esperar abajo cuando volviera. Mientras escuchaba los pasos de su amigo bajando las escaleras, regresó al cuarto de su hermano y tomó el cuerno. Era imposible saberlo, pero de algo tenía que agarrarse. Para él, ese cuerno tenía exactamente el mismo tamaño que los de esa cabeza de res. En efecto, era imposible saberlo. Ninguna de las imágenes lo mostraba de cerca o con algún objeto de referencia. Y lo borrosas que estaban las fotos. Pero Tomás estuvo seguro en ese

momento, no solamente porque el cuerno estaba en el nicho y tenía que significar algo, sino porque, al final, el recorte en el que estaba envuelto había tenido sentido también. Sería demasiada coincidencia que no encajara, que no tuviera significado alguno. ¿Para qué lo dejaría entonces el jardinero? ¿Quería, como muchos maniáticos, asesinos en serie, sociópatas, tener un espectador para su show de terror?, ¿para que no se perdiera todo lo que había logrado en el olvido de su propia muerte?

Tomás, por un instante, creyó que por eso había sido elegido el cadáver de su hermano. El jardinero sabía que él lo investigaría; después de todo, era un asistente de fiscal. Regresó a las imágenes, pensando que el viejo Isaac podría no estar muerto a los ochenta años, pero vio en las fotografías que nadie se le parecía en absoluto.

Y eso era lo que quedaba de su investigación: nada certero, nada en absoluto. Una fotografía de dos ancianos intentando sonreír, mostrando el garaje de su casa lleno de disecciones. Ambos probablemente muertos. La foto era de los ochenta, así que no salía ni la mujer ni el niño. Detrás, al fondo, en el carro, se veía la caja de seguridad en donde Mingus había encontrado el álbum familiar. La caja fuerte estaba recostada contra la pared y al lado, el pendón del calendario Bristol, año milnovecientosetentaysiete.

Un momento, se dijo Tomás, un momento, y revisó de nuevo. Organizó las fotografías familiares que tenían marcado los años en el envés. En efecto, la mujer no aparecía, porque había muerto, pero eso en las notas de prensa —al parecer, cada vez que alguno de los integrantes hacía un trabajo grande, una pequeña notita salía en el periódico—. ¿Qué había pasado entonces en las fotografías personales luego de los sesenta, como esa que ahora tenía en las manos?, ¿por qué había asumido que el niño también había muerto? Si era así, ¿quién había tomado esas fotos? Intentó recordar, de nuevo, el garaje. Estaba la caja de seguridad, las rayas en el suelo, como si hubiera sido jalada, la basura metálica contra la pared y en el fondo, un pendón del calendario Bristol del dosmilochito. La foto que veía no era del dosmilochito, sino de un par de décadas atrás. Cambiaban los pendones cada año. Entonces lo supo. Prácticamente obvio, y se le había pasado por varios días otra vez: Si la casa fue hipotecada en el dosmilsiete, ¿por qué había un calendario del dosmilochito? Y algo más: ¿por qué estaban todas esas disecciones en la casa y no en el museo directamente, o en el taller donde preparaban las disecciones?

Buscó una hoja de papel y un lapicero. Le escribió una nota al Flaco Benito, la cual dejó encima del comedor para que la leyera cuando regresara con Epifanio. Era ahora o nunca. Fue al cuarto de su hermano, agarró la pistola y revisó el cargador. Quince balas menos una. Se la guardó en el bolsillo de atrás, dejó sonar a Miles Davis en el tocadiscos y bajó corriendo en busca del Volkswagen.

Diecisiete

El Volkswagen no llegó hasta el Parque del Brasil. Se había varado unas cuadras antes, cerca de La Casa España, después de hacer unos extraños ruidos metálicos. Luego de estacionarlo, Tomás caminó con la pistola en el bolsillo y el álbum de recortes en una mano. Teusaquillo: los árboles mojados cubrían las entradas de viejas casas familiares que ahora eran universidades y oficinas. Ladrillo pulido, cables de energía, silencio. En el camino, regresó a la hipótesis de la profanación. Esta vez sacó de plano al conductor del Trooper rojo que había golpeado unos días atrás. Ya no imaginó a más de una persona. Pensó en el jardinero solamente, ese tipo de antebrazos anchos y mirada amarilla. Lo vio cargando a Salvador en el platón de la camioneta. Recordó la Carrera Veintiséis, las calles vacías en la noche, la luz de Monserrate sobre los Cerros; la de los postes sobre los murales. Llegaría a la casa sin tráfico; bajaría la bolsa de basura en pleno Parque del Brasil, que a esas horas estaría desierto. Entraría tranquilamente, quitaría la basura detrás de la caja de seguridad, el pendón, y entraría a ese lugar imaginario que Tomás había creído descubrir unas horas antes. Mingus tenía razón: la casa no era común. Luego vendría la disección. Y al final, aquel hombre se sentaría frente a Salvador, el cuerpo de Salvador al menos, y le abriría la piel por los mismos cortes hechos en la autopsia. Lo desollaría, aunque con cierta dificultad, porque las disecciones se hacían regularmente en cuerpos frescos. ¿Qué haría con la piel después? Tomás no sabía mucho más sobre taxidermia. Dejó la hipótesis de lado y apretó el paso.

Anduvo, bajo la llovizna y el atardecer, hasta el Parque del Brasil. Caminó cuadras aledañas, buscó en los parqueaderos de las casonas vecinas, esperando encontrar a Mingus dormido en algún jardín o leyendo la novela de Salvador en cualquier rincón. Pero no estaba.

Entró al zaguán, atravesó la huella del parqueadero y se paró frente a la puerta principal. Estaba cerrada. Probó la puerta del garaje y un crujido seco recorrió el silencio de la casa. El parque, atrás de Tomás, estaba vacío y apenas se oía, a lo lejos, los motores y pitos de los carros. Sintió la humedad de los árboles. Cerró la puerta del garaje y la lluvia cayó. Se sintió en una de las casonas que solía ver desde su apartamento: la lluvia contra las canaletas, los vidrios destemplándose, la madera crujiendo, todo como una sola canción.

Con la linterna encendida, dio una última revisión al segundo piso. Todo seguía en el mismo estricto desorden. El charco en el baño seguía ahí, insolente. Se aseguró de que nadie estuviera escondido en algún closet. Tal vez, pensó, Mingus se quiso esconder de la lluvia en algún rincón de la casa. Luego, intentó recordar cuándo hablaron por última vez. Había sido ese mismo día en la madrugada, antes de que el Flaco Benito llegara a su casa.

Comparó la sala desecha con las fotografías. No tuvo dudas. En ese lugar había estado la cabeza de res, y, de acuerdo a sus cálculos, era proporcional al cuerno que estaba ahora encima de la cama de Salvador. Acabó de revisar el primer piso y volvió al parqueadero.

Intentó correr la caja fuerte pero era demasiado pesada. Logró moverla medio metro. Notó que las patas habían dejado rayones en el suelo. Le fue imposible moverla otro centímetro. Se acercó a la pared que estaba detrás de la caja fuerte. Lo separaba del calendario Bristol un montón de basura metálica, pedazos de madera, recortes sueltos de papel periódico, ropa vieja y piedras. Tomás hizo un camino para llegar hasta la pared. El ruido de la lluvia lo tranquilizaba y evitaba que el escándalo que hacía la basura al ser retirada fuera demasiado grave. Dentro de él, el espacio vacío, el ruido blanco que lo había acompañado desde el día que encontró el nicho profanado, crecía. Sentía palpar la sien; las manos, pulso fijo, no fallaban movimiento. No era el momento de pensar. Intentó imaginar que había al otro lado de ese pendón, pero no pudo prever diez segundos en su futuro; no imaginaba un antes o un después de esa sola acción de retirar obstáculos.

El pendón estaba hecho de plástico. Sucio en las esquinas, arrugado en su totalidad, el afiche todavía tenía ese tradicional color naranja en el fondo. Las letras negras, góticas, y la cara Bristol. Tomás había crecido viendo esos calendarios en su versión pasquín, encontrándolos en los lugares más insospechados de su casa. Si nada había atrás, se había acabado todo: el tiempo, la investigación, su suspenso. Tendría que volver al trabajo y suplicar un reintegro, porque a esas alturas ya lo habrían despedido. Y, una vez más, como si fuera la misma voz de Vásquez Mendoza, recordó con cierta claridad sus palabras: ‘Estás mejor sin este trabajo’. Era cierto. Un pensamiento oscuro, pero en todo caso justo. Si su hermano era la razón por la cual él había trabajado tanto, ¿por qué sencillamente no abandonaba ahora la Fiscalía? Podría irse a vivir al campo unos meses, leer, cocinar, sembrar matas, cualquier cosa. Volvió al pendón. ¿Y si Salvador se había suicidado para liberarlo a él? Sí, liberarlo a él de esa vida miserable que llevaba, a la que se había sometido. Imposible, se dijo, no soportó la idea de que, en realidad, también fuera culpable de eso, y de un tirón quitó el afiche.

Hubo ocasiones en las que se sintió como un imbécil. Sobre todo aquellas en las que se había encontrado frente a frente con una evidencia y no la había visto. Supo en ese justo momento que, en realidad, su trabajo no tenía nada que ver con evidencias. A él solían llegarle los casos con todo el material expuesto y fuera de las pruebas presentadas y la norma, nada más existía. No había verdad fuera de los expedientes. Así que, finalmente, era muy fácil aplicar la ley y resolver asuntos cuando no tenía que untarse las manos. En consecuencia, también supo la razón de su lentitud detectivesca: él no trabajaba con el mundo real sino con expedientes, hojas, letras, ficciones, que lo alejaban de

esa realidad que ahora no alcanzaba a aprehender. Pero esta vez, en vez de sentirse como un imbécil, solo rió como uno. ¿Shawshank Redemption?, se preguntó.

Una puerta delgada. No era de madera sino de un metal liviano, con rendijas en la parte inferior por las cuales se filtraba un olor familiar a específico de cromo, al aura del jardinero y de la copia de *la teoría de Tarver*. Y ahí tenía la fuente. Tomás giró de la delgada manija e intentó jalarla, pero la puerta abría hacia adentro. Ni la caja fuerte ni la basura ni el pendón eran obstáculos para entrar y salir de aquel lugar. Empujó suavemente, intentando hacer el menor ruido posible. Una vez estuvo abierta, vio un pasillo oscuro que se estiraba largamente. Entre el ruido de la lluvia se fue haciendo claro un lejano sonido cobrizo. Una voz de trompeta le hizo pensar en Mingus.

Él no era la ley: la ley tiene tantas formas como interpretaciones. En efecto, pensaba mientras sacaba la pistola de su bolsillo, nunca le había interesado ser la ley, porque la ley es inútil, es estática, no tiene nada que ver con la realidad. En ciertas ocasiones, hay que hacer lo que hay que hacer, y revisó de nuevo el cargador. Dejó el álbum en el suelo y encendió la linterna. Recargó la pistola, le quitó el seguro y caminó lentamente, apuntando hacia adelante, flexionando los codos y con la culata cerca del pecho, como le habían enseñado en los cursos de defensa personal de la Fiscalía. Él, en cambio, era la aplicación de la ley, la interpretación de la ley. Eso sí existía, sí tenía algo que ver con el mundo. Se sentía poderoso con la pistola entre las manos, porque si afuera de las evidencias no había verdad, y fuera de los casos no había ley, entonces él, en ese momento, en esos escalones oscuros que llevaban al pasillo, no existía. Y nada le parecía más voluptuoso en ese instante que no existir, porque de no existir, nada tendría sentido, nada podría serle atribuido, no podría ser culpable. Caminó lentamente, siguiendo el rumor de trompetas.

Poca luz entraba hasta el pasillo por el parqueadero. Le pareció que aquel pasillo no tenía fin. No le temblaban las manos, no le temía a esa oscuridad que se comía los rincones de la casa, y se sintió, una vez más, orgulloso de eso que Vásquez Mendoza había llamado alexitimia. Notó que el pasillo se iba curvando lentamente hacia la izquierda, lo que había ocultado el verdadero final del corredor. Un par de luces blancas de neón titilaban en el techo, allá en un cuarto amplio al final del pasillo, sobre los hombros de un hombre que, sentado, le daba la espalda.

Dieciocho

Tomás apuntaba directamente a la nuca de aquel hombre. No reparó mucho en la habitación a la que había entrado. Solo lograba concentrarse en no temblar, en reaccionar lo más rápido posible de ser necesario. La luz parpadeaba de tanto en tanto, como si cada amago de apagón hubiera fijado los pasos lentos y nerviosos que había dado para acercarse. Sintió una pequeña corriente de aire chocar contra su nuca y escuchó el ruido gris que produce la aguja contra un vinilo. Una trompeta salía torpemente de una vitrola.

Aunque algo no pudo ignorar: el hedor a sal que llenaba el cuarto; el olor concentrado a específico que le hacía parpadear excesivamente y un tufo a cuero curtido que le produjo náuseas.

El hombre descansaba ambas manos sobre un escritorio grande lleno de instrumentales quirúrgicos, papeles y fotografías antiguas. Tenía el pelo largo, castaño, que le llegaba más abajo de los hombros y una espalda delgada, mínima. Quieto, Fiscalía, dijo Tomás con una voz que le sonó grave pero artificial. No obtuvo respuesta. Se acercó más. El hombre se mantuvo rígido. Te agarré, hijodeputa, dijo mientras acercaba el cañón de la pistola a la cabeza, ¿dónde mierdas está el jardinero?

En el momento en que sintió una cuerda, quizá un alambre, alrededor de su cuello, Tomás apretó los dedos de su mano derecha. El ruido del disparo retumbó y, casi de inmediato, desapareció. La bala atravesó la cabeza del aquel hombre que solo pudo desplomarse. Una mancha de sangre quedó prendida en la pared y algunas gotas mancharon la superficie del escritorio. El cuerpo había caído tiesamente hacia el costado derecho, produciendo un sonido seco.

Tenía dos opciones. O forcejeaba, intentando interponer su mano izquierda entre el alambre y su cuello, o buscaba una forma de dispararle a aquel sujeto que, detrás de él, lo retenía con fuerza. Quizá no era momento de pensar. Su mano izquierda reaccionó. Logró liberar un poco de presión, y con la cadera, luego también con los hombros, empujó hacia atrás a ese individuo que, él ya lo sabía, no podría ser nadie distinto al profanador. Y lo supo por esos antebrazos anormalmente anchos que intentaban someterlo y el hedor a cromo que lo recubría como si fuera su aliento.

O quizá sí era momento de pensar. Mientras forcejeaba, se le ocurrieron, de nuevo, dos opciones. Primera: torcer un poco el cuello, girar la cabeza hacia la izquierda, abrir la boca y dispararse a través de la mejilla para impactar la cabeza del atacante. Pero su mano izquierda no lograría aguantar toda la presión del alambre mientras ubicaba el cañón de la pistola. Además, podría fallar. ¿Dos intentos de suicidio en la misma familia? Imposible. O segunda: Dispararse justo encima de la clavícula, en el trapecio, para que la bala le atravesara el músculo y alcanzara el cuello del jardinero. Como era de esperarse, esos pensamientos no fueron más que el oasis de un hombre

racional, uno que reflexiona ante la muerte. Tomás ni siquiera alcanzó a escoger. Instintivamente, se dejó caer hacia atrás, empujando al hombre con todo su peso en búsqueda de una pared. Después de que chocaran contra lo que le pareció un casillero de metal, logró liberar un poco de presión. Miró al suelo, buscó los pies. Sintió el aliento del profanador en su nuca, en su oreja. Y bueno, ¿qué más podría esperar? Vio sus Reebok negros, ahora destruidos y sucios, junto a otros zapatos de un color que creyó reconocer. Volvió a su primera hipótesis de profanación: los zapatos de cuero café, las suelas, los tobillos desnudos. Los zapatos de Salvador. No dudó. Disparó contra el pie derecho y sintió que la presión en su cuello disminuía inmediatamente. Antes de que pudiera repetir la acción contra el otro zapato, sintió, o quizá ni siquiera logró sentirlo, un fuerte golpe en la parte trasera de su cabeza. Perdió el equilibrio, se balanceó hacia adelante y dio algunos pasos antes de caer al piso.

No había tenido ocasión de ver el piso, pero ahora, en ese segundo de trance que ocurre entre la lucidez y el desmayo, Tomás vio un viniplex gris con rayas negras. La frialdad del suelo se contrastó con la sangre tibia que le bajaba por la sien, que pulsaba frenéticamente, manchando una de las baldosas.

No pudo mover el cuerpo. Solo los ojos le hacían caso. Alzó la mirada y encontró que el cuerpo al que le había disparado en la cabeza lo estaba mirando. El pelo revuelto, ahora nada más que una peluca, y esos ojos perdidos, tres si se contaba el hueco por donde había salido la bala, lo estaban mirando. Tomás entendió que la cicatriz sobre el pómulo izquierdo y el dejo de una sonrisa desordenada no podía ser de nadie más. Antes de desmayarse, el sonido de la trompeta que lo había invitado a seguir, lo invadió. Creyó reconocer la tonada. Ah, se dijo, *Mingus ah um*. Sintió otro golpe en la cabeza. Su cara rebotó contra el suelo y vomitó antes de desmayarse.

Diecinueve

Hay ciertas cuestiones que me molestan de la gente excesivamente racional y otras tantas que, siendo sincero, me gustan, Tomás escuchó una voz ronca mientras paseaba en un lugar que le pareció un sueño. Primero, lo que me gusta: son absolutamente predecibles. Si ven causa y efecto son los primeros en anticiparse; para buscar las relaciones lógicas en la vida son los mejores y ni hablar de prever consecuencias. Por eso, y solamente por eso, te esperé, sentando en este taller. El hombre hablaba tranquilamente, haciendo pausas breves, casi preparadas. Incluso llegué a preocuparme, ya hoy son quince días y no aparecías, pero ¿qué más puedo pedir? Acá estás. Ahora tengo un problema, porque lo que me molesta, si es que en realidad me molesta, creo que es lo mismo que me gusta: la gente racional piensa, de verdad, que el mundo funciona como funciona su cabeza. Una cosa es creer que el hombre es racional y, otra cosa, que el mundo lo es. Son dos situaciones bien distintas. Yo lo aprendí, sí que lo aprendí, cuando era niño. Ah, sí, el cuerno, Tomás logró con dificultad abrir los ojos y, entre las pestañas, pudo ver que el jardinero, sentado en la silla en la que Mingus había recibido el disparo hacía -no pudo calcular con precisión el tiempo que había pasado- rato, le daba la espalda.

Era su espalda, sin duda, la misma que había visto en el cementerio: delgada, recta, siempre demasiado recta, joven, de gente que no tiene otra opción que trabajar sentada toda su vida. Y los antebrazos, moviéndose a la par con los hombros, hacían gestos delicados, sutiles, de una rutina ganada en décadas.

Cuando yo nací, esta casa ya estaba construida, al igual que el taller. El taller Avreu para la taxidermia lo llamó mi abuelo. Eran otros tiempos, continuó y Tomás vio que del pelo delgado y blanco le escurría agua sobre la espalda, mojando la camisa del viejo. Recién se bañó, pensó mientras intentaba soltarse las manos. Estaban amarradas a la silla de madera. Mi abuelo me llevaba a Guatavita, me enseñó a cazar tigrillos y los disecábamos con mi papá. Nunca tuve otra opción de vida, es más, nunca la quise. Y bueno, para qué te aburro con toda la historia, seguro ya la viste en las fotografías, yo sabía que ibas entender, tenemos una tradición en la casa: la primera disección se cuelga en la sala. Al principio me preocupó cortar el cuerno solo para dejarlo en una tumba, me pareció exagerado, quizá un poco dramático, pero nadie me iba a quitar la diversión de verte jugar al detective, cosa que debiste haber hecho hace años, ¿no te parece? En todo caso, cuando no me reconociste en el cementerio supe que había valido la pena esperar.

¿Que no lo reconocí? Tomás siguió con sus ojos los movimientos de la espalda del Avreu mientras salía de su extraño letargo. Lo vio estirar un brazo hacia la derecha para señalar la cabeza de res que colgaba en la pared sin uno de sus cuernos.

Intentó pararse pero sus piernas también estaban amarradas con alambre. Sintió sangre seca en el cuello y unos pequeños hilos rojos que todavía fluían sobre su cara. El hombre calló por un rato largo. A unos cuantos metros, Tomás no lograba ver en qué trabajaba. Se había apagado la música. Confundido, quiso hablar, pero las palabras no se formaron; quiso inquirir, preguntar qué tenía que ver Salvador con ese discursillo, pero sus labios no se movieron un centímetro. Entonces se concentró en mirar.

El taxidermista había levantado el cuerpo de Mingus y lo había apoyado contra una pared, en medio de una serie de estatuas que, digámoslo claramente, Tomás no pudo reconocer del todo. Vio lo que le pareció un tigrillo, un perro, ambos con gestos sosegados, plenos, una especie de cerdo salvaje y otros animales menores. En las fotos, recordó, había visto tigres, leones, todos, al parecer, hechos en ese taller, sacados con poleas por el pasillo y llevados a los museos. El cuerpo de Mingus, con los ojos cerrados, una sonrisa transparente y un hueco en la mitad de la cejas, experimentaba el rigor mortis. No, Tomás, no te preocupes, ya estaba muerto cuando llegaste. De hecho, bien temprano, yo creo que te diste cuenta, desde estas ventanas se ve todo el parque, y por cierto, tu carro hace mucho ruido, tienes que hacerlo arreglar. Bueno, ya no. Y las llamadas del teléfono público. Lo vi esta mañana ahí, comencé a caminar por el segundo piso, seguro me vio, quiso entrar y bueno, sucedió lo que tenía que suceder. Por suerte, siempre llevo algo de mi instrumental quirúrgico encima, ya no son tan baratos y, después de todo, no me puedo dar el lujo de volver a perderlos, ¿sabes cuán difícil es conseguir uno después de salir de la cárcel?

Tomás, aunque sentía un poco de vergüenza por la muerte de Mingus, no le prestó mucha importancia. Curiosamente, supo de inmediato por qué: en ese momento le interesaba más saber cuál era la razón de su presencia en ese sótano. Incluso, había olvidado los días que había pasado con su compañero, las discusiones mínimas de carro. Quitó la mirada del cadáver y siguió recorriendo el taller. Al lado de esas momias, una mesa larga de disecciones con libros de anatomía humana, taxidermia y otros títulos. Entre ellos, vio una copia de *La teoría de Tarver*. Encima, en la pared, cuadros de mariposas disecadas, cucarrones, murciélagos. Y, en realidad, eso es lo que me gusta de la gente racional, repitió el hombre, que ni siquiera tengo que verla para saber qué están haciendo. Por ejemplo, estabas viendo a tu compañero y, si eres tan metódico como parece, no verás nada del resto del cuarto hasta que acabes con esa mesa: ni al techo, ni al otro extremo, ni la cubeta que hay debajo de la mesa de disección. Te voy a decir la verdad, nunca fui fanático de las novelas de detectives, pero esta me gustó mucho. Tiene ciertos logros interesante, sobre todo la atmósfera del Chocó en los cuarenta, es que ¿quién había hecho algo así? Y bueno, la teoría de Tarver en sí es muy ingeniosa.

El hombre tenía razón. No se le había ocurrido inspeccionar el lugar en otro orden sino en el propio de un método sistemático. No le produjo rabia. Se sintió, en vez, embotado, lento, con telarañas sobre los ojos y, extrañamente, sin dolor. La cabeza no le punzaba en absoluto, tampoco el cuello. Recordó el disparo. Buscó el pie del taxidermista y notó que solo tenía puesto un zapato; el otro lo había cambiado por una gaza que se veía limpia y organizada.

Volvió a la mesa de disección y vio, debajo de ella, en el extremo derecho, una cubeta de metal cuyo contenido no pudo adivinar. Atrás de él estaba el pasillo, ahora iluminado. Y por eso llegué un poco tarde a nuestra cita, dijo Avreu, porque esta vez no escuché tu carro, ¿lo dejaste en casa? Está bien, pero de todas formas siempre te estuve esperando. Tengo curiosidad: ¿qué fue lo que te llevó a la certeza? ¿Fue la fecha del calendario o la puerta principal abierta? Quizá la ducha recién usada del segundo piso, o no, mejor, sí, claro, las fotos del garaje en la que se ve la puerta de la entrada. De pronto la ausencia de recibos vencidos. Tomás no recordó esa imagen: buscó en su memoria las fotografías de la casa que había visto con tanto cuidado durante los dos días anteriores. Las organizó en su mente. Grandioso, pendejo de mierda, se dijo, y agachó la cabeza para descansar el cuello. Luego, el ruido gris del equipo de sonido regresó y dio paso a una emisora. Una voz nostálgica hablaba de todos los sectores que se habían unido al paro campesino. En todo caso, pensé que iba a ser más pronto, y tuve miedo de dejar el álbum de fotos. Quizá fuera demasiado directo entregarte la información, pero, para mi suerte, confías muy poco en tu yo pasado. Perdón si no dejo la música todo el tiempo, pero nunca pude trabajar con ruido. Aunque, bueno, ya no trabajo, ¿sabes lo difícil que es recuperar la confianza de los clientes luego de...? En fin, ya nada había que hacer, el mundo es pequeño, después de todo. Si no, pregúntaselo al Juez Barbosa.

Vista periférica. Tomás logró percibir que en la parte izquierda estaba el casillero contra el que habían chocado durante el forcejeo. Aunque le dolieron los ojos por el esfuerzo, pudo definir su naturaleza: era una nevera de cadáveres, como las que había en Medicina Legal. Apoyado sobre la pared, un fémur. El objeto contundente. ¿Sabes? Cuando mi papá me quiso ayudar, ya enfermo y viejo, parar pagar por la casación, tuvo que hipotecar la casa. Lo que me pareció gracioso es que nunca encontraron este lugar. Así lo había pensado mi abuelo, como un santuario para trabajar los cuerpos. Al viejo francés, el bisabuelo, nunca lo conocí, ya estaba muerto. En todo caso, te decía que de niño había aprendido muy rápido a que el mundo no era nada racional: un tigrillo, cazando quizá, y de la nada, PUM, un tiro le parte el cráneo y lo visita la muerte. Es lindo pensar que después de la muerte hay algo, pero, créeme, Tomás, luego de haber trabajado tantas décadas te digo que solo somos cuerpos, así como las disecciones, de escayola, y que no hay nada más. Y de pronto mi madre muere, yo pequeño todavía, en un accidente estúpido de carro. Estaba recogiéndonos, y yo con el tigrillo entre los brazos.

Tomás siguió inspeccionando la habitación con cierta lentitud anormal. Se la atribuyó al golpe que había recibido. Al lado de la nevera había otra mesa de disección. El aluminio reflejaba la luz de los bombillos, que ya se había estabilizado. No tenía una sola mancha, un solo desorden aquel sitio.

Pero bueno, nada racional, se salió de la curva, se partió la espalda y se destruyó el cráneo: oh, la ironía. Sí, en fin, lo que me gusta de la gente racional es que nunca pueden dejar algo de lado, siempre quieren saber las respuestas, todo tiene que encajar, porque creen, en serio, que hay respuestas. Y aquí estamos, tú, estoy seguro, quieres tus respuestas, y yo quiero mi venganza: oh, la ironía ahora es que son la misma cosa. Tomás escuchó la ignición de un encendedor y luego un aroma ácido y dulzón. Miró a la espalda del viejo y vio que había prendido un porro. Los viejos hábitos son difíciles de matar, dijo y se volteó. Los ojos amarillos brillaron como el aluminio limpio de la mesa y miraron a Tomás con cierta distancia amable. Las cejas, espesas, se arquearon. Incontables arrugas en la frente y en el mentón se contrajeron. La nariz delgada, torcida hacia la izquierda, parecía una montaña, unos cerros. Los labios delgados dibujaron una sonrisa amarga y nada de eso le pareció conocido a Tomás. Pensó de nuevo: ¿Que no lo reconocí?

Veinte

¿Cómo decirlo? Tomás, poco a poco, ataba cabos. Aunque, cuando estuvo lúcido y quiso enunciarlos, se dio cuenta de que, en realidad, no podía. Sintió un fuerte dolor en la parte de atrás de la cabeza y en toda la garganta. Yo no creo en el dolor, la verdad, aunque yo pasé mucho, al menos no físico. Bueno, en la cárcel hay que sobrevivir como sea, y un taxidermista, no lo dudes, tiene conocimientos que pueden ser útiles. Las técnicas de pique no se aprenden de un día para otro. Para mí ese fue otro tipo de dolor, uno ¿psicológico? Quizá así se podría llamar. No es gratuito que te haya cosido la boca: ya has hablado lo suficiente, incluso en el juicio, pusiste todo de ti, hasta cosas que nada tenían que ver conmigo. Que yo me había robado el cuerno de ese rinoceronte, imposible, si así me lo habían entregado. Es el sistema, ¿no? Irresponsable, nadie toma partida. Yo sí creo que hay gente responsable, los funcionarios, los jueces, que se dejan someter, que prefieren subir de puesto a hacer justicia, ¿justicia dije? Qué chiste. Justicia es salir de la cárcel ocho años después porque descubrieron que no habías hecho nada. Y solo se descubre si hay plata de por medio: ¿sabes cuánto cuesta una casación? Claro que lo sabes, lo suficiente para que mi papá, luego de sus tres ataques coronarios, tuviera que hipotecar la casa, vender las disecciones, los instrumentos, el carro, toda su vida, para poder sacarme y luego, en la mitad de los años que demora un proceso, morir miserablemente sin poder ver a su hijo afuera. Yo sí creo que hay gente responsable, dijo una vez más el taxidermista mientras se volteaba para darle la cara a Tomás, y te responsabilizo a ti y a ese juez fofo. ¿Qué crees, sí se parecen?

El hombre tenía una sonrisa impenetrable, los ojos, ahora entre verdes y amarillo, parecían palpitar. El pelo canoso, brillante, como si estuviera viviendo los mejores días de su vida. Yo creo que sí se parecen, aunque apenas fue mi primer diseño, en cambio, este, el segundo, será de lejos mi preferido. Avreu se volteó de nuevo en la silla, hacia el escritorio, para agarrar un objeto grande. Al volver la cara hacia Tomás le mostró una cabeza de escayola aún blanca con algunos trozos de aluminio sueltos. Le pareció extrañamente conocida. Luego, el hombre tomó la peluca que había tenido Mingus cuando recibió el disparo y la colocó sobre la cabeza. Se paró, dejó la cabeza sobre la silla y caminó hasta el escritorio de la derecha; abrió una revista y la observó por unos segundos. Cuando regresó, arrastrando el pie derecho, tomó la cabeza con ambas manos y la miró desde distintos ángulos. Acomodó el pelo en una cola de caballo y sacó unas gafas del bolsillo delantero de su camisa, las cuales organizó sobre la nariz de yeso. Le mostró de nuevo la cabeza de escayola y, de hecho, a Tomás le pareció similar. Fue un pensamiento involuntario, descontrolado, pero en un instante admiró la habilidad con la que aquel hombre abominable había retratado la cara de Salvador.

Nada como una disección con el pelo real, ¿no te parece, Tomás? Cuando era pequeño comencé con la res. La trajeron muerta, recientemente asesinada y fue mi primer trabajo. Pero me gustaba la vieja usanza, la del abuelo, la de acabar lo vivo, destruirlo, reorganizarlo, pagar culto al cuerpo, y volver a darle vida, ahora una vida en serio eterna, la de la piel. Es que la taxidermia no es una ciencia, ¿sabes? Muchos usos vienen de prácticas indígenas. Luego, un poco más grande, intenté conseguir los propios animales, darles una muerte digna, sin dolor, nunca nada de dolor, para darles un cuerpo glorioso, uno que no termine, que no acabe en una fosa común porque se acabó el dinero para pagar las cuotas del nicho, ¿viste? La ironía: mi papá se quedó sin plata, sin nada, sin siquiera una tumba, después de una vida devota a magnificar los cadáveres. Y cuando volví, lo habían sacado del nicho y lo habían enterrado con quién sabe quién, mezclándose sus restos, la vida del cuerpo perdida en la tierra, en medio de la nada de una fosa común. En todo caso, volví, sí, volví a mis gustos y luego me di cuenta de que podía seguir un poco más. Fue un poco tarde, pero el Juez Barbosa, ahora atrás tuyo, que pena que todavía no lo puedas ver, fue mi primer prototipo. Me siento a gusto, aunque siempre se puede mejorar.

El taxidermista dejó la cabeza sobre el escritorio y se paró con dificultad. Luego caminó hasta la mesa donde estaba la novela de Salvador y abrió un pequeño cofre. De ahí saco un par de jeringas. Aplicó una en el cuello a Tomás. Como te dije, no me gusta el dolor y creo que el dolor nos vuelve irracionales, pero yo no quiero que te vuelvas irracional, Tomás, yo quiero que vivas tu racionalidad, ese es mi problema, que si hubieras sido menos racional y más detective. ¿Te gustó el juego de estas dos semanas? Nada como jugar a ser un detective cuando las pistas encajan; en fin, si hubieras sido más así con lo mío, nada de esto habría pasado. Nada. Pero bueno, cada cual a lo suyo.

Tomás sintió que el dolor de cabeza desaparecía y que su cuello empezaba a distenderse. De nuevo embobado, tranquilo, poco despierto. Entendió su letargo. Miró hacia la izquierda, cerca de la nevera de la morgue, y vio unos lazos extendidos que atravesaban el taller. Se alargaban al menos unos cinco metros y de ellos se agarraban unas pinzas para ropa. En la esquina, antes de llegar de nuevo al escritorio donde estaba el taxidermista, había una especie de nevera vieja de piso. En partes superiores de las paredes se veían extractores de aire y una pequeña ventana que dejaba entrar poco sol. Tomás no supo hacia dónde daba. Así que es una de esas tardes que solo se arman en Bogotá, pensó.

A diferencia del resto de la casa, parecía que el taller no había sufrido el paso del tiempo. Limpio, completamente organizado; las paredes de colores crema lo hacían ver más grande, lograban un ambiente, y le pareció absurdo a Tomás pensarlo así, tranquilizador. Dos años encerrado aquí, sin saber qué hacer con la vida, eso me pasó, y me encontré con la novela de tu

hermano, y entonces vi esos apellidos: Valencia Guevara, cómo olvidarlos. Supe qué debía hacer. Volví a mi senda. Busqué el cuerpo de ese Juez Barbosa, sí, y di un paso más. Pero aún quedan pasos por dar, como con el tigrillo, quise salir a buscar el cuerpo, quitarle esa vida espiritual, dejarlo solo con la vida de afuera, la única que existe, y tenías que llegar tú para meterle un tiro en la cabeza y dañarle la piel a, ¿cómo se llama? Tomás cayó en cuenta que nunca supo el nombre de Mingus. Pero siempre me gustaron los retos, así que no hay problema, aunque todavía me queda un paso más para dar... me gustan los retos, como hacer la disección de un cadáver viejo, ¿quieres verlo? Seguro te va a gustar. El hombre se paró y pasó de largo. Desde la silla, amarrado, Tomás escuchó fricción. Pasó por su lado derecho y puso una densa sombra frente a él.

Quizá fue la piel curtida o, tal vez, las partes moradas en la frente y en la mejilla, pero Tomás no reconoció de inmediato lo que el taxidermista le estaba presentando. El cuerpo de lo que alguna vez había sido el juez Barbosa se erguía torpemente en una silla. Vestía una toga y, debajo de ella, una corbata. El cuello hinchado, los ojos de vidrio brillaban opacamente, sin la mitad de una oreja y el pelo seco, sucio. De hecho, el pelo de tu hermano fue lo mejor. La gente cree que el pelo y las uñas siguen creciendo luego de muertos. Mentiras: la piel se deshidrata, se contrae, se pierde el tejido graso y eso hace que parezca todo más largo, pero en verdad está del mismo tamaño que el día de la muerte. En todo caso, el pelo de tu hermano parecía recién lavado; igual a como salía en las fotos de los artículos de esas revistas culturales. Qué mal gusto el de esa gente, comparándolo con...

El taxidermista volvió a su trabajo en el escritorio y le dio la espalda a Tomás. El cuerpo del juez Barbosa, inmutable, estaba en medio de ellos.

Y en ese instante, en medio del sopor y del clima indescifrable que hacía en aquel taller, supo, como si fuera parte de un sueño, lo qué sucedía. Intentó recordar los casos que había llevado ante ese juzgado, pero le pareció una tarea inverosímil. ¿Cómo podría saberlo? Tomás no paraba de hacer cuentas: en sus ocho años de asistente de fiscal había escrito, al menos, cinco mil acusaciones. Y determinar cuántas habían sido ante un solo juez era un trabajo que necesitaba, al menos, de varios días frente al computador de la oficina. Ni siquiera lo intentó. La cara del Avreu, la última generación, aquel que no tenía nombre todavía, le pareció como la de cualquier hombre que caminara por la Carrera Séptima un viernes en la noche. Podría ser la de un indigente que durmiera en el Parque Santander, un vendedor de pomadas en el bazar de las librerías de viejo; un cliente de las putas del Santafé o, incluso, la de un jardinero de cementerio. Tomás miró de nuevo a los ojos de vidrio del juez Barbosa, como atraído por una retrato antiguo que pareciera estar a punto de hablar, y quiso preguntarle si él recordaba a quien lo había inmortalizado en esa forma tan abyecta.

No pudo advertir con certeza si se había desmayado o solamente se había quedado dormido. En cualquiera de los casos, Tomás sintió el cansancio de los últimos días, de las últimas semanas, ese cansancio que había estado esperando el momento justo para caerle encima. Avreu trabajaba en silencio. La ausencia de relojes, de cualquier noción del paso del tiempo, le angustió al principio. Pensaba aún en los quince días de la teoría de Tarver y no supo si ya habían pasado. No sintió impotencia, rabia, nada de eso. Solo resignación y aburrimiento. Se concentró en la luz que entraba por la diminuta ventana.

Caía de vez en cuando en extraños sueños. Veía los techos naranjas de San Victorino desde la Latebra Nocturna, escuchaba a lo lejos la música de casas viejas. Entre esos ratos de incertidumbre sintió la paz del hombre que no tiene deberes, del hombre que no existe para el mundo y que no puede serle atribuido nada en absoluto.

El cansancio desaparecía. Se le había acumulado en las piernas, en las rodillas. Ahora, en esa posición había descansando un poco. Sin embargo, la tensión había empezado a acumularse en su espalda, hombros, en las manos, que seguían amarradas, y no demoró en entrarle una extraña ansiedad; temblaba, sudaba y temblaba de nuevo. Intentó concentrarse en el taller y buscó cualquier herramienta que pudiera serle útil. El taxidermista hablaba de vez en cuando de cualquier cosa, como si hubiera estado años sin hablar. Paraba solamente para cambiar la estación en ese pequeño radio rectangular que tenía varias décadas de uso, cuando descansaba de su labor, y luego continuaba en silencio. Tomás buscaba las trompetas en las tonadas de la radio. Pensaba en los boleros de su casa, en los tangos de las viejas casonas de La Candelaria, la salsa de los antros, el jazz de su Volkswagen. Y cada vez que Tomás parecía llegar a un plano más lúcido, siempre impulsado por una canción que reconocía y trataba de tararear, el dolor volvía. Advirtió que esa casa no tenía música. No como las otras al menos. Y en el silencio, escuchó una sinfonía: la del acero golpeándose. Los instrumentales quirúrgicos chocando eran la tonada de ese taller, acompañada por el moldeado del yeso inerte y la manipulación del alambre.

Volvía el dolor, lo sacaba de tanto en tanto de sus digresiones. Pero no regresaba solo, le acompañaba la razón, el afán por saber qué mierdas estaba sucediendo. Ese hombre, que ahora no era más execrable que cualquier enterrador, se paraba y le inyectaba de nuevo en el cuello esa sustancia que lo hacía ausentar. El proceso empezaba de nuevo.

De todas formas, le dijo Avreu en una de sus pausas activas, que el trabajo dependía, principalmente, del tamaño de la piel y del estado del cuerpo. Es mejor, por supuesto, cuando acaba de fallecer, fresco, pero puede uno esperar varios días si hace falta. Entonces hay que comenzar a desollar, pero eso sí, manteniendo cortes limpios, amplios. El caso de Salvador, un poco distinto, continuó mientras volteaba a ver a Tomás, ya tenía todas las disecciones de la autopsia, así que,

para evitar, bueno, más daños, tuve que seguir ese camino. Luego hace falta curtir la piel con sal, desinfectarla con cromo y, ya después, dejarla en salmuera en una nevera justo como esa, y el taxidermista apuntó con la mirada a la nevera vieja de la esquina. Mientras tanto, trabajo en el cuerpo: yo, como mi abuelo, prefiero la escayola y el alambre, digamos, no por románticos, sino, mejor, porque es más fácil de moldear, pero todo son técnicas. Ahora hay quienes usan geles, impresoras, poliuretanos, de todo.

El taxidermista quitó a Barbosa del medio y lo ubicó en el suelo, junto a las otras disecciones. Mingus había desaparecido. Lo más difícil es organizar los cuerpos de yeso para que tengan cierta, no sé, naturalidad. Sobre todo en las articulaciones, las rótulas, los hombros, nadie se imagina lo que es darle naturalidad a algo que ya la ha perdido. Como la vida misma, pensó Tomás y se imaginó que, en ese extraño lugar entre las drogas y el cansancio, él, y no solo por estar ahí sentando como cualquier maniquí, ya había andado en el mundo como una disección, como un cuerpo de escayola, se dijo, que ha sido dotado de cierta ilusión de movimiento, de naturalidad para que pareciera vivo, libre.

Te digo algo, Avreu acercó a Tomás al escritorio para mostrarle el cuerpo de escayola en el que estaba trabajando, sin duda, para Salvador. Caminó hasta la nevera de morgue y abrió uno de los contenedores. Ahí tiene que estar Mingus, pensó Tomás, que había vuelto a ese estado de plenitud antes del dolor. Luego, Avreu caminó hacia el refrigerado viejo y de ahí sacó una olla de cobre. Siempre mantenido la espalda recta, puso el recipiente en el suelo. Cuando metió ambas manos en él, intentando agarrar algo, ya era muy tarde para que Tomás apartara la vista. De la olla sacó, estirando pliegue por pliegue, una especie de telar que, poco a poco, tomaba color a piel oscura. Fue colgando lentamente, a la manera de una sábana, la piel en los cables que atravesaban el taller. Los ganchos de ropa hacían un sonido frío al cerrarse. Apretó un pliegue de piel; apretó otro. Tomás, una vez supo de qué se trataba, intentó cerrar los ojos, pero un pensamiento lo acosaba: ¿no era eso, en definitiva, lo que estaba buscando?, ¿no era el cuerpo de su hermano lo que lo había llevado hasta ese taller, a un sótano perdido de una casona abandonada en el corazón de esa ciudad monstruosa? Y abrió de nuevo los ojos para ver la piel estirándose.

Podríamos decir que una sola mancha, quizá un lunar en un lugar específico y con una forma específica podría ser suficiente para que, de una vez por todas, Tomás rompiera ese miniciclo voyerista. Una mancha grisácea que, recordó, tenía Salvador en el pecho pudo verse en la dermis seca. Por primera vez desde que había llegado a ese lugar, sintió que la droga desaparecía por completo, que su soñolencia había sido solo cansancio acumulado y que, como si fuera una sorpresa, él aún seguía vivo. Los músculos no le respondieron al principio. No pudo luchar contra esos alambres que lo ataban. Intentó soltarse con espasmos metódicos, controlados, que terminaron

con su caída sobre el hombro derecho. El piso frío lo mantuvo despierto, atento a los sonidos que producía el viejo en el taller.

No fue largo el rato en el que sintió la tranquilidad de no ver cómo su hermano se había vuelto ropa de colgar, porque ahora, en esa posición y a esa altura, en la que se concentraba todo el olor a específico y salmuera, no podía ver otra cosa que un balde de metal, el mismo que había visto rato antes, debajo de la mesa de los libros de anatomía humana. Tal vez fuera solo un urinal, pensaba, cualquier lugar para las cagadas o quizá alguna sustancia química usada en el proceso de disección, pero no tiene que ser, y esto lo llenó de un temblor en el pecho que nunca había sentido antes, lo que creo que es.

¿Te gusta la cubeta?, dijo esa voz ronca al otro lado de la habitación, pues es un regalo que te guardé. Yo creo que te va a gustar bastante, y Avreu caminó por el taller lentamente, arrastrando su pie herido y tarareando una canción.

Veintiuno

¿Quieres ver si algo cambió? Entonces mira, le dijo a Tomás mientras lo levantaba del suelo. No pudo asegurar cuánto tiempo pasó ahí, recostado sobre su lado derecho, en el aséptico piso de viniplex. Se había quedado contemplando, tanto como pudo, la cubeta gris, pulida, que reflejaba suavemente el brillo de la luz blanca de los bombillos. Y lo hacía porque quería evitar los ganchos de colgar ropa, la espalda recta de aquel hombre y sus ojos amarillentos enmarcados por facciones filudas y condescendientes. Sin embargo, cada tanto sentía la necesidad de, así fuera un poco, mirar lo que quedaba de Salvador. La posición no se lo había permitido. Cuando estuvo de nuevo sobre las patas de la silla, volvió a las cuerdas: la piel, fuera de lo que esperaba, no tenía ya ningún tejido debajo. No había sangre, grasa ni músculos regados. Era, en efecto, solo piel resquebrajada y un poco tiesa.

Luego de haberlo levantando, el hombre caminó, arrastrando su pie vendado, hasta el escritorio de los libros y las inyecciones. Se agachó y tomó la cubeta por la manija, caminó de vuelta y se sentó frente a Tomás. De hecho, la novela es muy buena, le dijo mientras estiraba las piernas, o al menos a mí me gustó mucho. Por supuesto, todo es ficción, nada de eso existe, y por más que quisiera creer en esas cosas, siguen siendo fantasías. ¿Qué cómo lo sé? Así. El hombre se paró y vertió el contenido de la cubeta sobre las piernas de Tomás con cuidado. Una masa gris, oviforme y densa se fijó en sus pantalones. Se adhirió débilmente a la tela de su ropa con un líquido fuerte y amenazador.

Por supuesto, Tomás había visto ya muchos cerebros antes. El paseo a la morgue del bachillerato, sus clases de antropología forense, en Medicina Legal. Todos eran iguales: nada de gelatina, sino una materia densa, pesada, triste. Nunca le había llamado particularmente la atención, pero esta vez se detuvo a mirarla con cuidado. Las luces de los bombillos, las trompetas a lo lejos sonaban de nuevo, el olor a marihuana quemada, el cuerpo de Mingus desaparecido, la piel de Salvador sobre los cables de la ropa, el cuerpo del juez, todo eso desapareció para sus ojos y solo pudo, y quiso, enfocarse en el cerebro que ahora estaba sobre sus piernas. No hubo otro pensamiento acerca de su textura, ni de su peso; ni siquiera pensó en su color. Lo único que pudo enfocar fue aquel agujero que tenía entrada por el lóbulo temporal derecho y que se fugaba por el lóbulo frontal. Entonces recordó de nuevo la mancha en la pared del cuarto de Salvador, esa mancha tornasolada revuelta con pedacitos de masa que ahora tenía en las piernas; recordó también la posición en la que había quedado el cuerpo, como un niño que se encoge y abraza sus piernas, trayéndolas hacia el pecho; y sobre todo, recordó los segundos después al hallazgo. La frialdad con la que Tomás había llamado a la ambulancia, con la que se había sentado en la cama, la mirada fija en los Cerros, las manos en los bolsillos buscando un cigarrillo y encendedor.

La tenacidad que lo había saturado en aquel momento, la falta de sensación, de empatía, lo llenó una vez más y, luego de la introspección, notó que en definitiva no podía notar ningún cambio. Claro, pensó en un momento de lucidez, tendría que haber visto el cerebro antes, cuando estaba vivo, y luego hacerle seguimiento durante los quince días y, para que fuera un experimento confiable, verlo el día número dieciséis. Solo así podría ver una diferencia. Sería como pesarlo antes y después de la muerte para saber si se desaparecieron esos veintiún gramos de alma. Pero en estas condiciones, cualquier observación está viciada, continuó Tomás en estas reflexiones hasta que, por un momento, olvidó que el cerebro de Salvador estaba sobre sus piernas. Concluyó luego a partir de esas premisas que no había nada dentro de esa masa oscura e intrincada.

Como te decía, le dijo ahora Avreu, sentando frente a frente, así lo sé: solo es ficción; allí adentro no hay nada. Está bien para la historia del periodista este y el gringo, ya sabes, lo del pueblo medio zombi allá en Timbiquí, muertos y revividos por la santería, ahora sin alma, sino solo despojos, pero no es nada más que ficción. Avreu se paró y volvió al escritorio.

Tomás buscó el cuerpo del juez Barbosa entre las disecciones de animales. Parecía solo un objeto entre objetos. Ahí estaría pronto, según creía, Salvador y Mingus también.

Hasta el momento, su presencia en el taller había sido de ausencia, de espectador. Había visto el futuro de todos los que estaban presentes, incluso sus pasados, pero desde que había corrido la basura que dificultaba el paso hacia el calendario Bristol no podía prever más de diez segundos de su propia vida. Sintió de nuevo el dolor en la garganta, en las nalgas, en la espalda. La necesidad de una nueva inyección que lo apagara lo suficiente para seguir siendo un espectador lo asaltó. Y sin embargo, eso no fue suficiente para detener la pregunta que lo había, de alguna forma, asustado: ¿Y yo?

Sus piernas temblaron, sintió un fardo en el estómago y aumentó el pulso cardiaco. Presión en los ojos, trepidar de la sien. Intentó, por primera vez, despegar los labios. El dolor no se lo permitió. Y también, por primera vez, fuera de aquel hipnotismo que había guardado, sintió con la lengua el hijo que le cerraba la boca. Pasó su lengua entre los puntos y tocó las comisuras de los labios. Se retorció en la silla y dejó escapar unos torpes alaridos. La garganta se le había secado. Algodón en vez de saliva. Pensó en Marina. Estaba seriamente deshidratado.

Veo que ya dejó de hacer efecto el tramal, dijo Avreu. Pasa con los opiáceos, nunca es suficiente. Tomás vio cómo el hombre tomaba una aguja, la vaciaba hasta la mitad y se aplicaba un poco. Pero todavía no podemos continuar, no, tengo mucho trabajo aquí. Aunque, bueno, te contaba, siempre me gustaron los retos, quizá le dé espera a los otros proyectos y pase a lo tuyo, después de todo, solo nos queda algo para hacer. Pero antes de todo eso, tengo que darte una buena ducha, nunca se tiene la oportunidad de limpiar a los cuerpos vivos; es diferente, ¿sabes? La piel

muerte se sella, los poros se cierran y guardan toda la suciedad. En cambio, a los vivos no les pasa eso. Y después, hidratarte un poco para que los músculos se relajen, aplicar la anestesia local y ya está: tener paciencia para que no te desmayes en el proceso. Lo importante es que los dos podamos verlo, bueno, tú hasta donde te permita el ángulo, porque acostado casi no vas a poder...

Eso le esperaba. Pensó en el Flaco Benito, en si había visto la nota que había dejado sobre el comedor del apartamento; en si había llegado ya con Epifanio y les había parecido sospechoso. En cualquier momento lo encontrarían sentando frente a ese anciano, como si estuviera en medio de una intervención psicológica. ¿Qué diría Vásquez Mendoza de esa terapia? ¿Que aquel que guarda cuerpos es un psicótico? Quiso haberle contado más al Flaco Benito, que fuera a buscarlo y lo más pronto posible, pero ¿cómo saberlo? Estaba solo. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado desde que entró a la casa. Y, seguro, la casa ahora estaría cerrada, oscura, en silencio, en medio de la sinfonía que hacen las casas viejas.

El viejo caminó hasta el escritorio de los libros y trajo consigo instrumentales quirúrgicos. Se sentó en la silla frente a Tomás, puso una mesa de mayo al lado derecho de él, y organizó sus herramientas. Agarró un bisturí y se lo acercó a la boca. Bueno, ahora veamos, gritar no te sirve de nada, ya lo sabes, nadie te oye, así que mejor unas últimas palabras antes de, bueno, comenzar con todo el asunto. Quiero escuchar lo último que tienes para decir, puede ser cualquier cosa, cómo te sientes, tal vez, eso es lo que me gustaría más.

¿Cuáles podrían ser las últimas palabras? No hace falta pensar en las que Tomás estaba formulando en su cabeza, sino las de cualquiera que se viera frente a tal situación. ¿Para qué palabras si nadie podría oírlas, si quedarían guardadas en los oídos de un anciano trastornado, abominable? ¿Preferiría el silencio? Tomás entendió, sin duda, que el sistema había fallado para los dos. Tres si contaba a Salvador. Y si no hay responsables, siempre hay algún responsable. Siempre hay responsables en un sistema, quiso decirle, pero aquello habría sido demasiado personal. Tal vez pedir perdón, clemencia, decirle que no había sido personal, que esa es la forma en la que un funcionario sirve a su Estado; ¿Estado? ¿Cuál Estado? Basura, en qué estaba pensando, continuó, si él nunca había trabajado para el estado, sino para él mismo, por el dinero, por su hermano. Entonces pedir clemencia era afirmar todo lo que no estaba sucediendo en ese cuarto, lo que no podía ser cambiado: el hecho de que era tan poco personal lo que había sucedido con aquel hombre que seguía sin recordar su cara o si quiera el caso judicial que lo había mandado a la cárcel. ¿Cómo conectarse con esa vida que le acercaba un bisturí a los labios para quitarle el hilo? Y peor: ¿Cómo repudiarlo? Claro, en el caso de que todo lo que le hubiera dicho fuera cierto. Tomás sintió con más fuerza el dolor en la boca, en la espalda, en la garganta. Con la lucidez viene el dolor, sorprendido

por su reflexión poco metafísica se olvidó por un momento del bisturí y se preguntó si quería, en verdad, saber de qué caso hablaba el anciano. No le importó más, no iba a hacer ninguna diferencia.

Quizá solo quería saber una cosa: ¿Tendría Marina, si así se llamaba, algo que ver con todo eso? ¿La habían contratado para seguirlo, para asegurarse de que llegara hasta esa casa y hacer parte de ese meeting nihilistas? Sintió, y no pudo recordar cuándo había sido la última vez, un austero vacío que empezó a crecer. Luego se preguntó si aquellos dos pendejos parados frente a la tumba de su amigo también habían sido parte de todo el plan. Habían sido ellos los que le habían indicado al jardinero. Si los dos celadores tenían también algo que ver.

El vacío fue reemplazando poco a poco todo su cuerpo.

Una corriente le enfrió la parte trasera de la cabeza, le hizo temblar los labios que apenas encontraban de nuevo movilidad. ¿Nada le quedaría en el mundo sino esos mil, diez mil folios, firmados por él en una oficina que apenas lo recordaría?

Y de forma insospechada, el ruido blanco que llevaba adentro, ese vacío que lo había devorado por un tiempo, desapareció. Pasó de ser una crisis existencial, casi racional, a un ínfimo momento de sensibilidad. ¿Sería eso la actualidad de un sentimiento? Sentir que había perdido el tiempo vivido. Dejó atrás todas las premisas cónicas, ultrarealistas y viscerales. Todo concurre en unos pocos segundos: la cara de sus papás, ajenos y posesivos; los dedos cortos de Epifanio, la voz ligera de Salvador, acongojada, y los ojos diminutos del Flaco Benito, sus gestos ambiguos, distantes y paternales. Y Mingus, mínimo, que parecía decirle al oído “Chinín, ¿qué tal la peluca?”. Y Marina, las piernas de Marina, su turgencia, qué palabra esa, y esos olores indescifrables que seguro seguían vagando por su apartamento.

Tomás carraspeó e intentó articular palabra. Miró hacia abajo, hacia el cerebro que seguía sobre sus pantalones, a la piel que estaba colgada con los ganchos de ropa. Quiso fumar un cigarrillo. Intentó pensar en algún tipo penal que pudiera describir lo que estaba a punto de suceder: homicidio con agravantes, tortura, ¿la desollación era un delito?, ¿vivisección? No pudo recordarlo.

¿Bueno, y entonces?, dijo Avreu luego de quitar todo el hilo. Tomás abrió la boca: sintió los labios resecos, curtidos. Con la lengua intentó humedecerlos, pero la saliva había desaparecido. El viejo se paró, desapareció detrás de él y unos segundos después regresó con un vaso de agua. Perdón, le dijo, qué ingrato, toma un poco de agua, pero cuidado, no te vas a dañar la garganta. Por cierto, veo que estás confundido. Me presento, mi nombre es Ramón Avreu. Le acercó el vaso a la boca. Tomás se mojó los labios. Incluso intentó pasar un poco, pero la garganta le ardió. ¿Y bueno? ¿Cómo te sientes? Preguntó de nuevo Ramón Avreu.

Cuando Tomás sintió el agua llegar a su estómago, todo amago de tristeza desapareció. El vacío volvió a su lugar, y el ruido gris retumbó en su pecho, instalándose de nuevo. A mí que

mierdas me importa todo, pensó, si solo existe la vida de afuera, la de los cuerpos. La vida de adentro es una pendejada para los imbéciles que sienten, se recriminó después. Todo tiempo está perdido, ninguna vida es buena. A lo mejor estoy mejor sin este trabajo, sin este tiempo, sin esta vida de mierda, pensó finalmente y luego le dijo a Ramón Avreu:

Alexitimia, viejo hijo de puta, ¿sabés qué es?

Lugares comunes

Arte poética para después de leer La vida de los cuerpos

Debo señalar que esta novela fue, sobre todas las cosas, un trabajo bibliográfico y, podría decirse, intelectual. Por lo tanto, a continuación no daré cuenta de las dificultades materiales que surgieron durante el ejercicio de creación. No hablaré de dónde o cómo nació la idea, porque, en verdad, es difícil dar cuenta de dónde nace cualquier idea. Tampoco mencionaré cómo evolucionó la prosa, la fijación de diálogos, la elección de personajes o la escogencia de los giros dramáticos, puesto que, en definitiva, el artefacto final debe hablar por sí solo. Mucho menos hablaré de aquello que quedó por fuera: por lo general, lo escrito es mínimo en comparación a lo borrado.

En adelante expondré, mejor, mi investigación y las influencias literarias. Me detendré especialmente en elementos narratológicos y buscaré profundizar en las cuestiones que interesan a un género desde su nacimiento.

Así que el lector deberá ser caritativo y entender que, para algunos escritores, ciertos valores son más importantes que otros. O, si se quiere, que es mejor que algunos elementos se mantengan alejados de la luz.

Ofrezco una lectura desde un punto de vista histórico-literario y no una personal, como se esperaría. No implica esto una afronta a las formas, sino una afirmación de las diferencias en la manera de hacer. Y mi manera de hacer, por ahora, prefiere las construcciones de la ficción en cuanto ficción y no el inaprehensible curso de los procesos vitales.

La vida de los cuerpos es, en realidad, un estudio sobre el género negro. Conocido también como novela policiaca o novela de detectives –aunque cada apelativo tiene sus propias implicaciones–, este género, podría decirse, es bastante joven. Desde la aparición de *Cosecha Roja* (1929) y *El Halcón Maltés* (1930), Dashiell Hammet transformó para siempre la antigua novela de detectives tipo Conan Doyle y Agatha Christie. Desde entonces, esta forma de contar historias no ha parado de crecer.

Como ya ha corrido mucha tinta debajo del puente, la novela negra hoy es un género que presenta tantas variaciones como detectives. Se podría decir, sin temor a exagerar, que hay tantos géneros negros como escritores de novela negra. Sin embargo, desde su génesis, y tal vez como todo género, la novela negra juega con una serie de elementos que se han vuelto reiterativos. Aparecen una y otra vez en historias de norteamericanos, latinoamericanos, ingleses y todo escritor que ande por estos parajes. Aquellos lugares comunes, más allá de ser elementos funcionalistas para una forma específica de narrar, también se han convertido en una suerte de conversación. La intertextualidad de una novela negra con sus pares, con el cine noir, posnoir y sus semejantes, no es un fenómeno gratuito.

El propósito de este arte poética es analizar los lugares comunes de la novela negra *La vida de los cuerpos*, la cual se jacta de cumplir –en alguna medida– con lo que podríamos denominar los requisitos de una historia de detectives.

Lo anterior, por supuesto, no es nuevo. Grandes autores –el mismo Hammet, Chandler e incluso Borges– han construido su propio decálogo. No son camisas de fuerza, aunque sí definen muchos de los lugares comunes que a continuación visitaremos. Dentro de esos parajes, me daré la libertad de dar saltos históricos y espaciales, en la medida en que estas líneas no intentan desarrollar un argumento histórico, sino uno conceptual. Porque, sin importar el lugar de enunciación del autor, hay ciertos elementos que nunca dejan de aparecer.

Antes de empezar, me gustaría decir que, en algunos aspectos, los lugares comunes y las intertextualidades de *La vida de los cuerpos* son intencionales y, como se verá más adelante, conscientes. En otros aspectos, el juego con estos elementos son la expresión de mis actuales capacidades narrativas. Por lo tanto, es posible que algunas formas sean demasiado evidentes o, podría decirse, impostadas. Además, no todos los lugares comunes serán estudiados a continuación. La razón se define en términos de extensión de estas líneas. Así que los propósitos estéticos, la estructura, el misterio y la motivación, serán nuestros ejes centrales. Personajes secundarios –como la mujer fatal y los ayudantes– y otros recursos quedarán a la interpretación del lector.

Propósitos estéticos

La novela negra se constituyó como una suerte de denuncia política. A diferencia del género anterior, la novela de detectives, la cual tenía un alto valor lúdico e intelectual, la novela negra exhibe modificaciones significativas. Veamos: la descripción de funcionarios corruptos, policías violentos, medios de comunicación maniqueos, racismo exacerbado, pobreza, crimen y moralidades abominables. Es una lista que no termina.

En general, la novela negra, por debajo de la trama detectivesca, ofrece una visión cruda del mundo. En *Cosecha Roja* vemos la pelea entre medios de comunicación, autoridades oficiales y contrabandistas de licor. Todos buscan el poder y no dudarán en destruir a sus contrarios. En *Pop. 1280* (1964), Jim Thompson nos muestra una sociedad sureña norteamericana plagada de segregación y racismo. *Abril Rojo* (2006), de Santiago Roncagliolo, muestra la crueldad detonada por los Estados y el mal funcionamiento de los funcionarios públicos luego de un conflicto de guerrillas. *Un trago antes de la guerra* (1994), de Dennis Lehane, regresa al problema del segregacionismo norteamericano, el racismo, la lucha de clases y la podredumbre de los altos mandatarios.

Los anteriores ejemplos, muy distantes uno de los otros, muestran que la denuncia social es parte de la vocación política de la novela negra. Detrás del misterio, generalmente un crimen que intenta resolver el detective, existe una serie de fenómenos sociales que, a vista de un escritor, merecen taquilla y reflexión.

La vida de los cuerpos está construida a partir de dicha base. Una de las piedras angulares, que se verá sobre todo en la construcción del personaje principal y en el motivo del antagonista, es la denuncia de un sistema judicial ineficaz.

Tomás Valencia Guevara es un asistente de fiscal que no cree en la ley, pero la aplica en todo su vigor. Incluso con más rigor que la ley exige. Sin embargo, él no la cumple. En general, cada vez que el personaje recuerda o busca una norma del Código Penal Colombiano es para saber las consecuencias de su incumplimiento. Por supuesto, con ello se implica que cometerá un delito, por mínimo que este sea. De alguna forma, él es una de las tantas posibilidades de representación de un sistema impersonal que carece de empatía. El otro elemento, dentro de la denuncia política, se encuentra en el final de la novela. El antagonista, Ramón Avreu, ha sido enviado a la cárcel varios años antes de que ocurra el encuentro en el taller de taxidermia. El taxidermista fue enviado injustamente a la cárcel, en donde en vez de ser resocializado –las cárceles tienen en su norte este ingenuo propósito– se vuelve un criminal. Siguiendo el razonamiento, Tomás Valencia Guevara sabe que la norma no es para castigar sino para crear criminales.

El detective, en este caso un fiscal, considera que los casos y las personas son solamente números. Y luego verá que, para los sistemas, los números corresponden a los cuerpos, que como el suyo están llenos de vacío. Lo que se conoce como dignidad entonces desaparece dentro de redes burocráticas y estadísticas.

Algunas narraciones policíacas han ahondado en este tema. A mi parecer, los mejores ejemplos se encuentran en series de televisión. *The Wire* (2002-2007), escrita por Ed Burns y David Simon, tiene como principal denuncia y obstáculo en las investigaciones policíacas el manejo

estadístico de la resolución de crímenes. La serie, que tiene un protagonista comunal del tipo *Distrito 87* (1956-2005) de Ed Mcbein, no solo muestra la reproducción de la violencia en las calles de Baltimore, sino como la vida no tiene importancia frente a los números que la política necesita mostrar al público.

En *La vida de los cuerpos*, el personaje principal sufre del mal de las estadísticas. Los números, como el mismo estado, son puras racionalizaciones. En un sentido histórico, la construcción de los Estados Nacionales se basó en el conteo de los habitantes y el pago de sus impuestos. Así, hoy en día, encontramos que hay menos gente pobre para los gobernantes, porque lo dicen los números, y cada día desaparecen formas de ser pobre. Pero la pobreza sigue existiendo. Entonces vemos en Tomás Valencia Guevara cierta obsesión por hacer cuentas de días, de casos, denuncias, etc. Pero no puede recordar una cara.

Sin embargo, esta denuncia no podría ser relevante si el universo construido no expresa un sistema judicial que funcione materialmente parecido al del mundo en el que vivimos. En gran medida, mis experiencias como abogado y, por supuesto, la experiencia de algunos colegas fueron esenciales para construir un sistema jurídico que –hay que decirlo todas las veces- fue revelado por Kafka ya hace mucho tiempo.

Muchas novelas negras que tratan estos temas dibujan con cierta verosimilitud la forma en que los sistemas funcionan localmente. En *Abril Rojo* vemos a un fiscal que actúa, de hecho, por los medios y a través de los lenguajes que usan servidores públicos en las periferias del Perú. Es muy común en este género que los escritores hayan estado relacionados, de alguna forma, con el medio del que hablan. Hammet, por ejemplo, fue investigador privado por varias décadas. David Simon trabajó en el Baltimore Sun durante veinte años.

Como se ha visto, el óleo de la burocracia es importante. La representación de ciertas realidades es una manera de denuncia en sí. No hace falta explicar lo que no funciona en la burocracia cuando es el mismo Tomás Valencia Guevara una manifestación de las incoherencias de un sistema judicial en el que los trabajadores son casi máquinas de escribir, los jueces llevan una cantidad imposible de casos por resolver y los equipos de investigación científica son tan reducidos que ni siquiera vale la pena esperar su ayuda.

A su vez, el mundo urbano –las ciudades, sus centros, las periferias, la pobreza, el hampa, la violencia y su jerga– es el lugar donde nació el género. La novela negra también fue conocida como *Hard-boiled*, debido a la gran cantidad de violencia que hay en sus páginas. Por tal razón, la pintura de lo urbano es un elemento repetido –aunque la variante rural también es significativo- y común. Y por urbano, en nuestro caso, hablamos de una Bogotá oscura, solitaria, llena de habitantes de calle y

pobreza. Una vez más, este lugar común es en sí mismo un tema de ambientación y de crítica social, de mostrar las formas de vida de las bases y de la escoria que pasea en las clases dirigentes.

Estructura

Además de los propósitos estéticos, la mayoría de novelas negras comparten una estructura narrativa clásica. Esa estructura es, además, muy similar a la construcción aristotélica de la unidad dramática.

Por lo general, encontramos un inicio, que se constituye por la presentación del detective (en sus variaciones puede ser un periodista, como en *Perder es cuestión de método* (1997) de Santiago Gamboa, un policía retirado como en *La gente de la Universal* (1991) de Felipe Aljure o el detective Conde de Padura, que en *Adiós Hemingway* (2001) ya es un librero viejo) y un crimen. Luego, viene un nudo que, en el género, se podría denominar pesquisa. En este segmento, el detective sigue una serie de pistas que lo llevan no solo a resolver el caso sino a conocer algo de sí mismo (lo que Aristóteles denominó anagnórisis) y de los que están involucrados en el caso. En último término, el desenlace es idéntico a la resolución del caso, en el cual uno de los personajes (generalmente el detective) soporta un lance patético (estas también son palabras tomadas de Aristóteles), en el que uno o varios de los personajes sufre un desenlace trágico.

Esta relación la podemos encontrar en gran cantidad de novelas negras. Sin embargo, la extensión de estas líneas no nos permite hacer el ejercicio. Veámoslo entonces dentro de *La Vida de los Cuerpos*. El inicio de la novela, comprendido del primer hasta el sexto capítulo, es una introducción a la vida de los personajes, especialmente a la de Tomás Valencia Guevara y su hermano Salvador. En estos pasajes se hace claro el conflicto del personaje principal, su condición psicológica que, de alguna manera, bloquea sus canales emocionales. Y, por supuesto, del crimen que introduce a su vez el conflicto que hila la narración. Esto permite definir una sola acción dramática que abarca la extensión de la historia: encontrar el cuerpo de su hermano.

La pesquisa o nudo, comprendida desde los capítulos siete hasta diecisiete, está definida por la búsqueda de pistas que lleven a resolver el caso. Dado que es una novela corta, me enfoqué en pistas sutiles y concentradas en ciertas zonas. Los tiquetes del parqueadero, el agua en la ducha, la fecha en el calendario Bristol y demás, son el centro narrativo de este momento estructural. Sin duda, la pesquisa es uno de los elementos que más genera tensión dentro de la novela negra y en la cual aparece uno de los “mandamientos”, que a mi juicio es imprescindible: la honestidad con el lector.

La investigación, en estricto sentido, es un elemento constitutivo del género. Pero la honestidad con el lector es uno de los elementos que Chandler instituyó como necesarios para una buena novela negra. En la pesquisa, sección que está dirigida por los principios de necesidad (una evento solo puede seguir a otro si están todos los elementos que lo permiten) y de causalidad (cada acción narrativa tiene su efecto narrativo), el escritor debe poner en manos tanto del detective como del lector las pistas para resolver los casos. La habilidad del detective, como lo fue Marlowe, es pensar un poco más rápido que todos los demás.

Sin embargo, en el nudo no solo vemos el avance de la investigación. También vamos conociendo al investigador, porque después de ciertas obras clásicas, el enigma no es lo más importante. De hecho, podría ser solo una excusa para develar otros aspectos, como la psiquis de los personajes o las críticas sociales.

En el capítulo dieciocho encontramos el principio del desenlace. Cuando el personaje principal logra desentrañar el misterio inicial, esto es, encontrar el cuerpo de su hermano, entramos a la resolución del crimen. Por supuesto, para Tomás Valencia Guevara al principio todo es solo una cosa de detectives. Posteriormente, nos daremos cuenta que hay un misterio más allá de eso. El detective conoce algo de sí, algo de los demás (lo denominamos anagnórisis anteriormente) y resuelve, de una u otra forma su conflicto y el conflicto de la narración.

La vida de los cuerpos presenta una variación que podría denominarse una suerte de deconstrucción, la cual también se ha vuelto un lugar común: la venganza. Como hemos visto, la estructura clásica de detectives implica que el perseguidor encuentra a su presa. La variación consiste en que el perseguidor ha sido, mejor, perseguido por el antagonista desde el principio, de tal forma que los papeles se invierten. En este punto vale resaltar el epígrafe de la obra.

En *La muerte y la brújula* (1942), Borges narra la historia de un detective sumamente racional, cuya mente lo lleva a los lugares que el antagonista quiere. *La vida de los cuerpos* es una de proyección de este cuento corto. El antagonista busca vengarse y juega “al detective” con el personaje principal para llevarlo a un final fatal. De tal manera que se reduce, tal vez en términos más entendidos, la narración a un simple juego literario, banalizando lo que podríamos denominar el centro de la narración negra: el enigma.

El enigma (Los misterios)

Si existe un recurso tanto estructural como de creación de tensión en la novela negra, tendría que ser la conjunción de dos misterios. En el inicio se suele presentar un misterio en forma de crimen que, a la larga, es un misterio aparente, pero que da pie a la aparición del enigma central.

Si estamos cansados de ver al detective en su oficina, esperando a que aparezca una rubia tremenda y mentirosa que pide su ayuda, podemos buscarlo en otros lugares. En esas viejas narrativas, las mujeres presentan un caso que no es tan importante pero que, en algún momento de la pesquisa, explicará la aparición de una trama más elaborada. Dicho recurso produce la sensación de necesidad: buscar el Halcón Maltés no tiene nada que ver con el detective, pero eventualmente conoceremos que Sam Spade se ha relacionado tanto con la mujer fatal propia del género, que descubrirá algo de sí mismo. Así esto sea quedarse con las manos vacías y con un perfil idéntico del que comenzó.

En *La vida de los cuerpos*, el misterio inicial y aparente es quién ha robado el cadáver y dónde está el cuerpo de Salvador. En la medida en que la pesquisa avanza, nos daremos cuenta de que hay un misterio mucho más profundo y que tiene que ver con el detective. En este caso es el por qué. Los misterios de los detectives, en general, giran en torno a tres cuestiones: Quién, cómo y por qué.

En algunos casos, como *Blanco Nocturno* (2010) de Ricardo Piglia, sabemos de entrada quién y cómo se ha cometido el asesinato de Tony Durán, pero toda la trama gira en el porqué del asesinato. Otros casos, como en *Balas de plata* (2008) de Elmer Mendoza, lo más importante es quién cometió el asesinato y el por qué parece no importar mucho; además, el cómo no es siquiera relevante.

La respuesta en nuestro caso es definida en el desenlace, que es una venganza. Sin embargo, se debe responder de alguna manera los demás interrogantes. Sabemos quién fue. Y sabemos, a través de las hipótesis de caso de Tomás Valencia Guevara, el cómo.

La respuesta a estas preguntas genera, en la mayoría de los casos, la tensión de la trama. La administración de la información es esencial y no solo respecto a la resolución de los casos sino en cuanto a la vida de los personajes. En la medida en que vamos descubriendo quién fue y por qué, descubriremos algo también de la vida de Tomás y de Salvador. Conocemos su pasado laboral, el argumento de La Teoría de Tarver y el pasado de Mingus y de Epifanio. Por supuesto, veremos también la vida del taxidermista a la vez que descubriremos la respuesta al por qué desenterrar el cuerpo de Salvador.

La tensión creada por la aparición paulatina de respuestas se cierra –y tal vez se exagera un poco– con la metaficción de *La Teoría de Tarver*. Dicha teoría señala un término de quince días para que el cuerpo muera, por decirlo de alguna manera, una vez más. Entonces no es solo la presión de la desaparición del cadáver sino un término fijo, que implica una tensión más etérea.

El término de días es, sin duda, un lugar común en la narrativa y no solo detectivesca. Sin embargo, acá tiene otro sentido, y es una proyección de los términos judiciales para resolver un

caso, de tal forma que esa tensión implica, en el mundo jurídico material, una pasar en alto muchos elementos importantes en una investigación judicial. Como vemos, a Tomás Valencia Guevara se le pasa de todo, y con suerte, tiene una serie de ayudantes que lo encaminan hacia el lugar al que debe llegar.

No obstante, esta tensión también fortalece uno de los propósitos más importantes de la novela: los excesos racionales del detective. Como veremos en el siguiente segmento, la racionalidad exacerbada del detective, representada por su condición psicológica llamada alexitimia, lo lleva a obsesionarse con la idea de que su hermano, de alguna forma, todavía está vivo durante quince días más, dado que la teoría de Tarver parece, a todas luces, una alternativa intelectual al mundo físico.

Las motivaciones

1. El Detective

Por lo general, el personaje de las novelas negras tiene un objetivo: resolver un misterio, que comúnmente es un crimen. Como vimos, un crimen principal lleva, por lo general, a otros crímenes y a una red delincencial. Así, el Sam Spade de *El Halcón Maltés* es contratado para buscar un objeto histórico. Pero detrás de ello se encontrará con la historia de violencia y persecución de una banda de contrabandistas.

Sin embargo, el motivo es distinto al objetivo. A mi juicio, la mayoría de novelas negras tienen cierta falencia en la construcción de motivos. Por supuesto, el género se constituyó desde un personaje central que no expresa mayor curva emocional, en la medida en que lo más importante es la investigación y la denuncia. Usemos a Spade de nuevo. A mi parecer, este detective es, en muchos sentidos, el arquetipo de detective como mercenario. Su propósito es que le paguen. En otros casos, podemos ver que la motivación del personaje es su trabajo. Siendo funcionario público, algunos detectives, en forma de policías, fiscales o como integrante de instituciones públicas, tienen la obligación de resolver el caso.

Esto lo pongo de presente, dado que muchas novelas negras justifican la motivación del detective de formas extrañas. Y esta forma tan difusa ha conformado algunos arquetipos, especialmente el de la curiosidad y el del código ético. Sigamos con los clásicos. Raymond Chandler construye al detective Marlowe, en el *Largo Adiós* (1953) y *Playback* (1958) como una especie de vigilante o justiciero. Nunca recibe el dinero de sus clientes, inclusive los devuelve, y sobre todo llega a un punto de la narración en la que él mismo se pregunta por qué sigue en el caso si ya cumplió lo pactado. No obstante, continúa hasta el final. Hay dos razones: siente una

curiosidad infinita por saber qué está pasando detrás de todo y tiene un código ético que no le permite desechar el caso.

Este formato lo podemos encontrar en una variedad interminable de novelas. Al Pepe Carvalho de Vásquez Montalbán le ocurre lo mismo en *Tatuaje* (1991) y, para fortalecer el argumento, me iré hacia Patrick Kenzie de Dennis Lehine en *Un trago antes de la guerra* (1994). Estos personajes, en el fondo, tienen cierta concepción de la justicia que no les permite dejar sin resolver un crimen que, en sana lógica, nos sugiere un entramado de terribles acontecimientos. Entonces dejar una mujer en apuros nunca es una posibilidad, aunque sepan los investigadores que ella está mintiendo. O encontrar el motivo oculto de un peluquero que, a todas luces, nada tiene que ver un traficante muerto que tiene tatuado un mensaje apocalíptico en el pecho.

Como he dicho, esa motivación siempre me ha parecido muy débil. No obstante, tiene una justificación. Como lo dice Padura en *Modernidad, posmodernidad y novela policíaca* (1996), el desprendimiento de la vieja novela de detectives no fue absoluto. Hammet anunció y Chandler construyó su progenie, pero otras corrientes –la de Simenón en su extensa serie de Maigret– tienen sus propios hijos. Estos hijos tienen propósitos más intelectuales y motivaciones menos psicologistas que los hijos de Chandler. En la primera investigación de Maigret, *Pietr el Letón* (1931) se continúa, aunque con un aire renovado, con las técnicas racionalistas de la escuela de Conan Doyle. Además de la inducción y deducción, armas más poderosas de Sherlock Holmes, Maigret es un punto de vista casi estático que no busca del todo la reflexión sobre la violencia y las calles. Como decíamos, Chandler instituyó un recurso el cual lleva a la banalización del enigma, dado que en muchos casos queda un sin sabor por resoluciones parciales o irresoluciones absolutas –piénsese en *Zodiaco* (2007) de David Fincher, en la cual ni siquiera se conoce a ciencia cierta el asesino–.

La escuela de Maigret busca desarrollar más los procedimientos investigativos, es decir, la ciencia detrás del crimen. Pero autores como Chandler, que realmente nunca estuvo cerca de un crimen, establecer caracteres para Marlowe era más importantes que el enigma. Su acidez, la pasión, el desencanto de la vida y el pesimismo le roban protagonismo a lo que solía ser lo más importante. Por tal razón, la motivación poco importa en muchas novelas negras.

Padura propone una oposición en la novela negra de Chandler entre el realismo de personaje, ambiente y lenguaje, y el antirealismo de la resolución de los casos. Porque en cuanto Maigret, tenemos una suerte de racionalismo total. Más adelante, expondré como en *La vida de los cuerpos* esta oposición se decanta en la lucha de cuerpo y mente.

Sin embargo, existe una igual cantidad de novelas en las que la motivación se justifica por razones personales. Esto no quiere decir, a priori, que es mejor, puesto que muchas de esas

motivaciones resultan maniqueas. Veamos el caso de Elmer Mendoza en *La Prueba de Ácido* (2010). El Zurdo Mendieta tiene que resolver un caso, el cual ya ha sido descartado por la corrupción de la policía mexicana, porque la asesinada solía ser amante suya. ¿Cuántas probabilidades existe de que justo la prostituta que amaba el detective sea asesinada, a él le corresponda resolver el caso y que, además, ella esté involucrada en otro caso, uno inmenso de tráfico de drogas y armas? No digo que no sea posible, solo que es un poco impostado. Diferente es el caso de *Scorpio City* (1998) de Mario Mendoza, en la cual Sinisterra intenta resolver el caso de los asesinatos religiosos porque es su deber. Y eso sería suficiente. Este último ejemplo demuestra que establecer una motivación creíble no es suficiente para una buena novela negra.

Existen, de alguna manera, otras motivaciones completamente egoístas y personales. Solo hace falta ver *Pop. 1280* de Thompson para entenderlo. En el caso de *La vida de los cuerpos*, quise establecer una motivación personal que pusiera de lado las otras. En la medida en que Valencia Guevara está actuando por fuera de sus funciones, resolver el crimen no es su deber. Y, además, no siente en verdad tanta curiosidad como para que en algún momento sea el motor de la narración.

Por lo anterior, en varias partes del relato se establece la relación con Antígona y, quizá de una manera muy forzada, con las madres que buscan los cuerpos de sus hijos perdidos en la guerra (Entiéndase las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, Las rastreadoras en México y Las madres de La Candelaria). Como se sugiere, Antígona solo quiere enterrar el cuerpo de su hermano como mandato divino. No podría extenderme en estas líneas sobre el trasfondo psicoanalítico que se ha tejido alrededor de esa narrativa y, mucho más adelante, de los fenómenos de las violencias latinoamericanas. Sin embargo, que baste decir, a manera de hipótesis, que nadie estaría tranquilo si el cuerpo de quien más quiere desaparece y no exactamente por mandato divino.

Esta motivación, sumada el valor de tensión temporal de la Teoría de Tarver, busca en el relato establecer una buena razón para que el detective no sucumba. Sin embargo, el enigma se mantiene con suficiente fuerza para que el lector no se pierda en la psicología inusual del investigador.

2. El antagonista

El género ha establecido una narrativa en la cual la moralidad de los personajes no es bidimensional. En vez, se busca explorar las zonas grises entre lo que se considera malo y bueno, justo e injusto. Por tal motivo, tanto los investigadores como los antagonistas tienen motivaciones que, a la larga, para el lector parecen estar justificadas. Tanto el “héroe” como el “villano” son tan buenos como malos. Diríamos que busca representar la realidad de una forma más visceral.

Por lo general, la novela negra escoge un solo punto de vista que narra la historia. Por supuesto, existen protagonistas comunales, como ya lo mencioné. No obstante, la mayoría de los casos se narra desde el punto de vista del investigador, pero sobran los ejemplos en los que el antagonista es el centro de la historia. Parker, un ex policía que se vuelve ladrón, es el personaje principal de las novelas de Donald Westlake, para citar un caso.

El investigador suele pasar por encima de la ley y de los otros para cumplir su objetivo. Y el antagonista tiene, entendiendo la vida como un entramado de relaciones significativas, buenas razones para cometer el mal que hace.

Podríamos entonces resumir lo anterior así: no hay malos ni buenos, sino solo gente. Cuando vemos las razones que llevan al comandante Carrión en *Abril Rojo* a cometer crímenes atroces, nos damos cuenta de que estamos frente a un personaje-consecuencia de la guerra interna del Perú, de los vejámenes y atrocidades que tuvieron que sufrir tanto militares, guerrillas como población civil. En los otros casos, como podemos ver en *The Wire*, los antagonistas solo hacen parte de un contexto en el que la muerte y la brutalidad es cosa de todos los días.

Por supuesto, existen casos en los que la gente no es su contexto. En especial, tenemos los relatos de psicópatas y sociópatas. La creación del mal por el mal, por el solo poder, por las pulsiones sexuales. Esto no es un tema extraño para el género, sino uno recurrente. Para hacerlo más claro, veamos algunos ejemplos. En *Darkness, take my hand* (1996), Dennis Lehane construye un grupo de psicópatas a los que les gusta destruir los cuerpos humanos. Algunas películas manejan también el recurso. En *Seven* de Fincher (1995), vemos a Kevin Spacey como un asesino serial que está obsesionado con las manías de los demás. Y en *Zodiaco* apreciamos a un antagonista inexistente que solo desea publicidad y reconocimiento a través de despiadados asesinatos.

Este breve resumen no cobija, por supuesto, el amplio abanico de posibilidades, como aquellos antagonistas con motivaciones egoístas tan radicales que parecen pura maldad, como es el caso de Harry Lime en *The Third Man* (1949) de Carol Reed o el magante Mulgwray en la *Chinatown* (1974) de Polansky. En *La vida de los cuerpos*, Ramón Avreu es, de alguna forma, una especie de mezcla entre ambos. Esto es más usual de lo que uno piensa: en general, los sociópatas constituyen un grupo de personas que han sido moldeados por la sociedad de maneras terribles.

En medio de la investigación se establece la posibilidad, desde el punto de vista del detective, de que la motivación original sea la de un psicópata, alguien que sencillamente no siente empatía por los demás y que está construyendo una especie de museo de cuerpos para restablecer un momento pasado de su vida. Al final, nos daremos cuenta que, en definitiva, es un asunto de venganza y ha sido planeado con extrema cautela.

Uno de los temas recurrentes en el relato es la burocracia y la inutilidad del sistema judicial. Tomás, como sinécdoque de ese sistema, se vuelve un objeto de concentración de la venganza. Por supuesto, también se ha de entender que también fue él quien, por sus ganas juveniles de ascender en el puesto y por su concepción de la aplicación de la justicia como una norma inflexible, se encargó de destruir la vida del antagonista.

Ramón Avreu es la tercera y última generación de taxidermistas, cuya labor implica la destrucción y reconstrucción de cuerpos. Por supuesto, uno de los trasfondos de la novela es la oposición entre cuerpo y mente, que tiene una proyección más clara en la oposición racionalidad y mundo. Pero esto lo veremos más adelante. Por ahora, centrémonos en cómo, desde el punto de vista narratológico, se construye el motivo venganza.

Si bien este motivo es recurrente en la historia de occidente (y supongo que las otras historias también), la venganza implica una retaliación por un evento pasado. En la mayoría de casos es un suceso efímero del que cualquiera estaría dispuesto a olvidar. El mejor ejemplo de ello es *Oldboy* (2005) de Chan-Woo Park, en la que se radicaliza el motivo hasta constituir una doble venganza nacida de un evento en la adolescencia del protagonista que no puede recordar.

El recurso venganza hace uso, generalmente, del recurso de la conversación final entre las fuerzas encontradas. A mi parecer, este puede ser uno de los lugares comunes más usados en el género. Dicha conversación, que me gustaría denominar la conversación tipo Ian Flemming -dado que en todas los relatos de James Bond se recurre a un momento de tortura en el que el “malo” reprocha al “bueno” y le entrega toda la información necesaria tanto al “héroe” como al lector-. Este encuentro, por sutil que sea, también implica un recurso constitutivo clímax antes de la resolución. De otra manera, cuando, en una narración clásica, el encuentro no se produce, podemos establecer una narrativa más bien anticlimática, como en el caso de *Zodiaco*.

Si revisamos las demás narraciones, nos daremos cuenta de que son muy pocas las que recurren a otros recursos. Por ejemplo, en *The Wire*, al ser una narración en la que el punto de vista está difuminado en una cantidad increíble de personajes, los encuentros son de un tipo más pasional que informativo. Por supuesto, esta es una de las ventajas del cine, dado que la capacidad de recordación de la imagen, de una cara, es mayor que la de un nombre y de una descripción escrita. En todo caso, las demás narraciones citadas siempre implican un enfrentamiento en el que el detective confirma todas sus sospechas.

En *La vida de los cuerpos* sucede lo anterior, dado que todo es absoluta sorpresa para Valencia Guevara. Y no solo eso, ya que en realidad no es un enfrentamiento, sino una transición de una voz a la otra. Como a lo largo de las dos primeras partes hemos escuchado solamente la voz del detective, en la tercera se le da la palabra a aquel que no ha hablado todavía.

Esta escena es, de cierta forma, la representación del conflicto anterior sobre racionalidad y cuerpo. Pero antes, debemos señalar que esta conversación busca, de cierta manera, ocultar y posponer la real motivación del antagonista, hasta tal punto de que es difícil hilar el pasado y el caso presente con el misterio del cuerno, la rinoceronte blanca llamada Vera y la Hacienda Nápoles. Pero, como vimos más arriba, en la novela negra el enigma se ha banalizado hasta perder protagonismo.

Alexitimia: racionalidad y mundo

Es común encontrar en este género un arquetipo de detective. Por lo general, el detective es un hombre que ya ha atravesado los treinta años, corpulento, cínico, racional, pesimista, amargado pero benévolo, que atrae a todas las mujeres y que, sobre todo, siente poco. Esto tiene una explicación histórica y es, siendo la novela negra un género de violencia exacerbada y de puro suspenso, el detective se mostró casi como un punto sobre el que gira la trama. Por lo tanto, el personaje tiene pocas curvas emocionales, evoluciona poco y, al final, se queda con las manos vacías.

Desde mi punto de vista, lo más importante del género es el detective. Y, por lo tanto, es lo más importante de este estudio. Para establecer el lugar común de una manera “realista”, en *La vida de los cuerpos* se construyó el personaje Tomás Valencia Guevara desde una condición psicológica que resume bien al personaje arquetípico. La alexitima es un estado que hace de una persona menos emocional y radicaliza sus habilidades racionales.

Así, Tomás Valencia Guevara, siendo el tipo violento que es, racional, amargo pero benévolo, que atrae a las mujeres (aunque solo sea para robarlo), podría pensarse como una síntesis del detective común. Sin embargo, presenta una cierta forma de evolución. A él se le dificulta sentir y si siente, le cuesta reconocerlo, y mucho más compartirlos. Pero a lo largo del relato vemos cómo se obsesiona por la pregunta “¿siente culpa por la muerte de su hermano?”, porque de una forma racional sabe que sí, pero no de una forma pasional. Y la búsqueda del cadáver de Salvador no solo es una pulsión tipo Antígona, sino una forma racional de sopesar el daño que él cree que, de alguna forma, le hizo a su hermano.

Entonces seguimos a Tomás Valencia Guevara en la construcción de un sentimiento a través de la racionalidad, cuyo culmen son las conversaciones con Vásquez Mendoza, el psicólogo de Riesgos Laborales de la Fiscalía. Es este quién le explica que tiene que dejar de racionalizar para empezar a sentir. Es lo mismo decir que debe transitar de su mente para llegar al cuerpo, de pasar a la racionalidad para llegar al mundo.

Pero no me resistí a una derrota total del personaje, porque el hecho de que el personaje se deje absolutamente a su emocionalidad en este género sería, de alguna forma, su destrucción. Tomás Valencia Guevara no pierde al final. Ello por dos razones. Primero, no recuerda nunca quién es Ramón Avreu y, dos, nunca llega realmente a tener esa sensación de pesar, de tristeza, de aflicción que el antagonista está, de alguna forma, buscando. La frase final del texto tiene ese sentido: “Alexitimia, viejo hijo de puta, ¿sabés qué es?” En efecto, el propósito de tal sentencia es que la curva emocional que siguió el personaje resultó ser una farsa y que, en realidad, lo racional se queda en lo racional y el mundo en el mundo.

Pero detengámonos a explicar primero la oposición racionalidad y mundo. Aunque esta bipartición se puede rastrear desde el ya popular “cogito, ergo sum” cartesiano, no hace falta ir tan lejos para descifrar dicha oposición. Tenemos un mundo en la cabeza que no es el mismo mundo que está afuera de nosotros. Nuestra fisiología nos permite un acceso al mundo de una forma específica, no compartida con otras especies. Esa forma de acceso fue encaminándose en el mundo occidental, que podríamos señalar como pico la ilustración, pasando por la revolución industrial hasta llegar al positivismo científico. La razón como el fundamento de todo y la ilusión del control. Sin embargo, para la filosofía occidental, luego de la segunda guerra mundial, un epítome de la caída de la racionalidad es que los sueños de la razón crean monstruos. A partir de tal punto, el pensamiento occidental, particularmente la filosofía, dio un giro epistemológico. La aparición de otras disciplinas, como la antropología, y la interiorización de la racionalidad como una mera forma de construir mundo, dieron lugar, de maneras tangenciales, a la aceptación de otras visiones de mundo.

Y el nacimiento de la novela de detectives tiene de alguna forma esa tradición. Nacida durante de la revolución industrial y en el apareamiento de la química y de las investigaciones científicas, la novela de detectives presenta a un personaje como Sherlock Holmes, cuya caracterización es similar al de un sujeto con asperger. Esto es, racionalidad sobre emocionalidad.

Padura señala que, en gran parte, la novela de detectives tuvo mucho éxito en los países industrializados, no solo por las posibilidades de imprenta, sino por la atmósfera que recorría el mundo. Sin embargo, luego de algunos fallos de la razón, pensemos en la primera guerra mundial y la caída de la bolsa de Nueva York en el veintisiete, se produjo el tránsito de la racionalidad a la pasión de una forma más o menos soterrada. Como hemos visto, el mejor caso es el Marlowe de Chandler.

Aunque la línea de la racionalidad y la investigación científica no murió, recuérdese al Maigret de Simenón y, como dice Padura, sus hijos, la acogida de la novela negra destronó a la novela de detectives lúdica del reino del misterio policial. No obstante, eso fue en tanto género,

pero nunca en tanto recurso, ya que la deducción, la inducción y los procedimientos científicos y judiciales no desaparecieron del todo. En cambio, lo que podemos ver es una mezcla sumamente interesante entre la racionalidad y el mundo. Todo sea pues para crear un mundo verosímil, pruebas verosímiles y narraciones increíblemente ficcionadas, que logran generar el efecto suspenso con mayor potencia.

En vista de estas dos corrientes, que también significaron un trazo histórico de un género a otro, *La vida de los cuerpos* no es más que un estudio de estas formas de construir novelas negras. En consecuencia, me atrevería a decir que es el tributo que pagamos los interesados en el género a una abanico de historias que encontramos importantes, entretenidas y, sobre todo, magistrales.

Para Tomás Valencia Guevara solo hay razón pero eso solo llega en el segundo acto. El primer acto, como se puede ver en el relato, es un detective también de la calle, violento, que no teme ir a donde tenga que ir. Por supuesto, dado la extensión del relato, el personaje realmente no hace un retrato en las bases de la ciudad, aunque se acerca un poco. En definitiva, el primer acto presenta a un detective de tradición norteamericano, a lo Chandler si se quiere, y en el segundo acto tenemos un detective más a la inglesa.

En este sentido, vemos que la oposición se hace manifiesta en el encuentro final del tercer acto. Tomás está sedado, amarrado y tiene la boca sellada. Solo conocemos su pensamiento, mientras que el taxidermista, expresión de la radicalidad del cuerpo como única existencia, es quien tiene la palabra. Nos encontramos con la oposición entre el cuerpo, como figuración de la pasión, y la mente, burda representación de la racionalidad. Por supuesto, ambas pierden, puesto que parecen no tener nada entregarse la una a la otra. La racionalidad no le entrega a Ramón Avreu el miedo y el cuerpo no le entrega a Tomás un caso que pudiera haber resuelto de formas sencillas.

Tomás Valencia Guevara, en un proceso de anagnórisis de sí, se da cuenta que el mundo material no era lo suyo. Que, después de todo, él no es un detective tipo Chandler y sin eso, un caso no puede ser resuelto porque construcciones de detectives como el Dupin de Poe son, hay que decirlo sin vergüenza, demasiada ficción. No obstante, ningún caso llega a su resolución siendo solo pasión, porque ni siquiera Marlowe o el nihilista de Pepe Carvalho puede resolver un crimen si no fuera, de alguna forma u otra, un tipo inteligente, capaz de usar las herramientas propias de la razón.